



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernández Guesta, Ferrer del Río, Fernández y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizuela, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliú, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmieron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varela, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

## SUMARIO.

Revista general.—*Ultramar*.—Las alianzas, por don Antonio Llabria.—*El alma de Judas*, por D. Rafael Blasco.—*Noticia de la vida y escritos del excelentísimo Sr. D. Francisco Permanyer y Tuyet*, leída en la sesión pública celebrada por la Academia de Buenas Letras de la ciudad de Barcelona el día 19 de Junio de 1870, por D. Manuel Durán y Bas, socio de número de la misma.—*Un ave de mal agüero*, por D. Rafael Fernández Neda.—*De la historia con relacion al derecho*, por D. F. J. Moya.—*Epigrama romana en España*, por D. Buenaventura Hernández Sanahuja.—*Estadística médica comparada de los grandes ejércitos de Europa*.—*Ausencia*, por D. Luis Alfonso.—*La tempestad* (poesía), por la baronesa de Wilson.—*Dicha en el suelo* (poesía), por D. Pablo Bosch.—*Anuncios*.

## LA AMERICA.

MADRID 13 DE AGOSTO DE 1870.

## REVISTA GENERAL.

## I.

Difícil tarea es en los presentes momentos y circunstancias, la de escribir una revista política; y no ciertamente por falta de hechos que registrar, sino por falta de atención a la cual dirigirnos.

Una revista es la recopilación y el juicio de los hechos ocurridos durante un determinado período; ¿y quién se ocupa hoy del pasado? ¿Quién, siquiera, se fija en el presente? ¿Qué mirada vamos hoy á descubrir, que no se halle atenta en lo futuro? ¿Qué mente se entretiene hoy en comentar, si la absorbe por completo el trabajo de predecir? ¿Quién investiga la historia, cuando todo se espera de los sucesos que todavía no están en ella registrados?

La gran tragedia, de cuyos preparativos nos ocupábamos en nuestra última revista, ha principiado ya; la cadena de sucesos que han de conducirnos al desenlace, ha empezado ya á formarse; ya tenemos de ella algunos sangrientos eslabones; desde Saarbruk á Wissemburgo hay ya un reguero de sangre, un camino cuyos mojones son montones de cadáveres. Mas, ¿qué importa todo eso?

Por mas que los rasgos y detalles del drama no dejan de excitar vivas emociones y sin igual interés, la Europa espectadora no hace mas que agitarse por un momento, para volver en seguida su vista al final de ese horizonte, nublado por el humo y la polvareda de los ejércitos. Se ha acostumbrado á los pueblos á no contentarse con escaramuzas, ni con batallas parciales; se les ha enseñado á ver la luz surgir rápidamente de la oscuridad de un solo combate, y por esto el espíritu universal, que anhela ya ver la luz constante, hace poco caso de los chispazos de los fusiles y de los fognazos de los cañones.

Por otro lado, para estar en relacion con la atención pública—necesidad prin-

cipal de todo el que escribe—á propósito de los hechos no definitivos, que se suceden en momentos de suprema ansiedad, preciso es aprovechar el mismo instante en que una noticia llega á producir alguna impresion. Cuando el momento ha pasado ya, la impresion se ha perdido también; un suceso que ayer fué causa de gravísima sensacion, hoy no representa otra cosa que un indiferente recuerdo.

Napoleon, saliendo al fin de París, en compañía del príncipe imperial; sus proclamas al pueblo y al ejército; la regencia de la emperatriz; la llegada del emperador á Metz, la insignificante y abultada victoria de Saarbruck, la serenidad del príncipe imperial, los regocijos del impresionable carácter francés, la toma de Wissemburgo, la muerte del general Abel Douai, la retirada de todo el ejército, el infundado contento del pueblo francés convertido en ardiente sed de venganza, la entereza de la emperatriz y los consejos de ministros para conjurar la indignación popular, el descalabro completo del ejército, la ineptitud casi probada de los generales, las oscilaciones del edificio imperial, todo ese cúmulo de hechos, que cada día, á cada hora, á cada minuto nos han transmitido las hojas volantes y los extraordinarios de los periódicos, ¿qué son ya en la actualidad? ¿Qué fueron veinticuatro horas despues de conocidos? ¿Significan algo para la atención de todo un mundo, que anhelante mira ya otros espacios y se promete nuevos hechos? ¿Hablabamos de Wissemburgo al que está ya pensando en Chalons, ó quizá en París?

No, ciertamente; usurparíamos sin fruto la tarea del periódico diario, cuya frecuencia en dirigirse á sus lectores, ni puede ya luchar con la fecundidad de las prensas en vomitar volantes callejeros.

Mientras el ejército victorioso de Prusia, falanje colosal formada de los contingentes de la Alemania entera, avanzaba rápidamente, ocupando el terreno que le cedía el ejército que manda Napoleon, nosotros hemos sentido hacer todos los comentarios, todas las observaciones que pudiéramos ahora consignar. Porque la rapidez de los sucesos, unida á su trascendencia, ha avivado las imaginaciones, y no hay espíritu que no se haya apresurado á reflexionar sobre lo que estaba presenciando.

Y ¡notable fenómeno! la especie de comunidad que el entusiasmo patriótico y legítimo del pueblo francés parece haber establecido con los planes ambiciosos del César, no han contribuido por concepto alguno á desorientar el público juicio, haciéndole caer en injusticia.

Háse dado el notable contraste de que al celebrar algun arrebatado una derrota, se lamentara al propio tiempo de ella;

significativo proceder que demuestra cuán divorciados se encuentran á la vista de la Europa imparcial, los intereses de la Francia y los del imperio, los del soldado y los del emperador, los de la libertad y los del personalismo.

¡Oh, sí! Nadie en España, nadie en Europa, nadie en el mundo ha dejado de sentir profundamente los contratiempos de un ejército donde pelean tantos valientes y tantos leales. Nadie ha dejado de dolerse por la sangre vertida. Y nadie, por lo mismo, ha dejado de sentir cómo crecía en su pecho el sentimiento de reprobacion, que tan fuerte vive contra los proyectos imperialistas, que no vacilan con tal de cumplirse, en comprometer el honor de su patria y la vida de tantos nobles hijos de esta.

Hé aquí el sentimiento, que, si hemos de juzgar por los sucesos, desde el criterio general de la Europa imparcial vá pasando ya á dominar el ánimo del pueblo francés. Los primeros momentos de aquel entusiasmo, ni general, ni profundo, los cantos de la *Marsellesa* y los del *Départ*, las aclamaciones y los vítores, han ido apagándose bajo el peso de una reflexión mas justa, y de todos cuantos clamores se oyeron en aquellos momentos, formando un atronador conjunto, ya no queda mas que la voz de la prensa contraria á la declaración de guerra, los ecos de aquel grito que se tenia por sedicioso: ¡Viva la paz! las oraciones de la emperatriz y los discursos del diputado Gambetta hablando á la multitud, frente á la embajada de España.

El partido de la paz ha triunfado en Francia, por medio de los quebrantos de la guerra, porque no solamente se ha extinguido en París aquel clamor bélico que recorría sus boulevares y sus plazas, no; el apresto completo de los guerreros se ha venido al suelo. Napoleon, que provocó la guerra, se agita despechado en su cuartel general, recorriendo amargamente con la vista los kilómetros de tierra francesa que ha tenido ya que ceder al enemigo; las ametralladoras han fracasado; la extrategia de los generales ha sido inútil; el valor indudable de tantos miles de valientes ha sido esterilizado por descuidos ó por torpezas; Ollivier, Grammont y los demás ministros negociadores de este conflicto nacional, han depuesto sus carteras ante la emperatriz, y por fin, la Cámara, aquella misma Cámara que casi por unanimidad aplaudía los alardes guerreros del impetuoso duque de Grammont, la Cámara, que dejaba solos en su generosa y previsora protesta á los amigos de la paz, y que á una misma voz pronunció la palabra *Guerra*! esa misma Cámara vé con satisfacción la caída del ministerio á quien secundó, y recibe con aplauso el nombramiento del conde de Palikao.

El partido de la paz triunfa, por con-

siguiente. Mas, por desgracia, ya es tarde para la Francia y para el imperio.

La Francia tiene hoy su honra comprometida; ya no dirige á sus soldados la voz del emperador, ni la de sus adictos; ya es el espíritu patriótico sublevado, ya es ese sentimiento prepotente, que en momentos dados se apodera de todo un pueblo, ó para convertirlo en Sagunto, ó para convertirlo en la Francia del 92.

El imperio... ¿Quién duda de que ya es tarde para el imperio? ¿Quién levanta de una vez un edificio arruinado? ¿Podrá Napoleon con su energía? ¿Podrá la emperatriz Eugenia con su dulzura? ¿Podrá el príncipe Luis con su inocencia? ¿Podrá el conde de Palikao con su política?

No; solo puede conseguirlo una gran revancha, una gran victoria.

De lo contrario, ¿qué sucederá? Hé aquí lo que nosotros, menos duchos que otros políticos, no podemos ver. Muchos ven la República detrás del imperio; nosotros mejor vemos el caos, rodeado de Prusia, de Rusia, de Austria y de Inglaterra.

Lo cierto es que al carrar nuestra Revista cruzan por el espacio densos nubarrones, que presagian tempestad. París y Marsella, las dos grandes capitales de Francia, se hallan en grande agitación, recorren sus ámbitos voces subversivas y la indignación popular no vive esta vez inconscientemente; hay quien la dirige y quien la explota.

La tormenta, empero, no ha comenzado á estas horas: ¿puede disiparse el nublado todavía? Tal podría ser el poder de la victoria, mas ¿qué produciría ésta, si fuera obtenida en comunidad con Changarnier, el general republicano, ayer desdeñado, hoy acogido por el imperio?

Esperemos, esperemos.

## II.

No ha dejado la diplomacia de pintar notables detalles en el oscuro cuadro, cuyo fondo hemos tratado de copiar; no han dejado tampoco de buscar en él un sitio mas ó menos importante, las naciones que permanecen espectadoras de tan grandes acontecimientos.

Las hostilidades entre Francia y Prusia no se rompieron, ciertamente, en el campo de batalla, que mientras de uno y otro lado se aprestaban los ejércitos á disparar contra los respectivos cuerpos enemigos, del Gabinete de Bismark salió el primer proyectil que debía causar profunda herida en el buen nombre del imperio.

Las columnas del *Times* se prestaron á ser el arma, con que se dirigiera el tiro, y de ellas partió este dejando estático al Gobierno imperial y prestando datos á la Europa para formar un juicio cierto,

acerca de los propósitos del personalismo francés, y acaso del militarismo prusiano.

Publicóse, pues, un proyecto de tratado secreto entre Francia y Prusia, que es á la verdad, la revelación de muy culpables conspiraciones. Si M. Bismark, al dar á la espectación europea lo que habia sabido guardar hasta oportuno momento, ha dicho la verdad clara y positiva y no la verdad diplomática, la culpabilidad del imperio, de su Gobierno y de sus representantes, es grande á los ojos de la Europa, del mundo entero, que al acogerse al ideal de la justicia, declaró abominable esa política de absorción, de conquista, de abuso de fuerza, que mata nacionalidades, para crear vasallajes y esclavitudes.

Si las explicaciones de M. Benedetti son las verdaderas, si el proyecto de tratado se debe á la invención é iniciativa de Bismark, si puede ya admitirse como verosímil, que por desusada cortesía ó por refinada discreción, el embajador francés descendió en ser el secretario, ó mejor, el amanuense del ministro prusiano, la responsabilidad de la Prusia, llega á ser tan grande como la del imperio en el primer caso, mas sin que la de éste amengue en lo mas mínimo en el presente.

La Bélgica y el Luxemburgo eran el precio por el cual vendía el personalismo francés su asentimiento á la absorción de la Alemania del Sur, por el poder prusiano. ¡Todavía hoy se reparten pueblos, se piensa en engrandecimientos á costa de la libertad y la justicia! Mas también, ya hoy toda la gloria bastarda que por tales medios se alcanza, parece bien pronto ante el poder irresistible de la opinión de todos los ánimos.

No menos importante que este golpe diplomático del célebre ministro del rey Guillermo, es la circular por él mismo expedida á los plenipotenciarios de su nación. En ella prosigue su obra de abatir por completo el buen nombre que pudiera aun conservar la política imperialista, en ella se propone descubrir al imperio, como el constante enemigo de la paz europea, como el incansable conspirador contra la independencia de los pueblos, como el objeto de la mas cumplida desconfianza de todos los Gobiernos y de todos los sistemas.

Ciertamente hay que guardar precaución, ante la nota de M. Bismark á que nos referimos; hay que tener presente, que su autor tiene á la Francia armada ante sus ejércitos alemanes, y es preciso, por otro lado, no echar en olvido que el diplomático prusiano no tiene limpia su hoja en la historia de los ambiciosos europeos. Por eso cuando habla Bismark de las «angustias patrióticas» de M. Rouher, el antiguo ministro del emperador, recuerdan todos las «habilidades federales» de la Prusia; y cuando trata del «mal humor francés», se excita en todos la idea del «refinamiento prusiano.»

Sea de ello lo que fuere, todas las prevenciones mas ó menos motivadas que contra M. Bismark y la causa que representa podían haberse despertado, han desaparecido, y es lo cierto que el arbitrio de la Francia, cometiendo la injusticia, que siempre lo es la provocación, ha conquistado para la nación, su rival, el interés de la Europa y el entusiasmo de la Alemania entera, que mientras en los campos de batalla vence, en las ciudades se muestra noble, serena y patriótica.

Las demás naciones, entretanto, se agitan notablemente á cada lance que se presenta, como si todos formaran el espíritu del cuerpo que de Saarbrück á Metz ha recibido tantas y tan continuas sensaciones.

La Inglaterra, por medio de sus órganos en la prensa y sus representantes en el Parlamento, tiene confesado que ha cometido un error grave, llevando hasta un extremo peligroso el principio de la no intervención, ó mas bien indiferencia, en las cuestiones europeas, y dejando prevalecer la opinión, de que no se hallaba dispuesta á sacrificar ni un solo hombre ni un solo schelin, en defensa de los derechos asegurados al Luxemburgo y á la Bélgica por los tratados. La idea de que Francia y Prusia no hayan contado para nada con este *Foreign office*, en sus negociaciones de cuatro ó cinco años á esta parte, y la conciencia de la pérdida de su influencia en el Continente,

mortifican profundamente á este país en este momento.

El papel de Holanda, con sus muertes y enterradas tradiciones históricas y los recuerdos solo de su pasada grandeza marítima, no parece aun dispuesta á aceptarlo en cambio por su ventajosa situación insular. Ninguna nación puede, sin embargo, gozar de influencia sin poder, porque, como acaba de decir muy bien sir Henry Bulwer en la Cámara de los Comunes, los tratados son reglas para la conducta de las naciones, que estas no observan jamás cuando hay tentación de ganancia por una parte y ningún peligro por la otra. De ahí el cambio súbito de política de este país.

El Gabinete presidido por M. Gladstone no ha definido con palabras la marcha que se propone seguir, no obstante las excitaciones de M. Disraeli en la Cámara de los Comunes y lord Russell en la Cámara de los lores; pero lo está indicando bien claramente con sus actos.

El *bill* autorizando el aumento de veinte mil hombres en el ejército; la votación de dos millones de libras esterlinas como subsidio adicional para el ejército y la marina; la redoblada actividad que se observa en sus arsenales para poner en estado de hacer frente á todas las eventualidades 40 buques acorazados, por lo menos, de primer orden; la diligencia con que los comisionados del Gobierno reclutan gente para el ejército; la reparación de las fortificaciones de las costas, muchas de las cuales se están acorazando á toda prisa, y, por último, el hecho significativo de rehusar el Gobierno inglés entrar negociaciones con Austria, Italia y otras potencias, para contraer una obligación colectiva de mantener una neutralidad estricta en la guerra, expresan, mas que todo, lo que M. Gladstone y lord Grandville pudieran haber contestado al patriótico llamamiento de M. Disraeli y lord Russell. Por lo pronto este Gobierno se ha declarado, sin embargo, estrictamente neutral. Su imparcialidad le lleva hasta el punto de prohibir la exportación de carbon de piedra con destino directo á los beligerantes, y de meditar en este momento sobre la conveniencia de someter un *bill* á la sanción del Parlamento, para declarar tambien ilegal la exportación de armas y municiones á los mismos.

Por lo que á Austria se refiere, en medio de su neutralidad, algo menos tranquila que la de Inglaterra, presenta notable contraste entre las disposiciones de su Gobierno y las de cada una de sus provincias. El primero cede al cálculo interesado, y tiende á ser parte por la Francia; las segundas ceden á la espontaneidad del sentimiento, y á lo encontrado de sus intereses, y presentan gran variedad en este punto, como la presentan en todo.

Rusia cree poder continuar en una situación agena á la lucha de las dos poderosas naciones, que miden sus fuerzas en los campos de la Francia, pero su neutralidad es armada, esperando las complicaciones que puedan surgir. Así lo demuestran las noticias relativas á grandes disposiciones militares adoptadas por el Czar, entre las cuales figura la de que el emperador Alejandro ha pasado recientemente revista á su escuadra acorazada, que ha fondeado en Cronstadt.

Circulan sobre Italia inesperadas versiones, cuya certeza no nos es dado averiguar antes que demos por terminada la presente revista. La neutralidad en que se declaró el Gobierno de Florencia, á pesar de sus simpatías imperialistas, su disimulado contento por la reciente evacuación de Roma, su política vigilancia sobre Garibaldi y sus voluntarios, no para impedir que estos penetran en los dominios del *poder temporal*, sino para incautarse de ellos en seguida, todo se habria transformado profundamente, si fuesen ciertos los rumores de que algun periódico ha sacado ya á estas horas formales noticias. ¿Se confirmará que la Prusia ha declarado la guerra á la Italia? ¿Será cierto que mientras escribimos, marchan 100.000 soldados italianos á aumentar con tan poderoso contingente el ejército francés? En este caso, al que no damos de mucho entero crédito, vendria á modificar notablemente la situación en que dejamos las potencias europeas.

Entretanto, el Gobierno suizo ha puesto con una rapidez extraordinaria 35.000 hombres en la línea desde Basilea á

Schaffhuse, y se están fabricando á toda prisa carabinas de repetición para armar un segundo cuerpo de ejército.

Suiza pretende recobrar su derecho á la ocupación de las provincias neutrales de Saboya, Chablais y Faucigny, caso de guerra, derecho que se le concedió por el Congreso de Viena y que perdió por el hecho consumado de la anexión de Saboya á Francia.

### III.

La política interior ha vivido poco menos que dormida, durante los primeros días de la quincena que recorremos. Es natural: la importancia real de los acontecimientos fuera de España, y la exagerada, que nunca deja de entrar por mucho en el criterio de los pueblos, han distraído la atención pública y han impuesto á nuestro Gobierno cierta prudente actitud que ha detenido el curso de los hechos que mas podían interesarnos.

Apareció primeramente la circular de ex-ministro francés M. Grammont, cuyas frases claramente depresivas para nuestra patria, hubieron de excitar nuestra susceptibilidad siempre viva, y por esto de todas partes donde la pasión no ofusca el juicio, donde no habia ardientes imaginaciones que pecaran por lo exagerado, ó mezquindades restauradoras que por adular al imperio se regocijaron por las ofensas á su patria, de todas partes, decimos, salieron aplausos á la nota del Sr. Sagasta, pidiendo en tono enérgico y levantado, la reparación de los agravios inferidos á la España revolucionaria.

Coincidian con este hecho, las excitaciones del partido federalista, que en la prensa y en la tribuna no cesaba de pedir armamentos y demás aprestos guerreros, como si peligrara nuestra independencia, y de solicitar la solución republicana, como si en tales momentos no fuera la mas peligrosa de las soluciones.

Para estos últimos días se preparaban, empero, los dos sucesos de verdadera importancia de la quincena, por ser los únicos que ofrecen positivos resultados que apreciar; la reunión de la comisión permanente de las Cortes, y el decreto de amnistia últimamente publicado en la *Gaceta*.

La petición de los diputados montpensieristas, para que se procediera á la inmediata convocación de la Asamblea Constituyente, fué para nosotros, desde su primer momento, un indicio de lo que iba á ocasionar. El efecto á que por ella se aspiraba, no podia ciertamente producirse: unas Cortes cuya mayoría se ha mostrado constantemente opuesta á la candidatura de los peticionarios, no podían reunirse para hacer la elección de Montpensier. Y que este era el manifiesto propósito que encubrían los términos de la petición es evidente. Mas por otro lado, los motivos aparentes en que la petición se fundaba, tampoco eran atendibles, puesto que ni la situación relativa de España, era en aquellos momentos la que se afectaba creer, ni tampoco los actos del Gobierno para constituir al país, no habiendo sido coronados por el éxito, reclamaban las explicaciones que se pedían ante la representación nacional.

El agitado debate que en la reunión precipitada tuvo lugar, acabó por declaraciones rotundas de la unión liberal, que por boca del Sr. Rios Rosas rompió decididamente con el Gobierno y con la situación. ¿Qué significa este rompimiento? Después de una noche de San José; después de desorganizada la conciliación de los partidos monárquicos, ya poco significaba la actitud neutral de los unionistas. Un rompimiento de estos no era otra cosa que su continuación en las disposiciones que, hasta el presente, han demostrado. No significa nada mas.

Por otro lado, el general Prim pronunció en el acto citado esas palabras que en su boca siempre hemos escuchado, esas frases leales que revelan al gobernante noble que comprende su misión, y que no tiene mas propósito que arraigar en su patria las gloriosas conquistas que esta ha realizado.

Hé aquí por qué no perdemos la confianza que nos inspira esta situación, que tantos detractores tiene, precisamente porque se opone al restablecimiento de tan mezquinos intereses, y la consecución de tan exagerados propósitos.

Júzguese de la seguridad de esta situación por el acto generoso de la am-

nistia, que tantas lágrimas ha venido á enjugar, y á arrojar sobre los extravíos pasados el velo de un generoso olvido. La lealtad de la prensa republicana ha hecho en este punto justicia al Gobierno, reconociendo su fuerza de liberalismo que el último decreto testifica.

Confiemos, pues, y esperemos tranquilamente los sucesos europeos. Por fortuna el patriotismo del Gobierno coincide en estas circunstancias con el del directorio republicano, que se ha apresurado á calmar la impaciencia que en algunos espíritus se observa.

Preciso es que un momento de arbitrio no venga á arruinar la obra de dos años de revolución, sean las que fueren las influencias que quieran presidir á nuestros destinos, cuide España de ser, como siempre ha sido, la nación altiva, que para atender á su gloria y á su progreso, no busca, ni admite otros elementos que los de su independencia y su soberana voluntad.

### ULTRAMAR.

Retiramos el artículo que teníamos escrito, tratando ya concretamente el punto de la Constitución de Puerto-Rico—cuestión cuya oportunidad no ha de pasar por ahora—para dar cabida al siguiente, cuya especial importancia nadie desconocerá en las presentes circunstancias europeas.

### EL CRITERIO AMERICANO

SOBRE LAS DIFERENCIAS FRANCO-PRUSIANAS.

La trascendencia del conflicto ocurrido entre las dos grandes naciones de Europa, que han confiado ya la resolución de sus diferencias á la suerte de sus armas y al empuje de sus ejércitos, sobre una gran parte del viejo continente, es tan indudable, y sobre todo tan manifiesta, que la opinión de todos sus pueblos, por medio de ese admirable instinto que despierta al roce de todas las verdades, se ha puesto en alarma, alarma que se ha convertido ya en celosa expectativa. En todos sentidos se ha discursado sobre este punto; toda clase de hipótesis, desde las mas fundadas, hasta las mas imposibles, se han sucedido en artículos de fondo, en correspondencias, en proclamas, en manifiestos, en notas diplomáticas, y aun en libros, que tal es la prodigiosa actividad del talento humano en nuestros días.

Efecto de tanta observación y de tanto juicio expresado, naciones hay que en el círculo de su neutralidad, viven arma al brazo, otras que no abandonan su influencia por medios diplomáticos, y otras, cuya serenidad de ánimo es consecuencia lógica del escaso peligro que por razones interiores y exteriores, han de correr, en el suceso de una general conflagración.

Mas á nosotros no nos basta, conocer, como conocemos, el estado de la opinión en Europa. Nuestra patria tiene considerables intereses allende los mares, y nos conviene, por lo mismo, observar si las deplorables ocurrencias que hemos presenciado y las que hemos de presenciar, puedan trascender hasta los apartados climas de nuestras Antillas, hasta el punto de influir en ellas de una manera especial, ó que pueda inspirar á España por aquellas provincias, los temores que otras naciones han demostrado por su continente.

Distantes estábamos de pensar que hubiéramos de ocuparnos de semejante cuestión; tan distantes, que, amen de estudiar y procurar resolver en otros lugares de esta *Revista*, los diversos problemas europeos que fueran relacionándose con el conflicto franco-prusiano, tratábamos de seguir, por lo que á las dos Antillas españolas respecta, en nuestro sosegado trabajo sobre la cuestión constituyente.

Ha venido, con todo, á advertirnos de que la actitud de las dos potencias hoy beligerantes, ha producido en América cierta sensación que á nuestra patria interesa, la prensa de Nueva-York, espejo colosal donde se reflejan los rayos todos de la fisonomía de aquella parte del mundo, y particularmente un notable artículo del *Tribune* de dicha capital, titulado *Francia y Cuba*, que es al que vamos á referirnos con especialidad, por ser el que mas en concreto se aplica á es-

tndiar los resultados que pueden extenderse hasta la América española, desde los campos donde encuentre la victoria una ó otra de las dos potencias rivales.

Inútil es que advirtamos que todas las consideraciones del colega yankee se aplican á la isla de Cuba; la de Puerto-Rico, por su tranquilidad, por su disposición de fidelidad á la Metrópoli, por su actual situación perfectamente regular, se halla en este caso, al abrigo de toda influencia que determine acerca de ella el mas mínimo temor.

Por lo que hace á Cuba, la cuestión varia. La atmósfera de aquella isla, todavía agitada, su suelo recorrido todavía por la insurrección, aunque ya agonizante, constituyen partes muy suficientes á excitar la atención y á promover el comentario, si quiera sea con entera falta de base, pero formando, al fin, un juicio que nos importa conocer. Tratábase en España de la candidatura de Hohenzollern, que tan injusto enojo causó al Gobierno del emperador francés, y apenas fué conocida la expresión de este enojo, cuando las miradas de los suspicaces, volviéronse ya hácia Cuba, esperando ó temiendo, que la beligerancia de los insurrectos iba á obtener de la Francia, el reconocimiento que con tal tenacidad la han venido negando los Estados-Unidos.

Aunque por todo extremo prematura é infundada, semejante sospecha contenía, sin embargo, la expresión que ahora se formaliza del hecho que hemos mencionado, á saber, que el estado de la mayor Antilla española, bajo el punto de vista especial, que es considerado, particularmente en la capital de los Estados-Unidos, donde se ha concentrado todo el movimiento de conspiración, iba á producir revelaciones de la opinión, que si no fueran amenazas, ni mucho menos, á la legítima posesión de España sobre dicha Antilla, contuvieran, al menos, errores profundos, hijos del apasionamiento y debidos á la distancia, que á nosotros nos importara destruir, ya que errores y todo han de llegar á noticia de otros pueblos cuyo juicio es importante en esta cuestión como en todas.

Con efecto, esto ha sucedido. El día 20 del pasado Julio, cuando ni Europa había presenciado mas que la controversia diplomática entre la Francia y la Prusia; cuando era aventurada toda afirmación rotunda de lo que entre ambas naciones iba á acontecer que tuviera influencia sobre las demás nacionalidades, en el *Tribune* de Nueva-Yorck veía la luz pública el artículo á que nos hemos referido, en el que se intentaba relacionar la disposición guerrera de la Francia, con la actitud insurgente de los guerrilleros cubanos.

Empero, si el artículo en cuestión, ofrece algo de notable por los conceptos que vierte, tranquilizadores en extremo para la causa de la integridad, no debe causar extrañeza por su aparición, ya que viene á ser el desengaño dado á la ilusión que se formaron los jefes insurrectos, de que la reciente complicación europea había de influir en el ánimo sereno y frío del Gobierno de aquella República.

El cabecilla Jordan, sin meditar á quién se dirigía, trató, en una comunicación al *Tribune*, de agitar la opinión de aquel país en sentido favorable á sus locas aspiraciones. Explotando, según su conveniencia le dió á entender, las noticias que á aquel ilustrado pueblo llegaban, de la actitud hostil de Francia para con Prusia, quiso descubrir á la mirada experta del Gobierno norte-americano y de sus súbditos riesgos imaginarios que le consiguieran el tan deseado reconocimiento de beligerancia. Trató, pues, de demostrar el peligro que en los Estados-Unidos se hallaban de ser envueltos en la guerra que entonces amenazaba á Europa, y de exponer, al propio tiempo, el recurso que á aquella República quedaba para ponerse á salvo de semejante eventualidad. Tan torpemente discurría el jefe de la insurrección cubana, que atribuía la causa de la guerra á España, y en este sentido, escribía el referido periódico:

«Si Francia y Prusia vienen á las manos por la cuestión española, uno de los primeros actos de Francia será apoderarse de Cuba; y como los Estados-Unidos han abjurado de hecho la doctrina de Monroe, rehusando reconocer á los cubanos como beligerantes, no pueden lógicamente intervenir, á menos que estén preparados para tomar seriamente parte en una lucha internacional. Pero bástales reconocer sencilla-

mente la beligerancia de Cuba, y la dificultad está terminada.»

La carta del cabecilla cubano determinó ciertas oscilaciones de la opinión; por algunos exagerados, que tampoco faltan entre los yankees, pretendióse que era llegado el momento en que la razón política y de seguridad encubriera la protección oficial que aquella potencia otorgara á la insurrección de Cuba; uno que otro periódico de los que, entre la nube de órganos de todas las opiniones, alimenta el filibusterismo en Nueva-Yorck, abogó porque se atendiera el riesgo que descubría Jordan. En resumen, se trataba de que la guerra franco-prusiana fuese el motivo justificante del reconocimiento oficial de la insurrección cubana, por parte de los Estados-Unidos. ¿Se afirmó esta tendencia, se adoptó semejante opinión? La idea interesada, la intriga de los conspiradores contra España, ¿logró sorprender aquel espíritu público, reflexivo y casi imposible de conducir por otros senderos que los de la razón ó la conveniencia?

El lenguaje del *Tribune*, uno de los diarios que con mas ardor é intransigencia ha defendido la causa de los insurgentes, expresa bien el mal éxito de los esfuerzos que acabamos de citar. Cuando un periódico amigo, entre los pocos con que cuenta la insurrección cubana, en Nueva-Yorck, acoje, no solo con frialdad, sino con razones opuestas de verdadero peso, las sugestiones de Jordan y los suyos, no será difícil apreciar la expresión general de aquel pueblo, que no ha podido simpatizar con los estragos y las tropelías que distinguen á una lucha, que sus autores vanamente han querido justificar con el nombre sacrosanto de la libertad.

Hé aquí, pues, en qué términos contesta el referido periódico á los falsos é inhábiles razonamientos de sus amigos; transcribimos algunos de los principales párrafos de su artículo, del 20 de Julio pasado:

«En primer lugar—dice—no es claro que nos hayamos separado de la doctrina de Monroe. La política nacional, tal como la estableció el presidente Monroe en su famoso mensaje de 1823 era que no debíamos mezclarnos en las querrelas del Viejo Mundo, ni permitir á ninguna potencia europea extender su sistema á porción alguna de este hemisferio.

Declaramos así nuestro propósito de oponernos á toda tentativa de la Europa para subyugar las Repúblicas del Nuevo Mundo, y probamos nuestra adhesión á este principio cuando insistimos cerca del emperador Napoleón para la evacuación de Méjico. Nunca nos hemos comprometido, sin embargo, á correr en auxilio de las colonias de América.

No nos consideramos en el deber de prestar los socorros materiales. No podemos convertirnos en el D. Quijote de las naciones. Cuando Cuba se haya constituido independiente, quedaremos obligados por la doctrina de Monroe (si es que debe considerársela obligatoria) á resistir cualquier tentativa de las potencias europeas para sujetarlas de nuevo al régimen monárquico; pero mientras trata tan solo de sacudir el yugo del Estado que está poseyéndola desde el establecimiento de los europeos, no estamos llamados, por ninguna interpretación razonable de la doctrina de Monroe, á intervenir en ello.

En segundo lugar, no estamos imposibilitados por nuestra actitud presente en la cuestión cubana de adoptar aquellas disposiciones que juzguemos prudentes para impedir la adquisición de la isla por Francia. Cuestiones internacionales de esta magnitud no se resuelven por reglas estrictas de derecho, sino por altas consideraciones de equidad y de conveniencia.

En tanto que España combate para defender los derechos que le han sido concedidos allí durante una serie de generaciones, podemos asentir en silencio; pero si otra potencia que nunca ha tenido derecho alguno sobre Cuba pretendiese establecerse en la isla, no deberíamos entretenernos en examinar el derecho ó la conveniencia, sino intervenir inmediatamente, y todo el mundo nos creería perfectamente justificados. El general Jordán, además, arguye que si tal hacíamos quedaríamos obligados, despues que la contienda cesara, á devolver la isla á los españoles. Esto ya no es claro, pues que nosotros interveríamos, no para ayudar á España, sino para proteger nuestros intereses; y al fin de la guerra nuestro patente deber sería dejar que los mismos cubanos decidiesen á quién querían pertenecer.

Por último, dudamos que uno de los primeros actos de la Francia fuese el apoderarse de la Habana. La guerra en Francia es indudablemente contra Prusia y no contra España, y sobre la Prusia naturalmente ningún efecto produciría la captura de Cuba.

Napoleón es demasiado sagaz para cuestionar con los Estados-Unidos por una conquista que no le produciría ninguna ventaja práctica, y

que aprovecharía grandemente á su adversario. Su objeto son las provincias del Rin, y combatir en las Indias orientales para alcanzarlas sería como batirse en *Pigeon Hill* para libertar á la Irlanda.»

No puede darse, en verdad, un lenguaje que mas remoto presente, el intento de apoyar la beligerancia de los insurrectos. Y las palabras que acabamos de transcribir—recuérdese bien—son doblemente importantes, por sonar en boca de un apasionado partidario de la insurrección.

Pero el carácter norte-americano no tiene la ligereza de prescindir del juicio, para ceder completamente á la pasión; y en estos momentos no hay espíritu sensato que no tenga por risible la apreciación de Jordan, sobre la influencia que pueda ejercer el conflicto europeo, sobre la suerte de la isla de Cuba.

Resulta, pues, que la repugnancia del Gobierno de los Estados-Unidos á favorecer la loca insurrección de Cuba, es verdadera y fuerte, ya que ni bastan las exhortaciones, ni aun las sugestiones, que se encargan de procurarles un momento oportuno y una excusa bastante, para llevar á cabo lo que, si tuviera ánimo de hacerlo, podía haber cumplido mil veces distintas.

Pero resulta aun mas, y esta es la importancia del artículo que publica el *Tribune*, que nos ha movido á ocuparnos de este; resulta, que la opinión de aquel país, aun la mas acérrimamente pronunciada en favor de la insurrección, no se conmueve ante los actos de las dos potencias rivales en Europa, y sigue oponiéndose al reconocimiento de los insurrectos como beligerantes, lo que encierra satisfactorias seguridades para los intereses de nuestra patria y la integridad del territorio nacional.

## LAS ALIANZAS.

### I.

Inútil creemos tratar de demostrar que la guerra se ha humanizado en nuestros tiempos, y que á la par del progresivo desarrollo de las máquinas de destrucción han adelantado en justicia los principios que dan lugar á los conflictos entre las naciones.

La fuerza moral en nuestra época es de tanta importancia como la fuerza del número en los ejércitos, el espíritu de conquista va desapareciendo, y con el muere también el ansia guerrera que, reconociendo por principio el espíritu de nacionalidad, acaba por dañar á la independencia nacional, poniéndola á merced del vencedor ó asentándola débilmente con la mezquina y perecedera base del engrandecimiento de territorio. Hoy los pueblos luchan para civilizarse, como antes guerreaban para destruirse, proclaman la justicia ó disfrazan sus intentos interesados, bajo el nombre de los principios civilizadores.

Dos de las naciones mas poderosas de Europa acaban de declararse la guerra, sus fuerzas son inmensas, ejércitos y tesoros les prestan ayuda, la ciencia se aparta de su cauce para coadyuvar á la invención de destructores instrumentos, los dos pueblos aplauden la lucha, y hasta la misma naturaleza levanta la trinchera de los Vosgos y cava el foso del Rin para que las fronteras den respectivas ventajas á los dos enemigos.

Y, sin embargo, estas dos naciones no conducen á sus soldados al combate, sin protestar antes de toda idea de conquista; no declaran la guerra sino diciendo que creen la guerra justa. El Gobierno prusiano explica su conducta ante Europa entera; Napoleón III publica su manifiesto, y el 2 de este mes examina en la *Gaceta de Francia* los documentos presentados por el Gobierno británico para aprovechar las aserciones de Inglaterra en favor de la justicia que cree asistirla.

Los pueblos ya razonan al destruirse; no estamos lejos de que adopten como único combate la lógica del razonamiento.

Resultado de esta presión moral que los principios filosóficos ejercen sobre la política internacional de los Estados, es como hemos dicho ya, el principio altamente civilizador de considerar la guerra como á una necesidad de momento y procurar darle por comienzo una razón fundada ó una apariencia de razón, y en segundo lugar atraerse las simpatías de los pueblos que, privados por sus especiales circunstancias de terciar en la lucha, no pueden prestar apoyo á la pre-

tension de ninguno de los dos pueblos contrincantes.

Del conocimiento que de esta verdad innegable tienen los Gabinetes de París y Berlin, han nacido las negociaciones que se han llevado á todas las córtes de Europa. La importancia de la guerra que tiene lugar en estos momentos, da á los trabajos antedichos un profundo interés que se equipara al que inspiran los hechos de que son teatro las orillas del Rin.

Partidarios de la neutralidad, como á medio de localizar la guerra, debemos darnos por satisfechos al ver que hasta ahora en ninguna córte de Europa los beligerantes han podido encontrar el apoyo que deseaban, y aunque algunos pueblos hayan demostrado sus simpatías por la causa de uno de los dos Estados enemigos, ningún Gobierno se ha hecho eco de la opinión, mas ó menos neutral, del país que representa.

En este artículo nos proponemos examinar las circunstancias de las naciones europeas en sus relaciones con el conflicto franco-prusiano. Someramente cumpliremos con el cometido que nos hemos impuesto, pues mas que un artículo, este trabajo puede llamarse una colección de apuntes sobre la alianza política de los Estados que forman el continente europeo.

### II.

Vecina á la Francia, con la cual la unen los hechos de su historia moderna; debiendo al imperio francés el comienzo de su nacionalidad, Italia es de las naciones que se encuentran en una situación mas extraña respecto al Gobierno imperial. Los servicios que el vencedor de Magenta prestó á la península italiana, han recibido por pago algunas provincias italianas y el consentimiento de una ocupación tan impopular como deshonrosa.

Dados los antecedentes de los Gabinetes de Florencia y París, la consecuencia lógica de un tratado entre las dos potencias es la ocupación de Roma. La salida del último soldado francés de la Ciudad Eterna, significa la ocupación moral del Capitolio por el Gobierno italiano. Víctor Manuel quizá no lo ha comprendido así; pero, aun comprendiéndolo, no le basta este triunfo, que para él necesitaria siempre la confirmación del hecho. Napoleón III necesita mas amigos que soldados; es un emperador del siglo XIX, y, por lo tanto, sabe que la fuerza debe apoyarse en la idea, y á falta de esa en las simpatías; cediendo á Roma, gana una alianza, vence un obstáculo, y concluye un compromiso.

Partidarios de la neutralidad, sentiríamos que el tratado se llevase á cabo, tanto mas cuanto que para nosotros la ocupación de Roma podía alcanzarse por otro medio mas lógico, y, sobre todo, mas nacional.

El partido revolucionario italiano sueña en Roma: la entrada en el Capitolio de la bandera de Saboya, podría calmar la exuberancia de virilidad que le anima; pero esta bandera hoy entraria en Roma rodeada de una atmósfera diplomática, antipática de todo punto al espíritu nacional de toda la Península; los vencidos de Mentana pueden considerar como una humillación el que deban el triunfo á su antiguo vencedor.

Abandonado el Gobierno pontificio á sus propias fuerzas, su derrota es segura, y á su derrota se sigue un renacimiento del entusiasmo en Italia, renacimiento que, aprovechado en sus primeros momentos, podría ser un apoyo firme del Gabinete de Florencia. La victoria hoy sería *sub conditione*, pues Napoleón III puede hacer cesar la ocupación de Roma, pero no su protección al pontificado.

La alianza, pues, en caso de cumplirse, presenta los dos inconvenientes de venir á dar pábulo á la guerra, y de anular y quizá descontentar á las fuerzas vivas de la península italiana; solo el imperio francés saldría ganancioso en el tratado.

La alianza con Prusia sería también, á mas de impolítica, innecesaria.

El primer deber de un pueblo es asegurar su independencia, marcando claramente su nacionalidad, é Italia no debe recurrir á un tratado con Prusia para lograr este objeto, que se cumpliría con la ocupación de Roma.

Fronteriza con el reino italiano, Austria, la antigua señora de la península, contempla silenciosa y pensativa á su

vencedora de Sadowa. La historia de sus últimos años trae á su memoria amargos recuerdos, quizá algunas veces piensa en la revancha de 1866, pero se ve mermada en su territorio, mermada en su influencia en la Dieta, y siente que la exhausta sangre de sus hijos necesita recobrar, por la paz y los años, la sangre derramada en las llanuras italianas y en los campos de batalla de la Confederación alemana. Austria no ha abandonado todavía los proyectos de unidad alemana; su decadencia no tiene los caracteres del envilecimiento de un Estado, es el reposo de los vencidos, no la muerte de un pueblo.

Para el imperio austriaco, la guerra actual es de suma importancia, la victoria de Francia será para él la derrota de un enemigo, pero al mismo tiempo el vencedor adelantará por las fronteras del Rin, desmembrando así la unidad alemana que Francisco José sueña en reconstituir con la casa de Austria. Con la victoria de Prusia lleva á cabo su obra el conde de Bismarck, y la Alemania entera viene á ser patrimonio de la casa Hohenzollern.

Austria, pues, está interesada favorablemente por el imperio francés, pero este interés no está exento de temores para el porvenir.

A pesar de todo, hemos anunciado ya la debilidad del imperio austriaco; dos guerras le han conducido á este estado, y hoy podría aniquilarse y hasta desmembrar sus Estados con una nueva guerra.

Su conducta, pues, debe ser la neutralidad.

Un tratado con Francia, aunque sea para fijar las bases de una actitud solamente simpática á los intereses del imperio francés, puede despertar el encono del ministerio prusiano, que, en caso de salir victorioso, aniquilaría el Austria con su poderoso esfuerzo.

El mismo motivo es la causa de la neutralidad dinamarquesa. Suecia y Noruega tienen su línea de conducta perfectamente marcada; el vencedor no puede darles grandes ventajas; la derrota del vencido no influiría en la suerte de los dos reinos.

### III.

Inglaterra es, ha sido y será un geroglífico indescifrable para los políticos de momento, que tanto abundan en nuestras regiones meridionales. En lo que va de siglo, dos veces tan solo la conducta del Gobierno británico ha sido clara y definida para los partidarios de la diplomacia del entusiasmo; en las guerras del primer imperio y en la cuestión de Oriente de 1854, Inglaterra dejó de ser, por un momento, un eterno misterio para muchos.

El criterio eminentemente práctico que caracteriza al pueblo inglés, asombra y aturulla á las impresionables naturalidades de nuestro país, que no pueden comprender que exista un Gobierno que prefiera la exportación de un género cualquiera á todas las cuestiones de honra nacional.

Un escritor francés ha dicho que el orgullo de Inglaterra está en sus cargamentos de carbón; pero difícil, muy difícil le sería decirnos dónde está el orgullo de ciertos países que, por hacer extensiva á muchos hechos y cosas esta cualidad moral de que tanto blasonan, acaban por atacar el derecho de gentes, habiendo empezado por envolverse en el ridículo.

El entusiasmo es una luz que nos deslumbra, y al intentar escudriñar con su ayuda el laberinto imaginario de la política inglesa, laberinto que es sencillamente el sentido común elevado á sistema, ciega y no permite ver el terreno que se pisa. Este es un hecho que dege nera en monótono de puro repetido.

La cuestión dinamarquesa, las guerras de Italia y la lucha de Austria y Prusia, han sido una sucesión no interrumpida de misterios para los entusiastas diplomáticos que olvidan un 2 de Diciembre por un Sebastopol, un Solferino por un Querétaro, y sintiendo siempre inmensa hambre de gloria, arrojan el goro frigio á los pies de los ejércitos de Austerlitz.

La conducta de Inglaterra obedece á un principio claro é inmutable: la conveniencia de Inglaterra, este pueblo modelo que hizo una revolución para sí y supo regenerar en una batalla el viejo mundo, que adornado con sus restos de

feudalismo, languidecía y se ahogaba entre los buques del gigante corso, este pueblo, decimos, tiene sus ejércitos en sus comerciantes y su opinión en la cotización de su Bolsa.

Las simpatías de la antigua Albion son para la raza germana; sus intereses no están ligados con los intereses de nadie; por eso encontramos legitimada su neutralidad espectante, neutralidad que, conforme con los intereses británicos, vende carbón á los franceses y manda á Prusia material de guerra.

Comparable á la situación de Inglaterra es para nosotros la situación del Gabinete del Czar.

El apoyo del Gobierno moscovita ha sido deseado por la Prusia, pues una de las alianzas más buscadas, por ser una de las más poderosas, es la alianza con Rusia; por ese motivo en cuanto nacieron los temores de una guerra, todos los Gabinetes se vuelven hacia el de San Petersburgo; pues la decisión que éste adopta, puede pesar favorablemente en la balanza respecto á la nación con que se una.

El Gobierno del Czar representa en la civilización europea el principio unitarista del panslavismo, sus fuerzas, consideradas por número de soldados, son inmensas, grande la extensión de su territorio, y este de tal naturaleza, que facilita la defensa de la nacionalidad rusa, y casi imposibilita una invasión extranjera. Su régimen gubernamental da una fuerza poderosa al principio de autoridad, sometiendo las masas al principio despótico y uniendo en el jefe del Estado el poder civil y militar, y el pontificado religioso, y á todo esto se añade que en el carácter del pueblo ruso quedan todavía algunos de los rasgos de las legiones que derribaron el trono romano.

Rusia, tan diferente de las demás naciones de Europa, se distingue también por los intereses que han dirigido todas sus expediciones guerreras. Obra de solo un hombre, la política rusa sueña con el imperio del Norte, que le fué revelado por la voz de Pedro el Grande.

El testamento de aquel emperador es el programa político que con exactitud detallada ha venido siguiendo el Gabinete de San Petersburgo; este documento, último beneficio que Pedro I prestó á su patria, examina la historia y las tendencias de su pueblo, profetiza las empresas que llevaría á cabo, marca el camino que debe seguir desde Moscow á Viena, desde el Báltico al Mediterráneo, y acaba juzgando á su siglo.

Desde entonces solo una vez—en la guerra de Crimea—han surgido obstáculos para la realización del pensamiento del marido de Catalina; pero una serie de acontecimientos que no podía prever el que en el pleno siglo XVIII decía: *Contribuyan mis sucesores á fomentar las discordias entre los príncipes alemanes, ayuden al mas débil para ganarle con dádivas y abatir al mas fuerte, dirijan sus tiros contra el imperio austriaco; y una vez desunida la Alemania, Rusia será la verdadera nación del Norte*, han venido á debilitar el Austria, hoy pálido remedo de la poderosa enemiga que tanto imponía al regenerador de Rusia.

En la guerra que hoy tiene lugar á orillas del Rin, el Gabinete ruso, conforme con sus tradiciones, debe observar la más estricta neutralidad. Pedro I, que tanto llegó á conocer á Europa entera, fijó la línea del Norte como á valla natural de su imperio, y alcanzada la gran preponderancia que esta posición geográfica le daba, creyó que la Rusia ejercería una poderosa influencia en la política de las naciones meridionales.

Pero el imperio ruso comprende también el complemento de su misión y dirige la mayor parte de sus esfuerzos á anular en los países del Norte la influencia que pudiera ejercer la raza latina. El conflicto franco-prusiano coadyuvará poderosamente á su intento, su política debe limitarse á impedir las conquistas de Francia en territorio alemán, y al mismo tiempo á no dar fuerzas al reino prusiano que, con el tiempo, podría convertirse en un serio temor para la Rusia.

Aparte de estas grandes potencias, Bélgica, Holanda y Suiza se preparan á defender su independencia. No seremos nosotros los que aseguremos que será respetada.

En el incierto porvenir vemos temores para estas nacionalidades que, junto con el Luxemburgo, pueden esperar todo.

Su neutralidad está basada en su interés y en bien de ellos deseamos que esta actitud les baste para conjurar el peligro.

### IV.

De propósito hemos dejado para la conclusión de nuestro trabajo el tratar de la península ibérica. Partidarios como somos de la neutralidad de nuestra patria, hemos querido darlo á conocer después de haber expuesto todos los motivos que, según nuestra opinión, militan en favor de la neutralidad de Europa, para que la conducta que debe seguir todo el continente, marcarse más especialmente la conducta de España.

Nuestra actitud neutral es conveniente, nuestra completa paz es necesaria.

Debemos estar preparados contra cualquier contingencia, porque el conflicto franco-prusiano debe terminar variando la faz de los asuntos de Europa, y España está, como nadie, interesada en esta variación.

A más de las razones de conveniencia, nos asisten las razones del derecho á la paz que hemos conquistado con nuestra revolución. Para defender nuestra independencia, en caso de que se intente atacar, debemos concluir antes con la obra de Setiembre, y una vez constituidos entraremos en el rango que nos corresponde por haber sido los iniciadores de la revolución en Europa.

ANTONIO LLABERIA.

## EL ALMA DE JUDAS.

### CUENTO.

#### I.

Pues, señor, como ustedes saben muy bien, después que Judas estampó en el rostro del Hombre Dios aquel beso fatal que lo entregó en manos de los verdugos, empezó á reflexionar y llegó á comprender que era un infame.

El Divino Maestro había predicado el arrepentimiento como medio de salvación; Judas había escuchado mil veces sus palabras de amor, de esperanza; Judas debía haberse arrepentido de su inmensa culpa, de su horrible asesinato; pero el corazón empedernido del ingrato discípulo, aunque comprendió su grande falta, no llegó á convencerse de que una falta grande puede borrarse con un grande arrepentimiento: Judas no tenía fe.

Presa su alma de atroces remordimientos, inflamada y loca su mente, no halló en su desesperación otro medio de arrancarse á tantos padeceres que el suicidio.

La voz de Dios que le condenaba, resonaba sin cesar en sus oídos con terrible acento, y veía caer sobre él la maldición del género humano.

Pálido, descajado, convulso, salió de Jerusalén, formó un nudo corredizo con una cuerda que ató á un árbol, rodeó su cuello con el lazo fatal, pronunció una terrible imprecación que hizo temblar de espanto á los moradores de las cavernas infernales, y se lanzó al espacio.

Un minuto después Judas era cadáver.

Su alma, abandonando el cuerpo, se elevó por los aires.

Era negra como la culpa.

Sin duda equivocó el camino, puesto que se dirigió al cielo y sin detenerse un minuto llamó á la puerta.

Un ángel acudió presuroso y miró por el agujero de la cerradura.

Al ver aquella facha de murciélago se quedó admirado, y dijo con voz sonora:

—¿Quién eres?

—Soy el alma de Judas, contestó ésta.

El ángel dió dos pasos atrás, y exclamó:

—¿Cómo te atreves á llamar á la puerta de la mansión de los escogidos? Huye: no es aquí donde tú debes vivir por siglos eternos; tú que has entregado al Divino Maestro, tú que no has tenido un minuto de arrepentimiento, no puedes aspirar ya á ser dichoso; tu sitio está en las moradas infernales.

El alma de Judas se quedó estupefacta; iba á replicar, pero un vuelo suave como el de una mariposa, le advirtió que el ángel se había alejado; entonces comprendió que no le quedaba otro remedio que tomar el camino del infierno, y se dirigió á él.

Al poco rato el olor del azufre, las llamas que divisaba de cuando en cuando y la confusa voz que estaba cerca de la mansión de los condenados.

Un minuto después llegó á la puerta.

En el umbral estaba Satanás pensativo y cabizbajo: algún gran pensamiento le preocupaba: tenía los ojos fijos en tierra, y de cuando en cuando se rascaba los cuernos con las puntas de sus agudas y tajantes uñas.

—Beso á Vd la mano, caballero, dijo el alma cuando llegó á su lado.

Esta voz sacó de sus reflexiones á Satanás, que levantó la cabeza con aire de mal humor, y dijo con cólico acento:

—¿Quién eres tú, que así te atreves á interrumpir mis filosóficas meditaciones?

—Soy el alma de Judas.

—Te estaba esperando hace rato, y tú eres el objeto que ocupa mi pensamiento, que absorbe completamente mi atención.

—Caballero, esa honra tan inesperada...

—Escúchame, interrumpió el rey del infierno, yo no quiero retenerte en mis dominios; eres tan malvada que podrías un día arrebatarle mi corona y empuñar mi cetro.

—Tal pensamiento...

—Silencio; hago mal en ser franco, repito que no quiero que estés cerca de mí.

—¡Y qué haré yo si me arrojan del cielo y no me quieren en el infierno!

—En eso estaba pensando, ya he encontrado colocación para tí.

—¿Qué bondad!

—Vete al mundo y procura introducirte en un cuerpo que no tenga alma; una vez allí dentro, estoy seguro de que obrarás como quien eres; tengo confianza en tu maldad.

—Mil gracias; pero ¿dónde hallaré un cuerpo sin alma? ¿Existe acaso?

—Esa no es cuenta mía, vuelve al mundo y obedece mis órdenes.

Al concluir estas palabras el soberano del abismo se levantó con gravedad, recogió majestuosamente la cola, que colocó sobre el brazo derecho y se internó en sus dominios.

El alma de Judas conoció por esta respuesta que ya estaba demás en aquel sitio, que la sentencia no admitía apelación y rápida como el relámpago se dirigió al mundo en busca de un cuerpo sin alma.

#### II.

Cuando el alma de Judas llegó á la tierra, conforme á las órdenes del ángel caído, se dedicó á buscar un cuerpo sin alma.

Pero pasaron los días, los años, los siglos y el tal cuerpo no parecía.

El alma de Judas estaba verde de cólera.

En vano recorrió todas las clases de la sociedad.

Los militares, gente despiadada, por lo regular, tenían alma.

Los escribanos la tenían, á pesar de estar encargados de la confección de los testamentos.

Y los abogados, no obstante ser su misión embrollar los pleitos.

Y los médicos, hasta los homeópatas, siendo así que tienen en su mano la muerte de los enfermos.

Y los boticarios con su agua de pozo y sus *quid pro quos*.

Y los alguaciles con sus soplos malignos.

Y las viejas *zurcidoras de voluntades*, con sus arrumacos y sus bellaquerías.

Y las jóvenes sombra de estas viejas.

Y... ¿pero á qué continuar? El caso es que el alma no había podido encontrar un cuerpo sin ídem.

En su consecuencia andaba sola por el mundo, errante como el célebre judío, flaca, abatida, ojerosa, sin ilusiones, como los pollos del día.

A poder morir, hubiera muerto, tal era su desesperación.

Aburrida de todo punto, exasperada su bilis hasta el último extremo, abandonó el Peñon de Gibraltar, y para ver si encontraba distracción se dirigió á Madrid.

En la coronada villa topó con las mismas dificultades.

Todos los cuerpos estaban ocupados, como localidades de teatro el día de función nueva, y á la errante alma no le quedaba ni el triste recurso de acudir á los revendedores.

Esto sucedía en un invierno muy crudo; el estanque del Retiro se hallaba helado, y el alma de Judas ahogaba sus penas patinando.

Pero llegó un día en que, después de calzarse los patines, observó que el agua estaba líquida; el calor había deshelado el estanque.

Llena de furor volvió á la población, a través de calles y plazas, perdió el rumbo y rendida de cansancio y sin saber donde se encontraba, tomó asiento en el umbral de una puerta.

Colocó la cabeza entre las manos y empezó á llorar á lágrima viva; lloraba al considerar su triste estado.

Al poco rato escuchó unas voces confusas: levantó la cabeza, y vio con asombro que muchas personas entraban y salían en la casa en cuyo umbral reposaba.

Aplicó el oído y oyó claramente á una vieja.

—Este hombre no tiene alma.

La de Judas dió un brinco.

En esto bajaba la escalera un elegante de gabán raído, puro de cuatro maravedís y cadena de reloj de 10 rs.

Al pasar á su lado exclamó:

—Este hombre es un *desalmado*.

El alma de Judas dió un brinco.

Un tercer personaje apareció en la escena; era una modistilla alegre y pizpireta que bajaba cantando:

Has perdido tu alma,  
Pícaro viejo;

Ya mas alma no tienes  
Que tu dinero.

Al escuchar estos versos la heroína de nuestra narración, no pudo contenerse, y subió cuatro á cuatro los escalones.

Entró en la habitación: delante de una mesa llena de papeles, un hombre, de nariz afilada, ojos hundidos, color verdoso y arrugado entretejejo, se entretenía en examinar unas monedas de oro.

Rápida como el relámpago el alma de Judas, se introdujo en el cuerpo de aquel hombre, y con admiración advirtió que aquel cuerpo no tenía alma. Registró por todas partes, escudriñó los mas ocultos escondrijos, y nada... se encontraba sola, enteramente sola.

Aquel hombre era un usurero.

Desde entonces todos los usureros, ó no tienen alma, ó si alguno la tiene es el alma de Judas.

RAFAEL BLASCO.

## NOTICIA DE LA VIDA Y ESCRITOS

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO PERMANER Y TUYET, LEIDA EN LA SESION PÚBLICA CELEBRADA POR LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE LA CIUDAD DE BARCELONA EL DIA 19 DE JUNIO DE 1870, POR D. MANUEL DURAN Y BAS. SÓCIO DE NÚMERO DE LA MISMA.

Señores: El académico cuya vida, breve en años y fecunda en enseñanzas, tengo el triste al par que grato deber reseñar ante esta corporación respetable, es un nuevo testimonio de que los hombres que salen del nivel común representan en su valía un elemento personal y otro histórico, son hijos a un tiempo, si es lícita la frase, de sí propios y de las circunstancias. Bajo el silencioso régimen de la monarquía pura, ó en épocas normales, pacíficas, serenas, don Francisco Permaner y Tuyet habría vivido la sosegada vida del profesor ó la mas atareada del abogado, entretenido sus ocios en las modestas sesiones de nuestra Academia, cimentado su reputación con los trabajos del hombre estudioso y las virtudes del hombre privado. Nacido despues de iniciada la revolucion española, se ha distinguido entre la generacion que ha sido en ella espectadora y combatiente, que se apasionó de sus promesas y nutrió de sus esperanzas, que ha tomado parte en sus luchas y sufrido el vaiven de sus destinos, que ha pasado por las alternativas de la fe y de la duda en sus principios, de la confianza en su triunfo y del desaliento, que se ha sentido orgullosa de sus legítimas conquistas y desfallecida al columbrar los peligros que las amagan, y que, á pesar de la fatiga que abate, de los desencantos que entristecen, del sombrío porvenir que conturba el ánimo, no renuncia á proclamarse hija de esta sociedad y de este siglo.

Grandes dotes morales ó intelectuales habia atesorado Dios en el alma de nuestro consócio; mas para desplegarse en toda su espontaneidad y energía necesitaban la trasformación social de la nacion española. La fe de su alma, la rectitud de su conciencia, la dulzura de su carácter, la severidad de su juicio, la flexibilidad de su talento, la elocuencia de su palabra, su buen gusto literario, cómo no habian de elevar en todo tiempo la reputación de Permaner y rodearla de envidiable auréola! Pero esas dotes pudieron ostentarse mejor y en toda su riqueza y lozanía cuando el espíritu de la revolucion española hubo penetrado, no solo en las instituciones y en la vida de la sociedad, sino tambien en su literatura y sus artes; cuando al lado de los partidos políticos luchaban en ruda contienda las escuelas literarias, y vacilaban las creencias al mismo tiempo que se alteraban las costumbres; cuando, en una palabra, comenzaba nuestra nacion á tomar parte en el gran litigio entre la sociedad antigua y la sociedad moderna.

Sin estas circunstancias, quizás no se habria distinguido Permaner entre la generacion á que pertenecía; pero en lo mas fragoso de una revolucion intelectual y social, como la que ha conmovido á España, cuando todo estaba en discusion y parecia necesitado de un nuevo espíritu, sus altas y no comunes dotes tuvieron ocasion de desenvolverse en mas espaciosas y variadas esferas, en las que siempre procuró adunar con su fe en la autoridad inquebrantable de los principios morales, su identificación con las nuevas verdades que descubre la ciencia; con su convicción de que están destinadas al perfeccionamiento las sociedades humanas, su adhesión á las grandes creencias y á las instituciones seculares en que se revela el espíritu nacional.

En la vida de nuestro consócio todo lo anima este criterio, todo lo singulariza esta tendencia. De ahí su unidad; de ahí su belleza moral; de ahí tambien su popularidad, esa popularidad que aun hoy, corridos mas de cinco años desde la muerte del patricio á quien lloramos, hace volver tristemente los ojos hácia su tumba, como la sepultura de una esperanza. Y no fué popular esa vida porque se desarrollase variada en contrastes, accidentada por sus vicisitudes, ruidosa por sus luchas en la arena política, embellecida por su acción creadora en la esfera social; labró Permaner su fama, lenta, modesta, laboriosamente, consagrando sus altas dotes intelectuales á la ciencia, las fuerzas de su juventud y su

virilidad al trabajo, la extension de su saber y las luces de su experiencia al servicio de su patria, toda la riqueza de cualidades que encerraba su alma al cumplimiento de su deber. En perfecta armonía su inteligencia con su moralidad, la tendencia de sus estudios con la dirección de sus sentimientos, las aspiraciones de su vida pública con los hábitos de su vida privada, á pocos hombres como á él pueden con tanta exactitud aplicarse aquellas palabras de Ciceron en sus Oficios: *præclara est æquabilitas in omni vita*; y si no es comun poseerla en los días de paz y reposo para los pueblos, aun es mas raro conservarla en medio de la fermentación de las ideas, de la zozobra de las creencias, del enflaquecimiento de todas las autoridades morales, de la agitación de todos los intereses, de las luchas y sobresaltos y contradicciones y apostasias que llenan la historia de la sociedad presente. Pero conservóla Permaner, cimentando su popularidad en ella, porque amó la verdad y el bien, la religion y la libertad, la ciencia y la patria, la tradición de los siglos y la edad en que le habia tocado hacer su peregrinación en la tierra: de ese amor impregnó, por decirlo así, su alma, y con él dió á su carácter los contornos, á su conducta la igualdad que en el breve curso de su vida le distinguen.

Descendiente de una antigua familia de esta ciudad, siempre feliz en su decente medianía, en su seno tomaron inclinación los hábitos, raíz y vigor las ideas morales de nuestro malogrado consócio. Fué su padre D. Juan Permaner, modesto propietario y honrado fabricante, en quien la fortaleza de las creencias competía con la sencillez de las costumbres, y que, severo hasta la inflexibilidad en el cumplimiento de sus deberes, era apasionado hasta el entusiasmo por las glorias y costumbres catalanas. Su madre, doña Josefa Tuyet, falleció á los pocos meses de haberle dado á luz; pero, pasado á segundas nupcias D. Juan, con él compartió el cuidado de la educación de sus hijos su nueva esposa que amó como suyos, no teniéndolos propios, á los que lo eran de su marido.

Las semillas del bien que la educación arroja, germinan mejor que en otra atmósfera en la de felicidad y virtud que rodea el hogar de la familia; y Permaner aprendió bajo el paterno techo con la insinuante dulzura del ejemplo mejor que con la severidad de los preceptos, las prácticas cotidianas de la oración, la adhesión filial al nativo suelo, los sentimientos de probidad y honor en la vida, la alegría y la perseverancia en el trabajo, la modestia sin afectación en la fortuna, la serenidad y la firmeza en las adversidades, y la resignación cristiana en el dolor.

Lentos fueron los progresos que hizo en sus primeros estudios. Habia en su inteligencia mas rapidez de concepción que actividad, mas flexibilidad que arranque especulativo, mas brillantez que profundidad, mas finura de discernimiento que inclinación á las generalizaciones; pero sus primeros maestros no acertaron á descubrir estas ricas y variadas cualidades de su talento. Un religioso de las Escuelas Pías, profesor aventajado y diestro, el padre Giralt, es quien supo despertarla; y desde entonces rivalizó con los mejores en los ejercicios de retórica y filosofía (1), poniendo de manifiesto su aptitud para la carrera del foro. A ella atraído por el ejemplo de sus discípulos mas distinguidos, empujado á seguirla por las circunstancias de la época, seducida á su familia, al inclinarse á adoptarla, el bello porvenir que sus felices disposiciones le presagiaban. Siempre ha sido profesion honrosa la abogacía, y siempre ha tenido atractivos para las inteligencias ganosas de noble medro y de legítima influencia social; pero en los países libres es mas fascinador este atractivo, porque el juriconsulto conquista la posición y la influencia sin el auxilio de la riqueza y sin el prestigio de la cuna. En ellos, los hombres que profesan el derecho son el núcleo inteligente de la clase media, el elemento moderador de las tendencias, á menudo egoístas, que acaricia esta clase, la fuerza propulsora de sus legítimas y no siempre bien concertadas aspiraciones.

(1) En la cátedra de filosofía sostuvo conclusiones, lo que era en aquella época una de las mas relevantes muestras de la superioridad de un alumno.

En estos países la abogacía franquea los escaños del Parlamento y la silla curul del poder; y trasformado en legislador el juriconsulto influye en la vida moral de los pueblos, traduciendo en leyes su concepción de la justicia. Y en los días en que se abre una nueva era política para las naciones, la clase que mas pronto desciende al estadio en que se controviercen los grandes problemas sociales, la que con mas brillantez y fortuna lucha en su arena, es de ordinario la de los juriconsultos. Hizo Permaner sus estudios primero en la Universidad de Cervera, despues en la de esta ciudad y finalmente en la de Sevilla; y en la última recibió la investidura de licenciado, despues de ejercicios desempeñados con singular lucimiento, que presenció como censor y recordó años adelante, ya su amigo, el esclarecido literato y entonces profesor de aquella escuela, D. Fermín de la Puente y Apezchea.

La afición á las tareas del foro no caracteriza la primera vocación de Permaner. Amaba mas entonces la literatura que el derecho; la poesía le cautivaba mas que la ciencia. Rico de imaginación y entusiasta por todo lo bello, ocupó los primeros años de su juventud en fugaces trabajos literarios, leídos unos en el seno de la Academia que habia formado con su hermano mayor y algunos amigos, publicados otros en los periódicos como artículos de costumbres y de crítica teatral; notables los primeros por su desenfadado y gracejo, y mas notables todavía los de crítica de las composiciones líricas por la finura de sus observaciones, hijas mas bien del sentimiento estético que del profundo conocimiento del arte.

Tambien dió á luz algunas poesías, entre las que se distingue la dedicada á la muerte de Vicente Cuyás, impregnada de profunda melancolía y, en alguna estrofa, rebosante del dolor que afligía á los amigos y admiradores del malogrado jóven, que imitador de las inspiraciones de Bellini en su primera composición musical, presagiaba levantar á envidiable altura en nuestra patria aquel arte que Platon recomendaba en su República como la parte principal de la educación.

Nacido el 29 de Enero de 1817, habia entrado en su adolescencia al iniciarse los nuevos destinos de la nacion española. ¡Grande influjo ejerció esta coincidencia en sus ideas y su porvenir! En aquel periodo de la vida comienzan á manifestarse en toda su lozanía las dos facultades que mas se hermanan, el sentimiento y la imaginación; y, ávida entonces de emociones el alma, hállanse expuestas en su dirección á grandes extravíos, si su posesión y su fuerza se revelan en los albores de una revolucion política y social. El crujido de las instituciones que bambolean, el polvo que levantan las que se derrumban, la poca firmeza con que se asientan las que de nuevo se establecen, la lucha entre las ideas de otros días y las que se presentan como regeneradoras, la confusión entre las costumbres seculares y las que, mal diseñadas aun, pugnan por desalojarlas, la pasión con que se defiende lo antiguo irritando á la pasión con que se proclama lo nuevo, la resistencia de los intereses creados á la sombra de las viejas instituciones y que dificulta el curso al ímpetu arrollador de los intereses modernos, todo hiere fuertemente la imaginación y excita vivamente el sentimiento, todo nos arrastra con vertiginoso impulso y no siempre en dirección afortunada. Los libros que en tales días caen en nuestras manos y leemos con voraz impaciencia; los sucesos que se desarrollan ante nuestros ojos con seductor ó con aterrador espectáculo; aquellos con las ideas que despiertan; los primeros con la autoridad que ejercen sobre las inteligencias jóvenes, éstos con la excitación que producen en corazones que rebosan de ardor y de entusiasmo, son, al comienzo de las revoluciones, las influencias decisivas de nuestra filiación política y la base, á menudo ignorada, de nuestras creencias sociales. Por dicha de Permaner, los libros que formaron sus primeras lecturas, los sucesos de que fué como todos testigo, influyeron en sus ideas y sentimientos, pero no extraviaron su inteligencia, ni corrompieron su corazón. No se dejó inficionar por el espíritu volteriano é impío de obras que se presen-

taban á la juventud como profundas lubricaciones filosóficas y políticas y cuya superficialidad las tiene hoy día relegadas al olvido; no se abandonó al frenesí de destrucción que convirtió en ruinas, cuando no en pavesas, grandiosos y seculares monumentos, templo del Señor y orgullo del arte; no hizo coro con los que, imprevisores ú obcecados, pedían inmediatas reformas para las cuales no estaba aun preparado el país. Gracias á su razón, clara y severa desde su adolescencia; gracias á su envidiable y precoz sentido práctico, no enlazó con la legítima repulsión por un régimen que habia conducido la nacion española á su prostración y decadencia, la aversión á lo que constituye las venerandas creencias de las generaciones pasadas y los timbres mas gloriosos de nuestra civilización.

Así preparado para las luchas de la vida social, llegó Permaner á su juventud, afable en el trato, severo en los juicios, atrevido en los propósitos, sereno en las discusiones, ameno y un sí es no es cáustico en la conversacion, incorrecto, pero elocuente en las peroraciones y en los escritos.

Comenzó á vivirla al cerrarse con caliginosas nubes el horizonte político; y rompiendo de golpe su comercio con las musas, solo prestó atento oído al rumor de las borrascas. Era en 1843, y acercábase la crisis de uno de nuestros periodos revolucionarios; parecióle vergonzoso el quietismo é inmoral la intriga de las conspiraciones; y no teniendo otras armas de combate, tomó parte en la redacción de *La Corona*.

No habia caído por aquellos tiempos el periodismo en el descrédito que ha alcanzado, no siempre con justicia, en los nuestros. Eco de las doctrinas ó memorial de los agravios de los partidos, órgano de sus aspiraciones ó campeón de sus intereses, poderoso por su influencia y peligroso en sus extravíos, repugnante cuando se revuelve en los lodazales de la calumnia, honrado y digno cuando se emplea en propagar el bien y la verdad, las mas nobles causas, las mas sacrosantos principios, los mas legítimos intereses lo han utilizado para su defensa y han triunfado por sus servicios. En él han ejercitado su pluma los hombres mas ilustres en la política y las letras; y los nombres de Brougham y D'Israeli, de Chateaubriand y Guizot, de Falloux y Montalembert, de Donoso Cortés y de Balme van unidos á los mas brillantes combates librados en nombre de los principios conservadores.

Y en la defensa de estos principios empleó la suya nuestro consócio. Las condiciones de su carácter y los elementos de su educación no podian conducirle á profesar otros; los sucesos que se desenvolvian á su vista no podian desviarle de ellos. Era aquel el momento supremo de la lucha entre los dos partidos constitucionales, nacidos á raíz de la inauguración de la tercera época del sistema representativo en España. Quería el partido progresista llegar de un golpe al desenvolvimiento completo del nuevo régimen, buscaba el partido moderado su afianzamiento en reformas sucesivas, pero lentas; pugnaba aquel por romper bruscamente con lo pasado, anhelaba éste enlazar los elementos tradicionales y permanentes de nuestra civilización con las instituciones importadas por el espíritu de la época; veía el primero en la autoridad un obstáculo y en el pueblo un operario infatigable para la reconstitución política del país, miraba el segundo en la autoridad un aliado y en el pueblo un ariete que destruye, pero no reedifica; era por sus tendencias un partido revolucionario el primero, era por sus doctrinas un partido conservador el segundo; y Permaner, no con la filiación que exige sumisión hasta el servilismo, sino con la fe en los principios que hermana la adhesión con la independencia, sirvió con decisión y ardor la hermosa causa por la que han peleado siempre las almas elevadas y los nobles corazones: la causa del orden sin tiranía, de la autoridad sin arbitrariedad, de la libertad sin licencia y del progreso sin revoluciones. Pero sirvió á esta causa por convicción y con desinterés. Llegado el día del triunfo, el jóven atleta depuso calladamente sus armas y volvió gozoso á la vida privada; no pidió, no ambicionó, no aceptó el menor galardón por sus servicios: cumplidos sus deberes de pa-

tricio, creyó que debía librar su porvenir en el ejercicio de su profesión de abogado. Ejemplo, por desgracia, no común, pero no por esto menos digno de imitación y de encomio.

Con lustre para su nombre, con gloria para nuestro foro tomó aquella determinación. Reunía nuestro consocio el mayor número de las cualidades morales é intelectuales que conquistan justa fama al abogado. No era un pensador profundo, pero abarcaba las cuestiones en todas sus partes, y sin olvidar los detalles sabía sintetizarlas con felicidad y vigor.

Extensos y bien sazonados sus conocimientos jurídicos, tenía como la intuición de los grandes principios del derecho, especialmente en el civil, en el penal y en el mercantil. Pocos le igualaban y no le aventajaba ninguno en facilidad de comprensión y en la claridad de sus ideas. Contundente en sus razonamientos sin dejar de ser decoroso, era elegante en su frase sin ser atildado, vigoroso sin ser declamador. Su probidad sin fausto, sus irreprochables costumbres atraíanle consideración y respeto; su desinterés que rayaba en abandono, sus maneras siempre sencillas ganábanle generales simpatías. En las juntas era notable su dictamen por lo discreto y preciso, y si discordaba de sus compañeros, exponía su parecer con franqueza, pero con deferencia y decoro. Sus escritos, á veces prolijos, achaque común en los hombres del foro, se distinguían por el método en la exposición, el desenvolvimiento lógico de las ideas y la habilidad en sortear las dificultades que presentan casi siempre las cuestiones jurídicas. Brillaba sin rival en sus peroraciones por la elevación de su estilo, la novedad de la argumentación, lo copioso de la erudición legal y la buena distribución del discurso; en las improvisaciones cautivaba con la fecundidad de su ingenio y la novedad de sus observaciones. Las mas complicadas cuestiones de derecho privado presentábanse en sus informes sencillas y fáciles de resolver, á favor de su método en exponerlas y de su habilidad en discutir las, porque era tal la lucidez de su talento, que á menudo los razonamientos contrarios ganaban en claridad y vigor al tiempo que sus labios los reproducían para combatirlos. Y cuando su voz resonaba, ardiente, apasionada en la acusación, conmovida, patética en la defensa, con ocasión de alguna causa criminal de importancia, su elocuencia encontraba los felices rasgos que el talento imita, pero que solo son patrimonio del genio. Por manera que desde que tuvo ocasión de ostentar públicamente sus dotes oratorias (1), creció de día en día su fama, sin menguar un solo instante hasta su muerte; aplaudíanle sus compañeros y elogiábale la magistratura; y al descender de los estrados de los tribunales, en los que resonaba diariamente su voz, á menudo dos ó tres veces en una mañana, aguardábale una selecta y numerosa clientela, siempre en aumento, para confiarle la defensa de sus derechos ó para solicitar la luz de sus consejos (2).

(1) Su aptitud para la abogacía descubrióla de los primeros el antiguo decano de nuestra facultad de Derecho, presidente que fué también de esta Academia, el inolvidable D. Ramon Roig y Rey. Su despacho era en 1844 uno de los mas acreditados de Barcelona. Creado por su tío don Joaquín Rey después de la reacción de 1824, corrió bajo la dirección de aquel desde que, restablecido el régimen constitucional, fué D. Joaquín elevado á altos cargos de la magistratura y de la política; pero Roig, ilustrado jurista y buen hablante, carecía de dotes oratorias. Descubriólas en Permanyer y asocióle á su bufete; y en él aprendió nuestro consocio á vencer las dificultades de la práctica, á ejercer la profesión con el decoro y entusiasmo que son garantía de los triunfos legítimos y duraderos, y á hacer discreto uso de sus dotes de orador y de su ciencia de jurista.

(2) Testimonio son de su fama las muestras de confianza que de continuo recibía. Su clientela pertenecía á todas las clases de la sociedad y estaba desparramada por todas las comarcas de Cataluña; la mayor parte de las sociedades mercantiles le tenían por asesor, y casi todas las corporaciones, y muy especialmente el ayuntamiento de esta capital, pedíanle con frecuencia su dictamen. La junta de gobierno del Colegio de abogados nombróle en 1851 individuo de la comisión encargada de informar sobre las 46 preguntas formuladas por el Gobierno para preparar la reforma del Código penal, habiendo estado especialmente encargado, en unión con el que estas líneas escribe, de la redacción definitiva del informe; la Audiencia le había escogido varias veces para censor en los exámenes de los

Rayando su reputación á tanta altura, hubiera debido ejercer alguna influencia en el mejoramiento de las condiciones de nuestro foro; pero si alguna tuvo, fué mas bien debida al profesor que al abogado. Las cualidades mas sobresalientes en Permanyer eran naturales, no adquiridas; espontáneas, no perfeccionadas por el arte; y dotes de este linaje no se imitan fácilmente. Pero sirvió, sin duda, de ejemplo para depurar el buen gusto oratorio, pues antes la forma del discurso, si esmerada en algunos, era en otros desaliñada y tosca; y demostró con sus peroraciones que el pensamiento, al ataviarse con las galas del bien decir, en vez de perder en claridad y vigor, gana, por el contrario, en limpieza y relieve. Enemigo del casuismo, malamente confundido con el espíritu práctico, opuso la autoridad irresistible de los principios á la autoridad poco sólida de los ejemplos; y contribuyó de esta suerte á hacerlo retroceder, ya que no á desalojarlo del todo, pues aun hoy impera, bien que en distinta y un tanto angustiosa forma. Y al abordar con ventajosa todo linaje de cuestiones jurídicas, hizo sentir la necesidad de no reducir el saber del abogado al derecho civil y al penal; y obligó á ruborizarse del injusto desden por las demás ramas del derecho, y por aquellas sus ciencias auxiliares que nos hacen conocer los elementos generadores de las legislaciones positivas, su relación y su influencia en la agitada vida de los pueblos, la naturaleza moral y el desenvolvimiento histórico de nuestra especie, y la existencia de aquella suprema *non nata lex* de la que han de ser emanación y reflejo las que dictan las potestades de la tierra.

Mucho contribuyó á la reputación de Permanyer como jurista y á su superioridad en materia de derecho civil la vida científica que llevó, empezada casi simultáneamente con sus trabajos forenses. Desenvuélvese esta vida en el escritor, en el profesor y en el académico; y aunque variada en formas, presenta la perfecta unidad que constituye el carácter literario de nuestro consocio.

Su vida de escritor fué breve, y atrájele á ella su maestro y amigo, D. Ramon Martí de Eixalá. En unión con don Ignacio Sanpau y D. José Ferrer y Subirana, separados los tres de la enseñanza por el vendaval revolucionario de 1840, acometió en 1843 aquel profesor inolvidable la empresa de publicar una nueva edición de las Partidas con la Glosa de Gregorio Lopez, vertida al castellano y extensamente adicionada con nuevas notas y comentarios sobre la legislación española antigua y moderna hasta su entonces actual estado, obra de grande aliento é inmensa utilidad, pero no superior á las fuerzas de los tres amigos que la concibieron.

En grande atraso se encontraba en aquella época la literatura jurídica española. Alimentada generalmente de traducciones, solo de trecho en trecho aparecía una obra original; y si las primeras nos iniciaban lentamente en las modernas teorías jurídicas, las segundas carecían de originalidad, de espíritu filosófico y aun de aquella vigorosa intuición científica en que la vida intelectual de un pueblo se revela.

No hay literatura propia sobre ningún ramo del saber humano, donde no se reúnen en infeliz consorcio el afán siempre inquieto por el descubrimiento de la verdad y la noble independencia del pensamiento individual con la paciente dili-

alumnos de notaría y para suplente de magistrado, y el Tribunal de Comercio le contó entre sus consultores sustitutos desde 1855 hasta que nuestro consocio se trasladó definitivamente á la corte. El Instituto agrícola catalán de San Isidro, de cuya comisión científica era individuo, le encargó importantes trabajos jurídicos, de los que no cabe pasar por alto el relativo á las mejoras de que es susceptible el Código penal en lo que afecta á los intereses agrícolas, y el informe que evacuó con su íntimo amigo y digno consocio nuestro, D. Estanislao Reynals y Rabassa, sobre los medios de obviar los inconvenientes que oponía la legislación hipotecaria entonces vigente al planteamiento de las sociedades de crédito territorial en España, notable trabajo que corre impreso y en el que Permanyer desempeñó la parte que se refiere á los procedimientos jurídicos que convenía modificar. Y en 1863, apenas domiciliado en Madrid, designóle la administración de la real casa y patrimonio para dar dictamen con el Excmo. Sr. D. Manuel Cortina sobre la importantísima cuestión relativa á la propiedad de los andenes de nuestro puerto.

gencia que requieren las investigaciones científicas y la erudición empleada, no para fastuoso alarde, sino para moderar en su impetuoso vuelo el espíritu especulativo, dando mayor precisión y solidez á sus afirmaciones. Porque aun no hemos llegado á la posesión de estas necesarias condiciones de progreso científico, si bien mas rica, no es hoy todavía de gran valor nuestra literatura jurídica; y aun mostramos sobrada afición á las compilaciones y al comentario, cuya utilidad práctica no es dado desconocer; pero cuya tendencia es menos científica que la de las obras dogmáticas ó de crítica histórica.

La que emprendieron los tres expresados profesores no podía tener, por su propia naturaleza, otro carácter que el de comentario; y, apenas comenzada, hubiera debido interrumpirse ó marchar muy lentamente á causa de la prematura muerte de Sanpau y de Ferrer y Subirana, si Martí de Eixalá no hubiese asociado con sumo provecho á su empresa á tres jóvenes letrados de grandes esperanzas, á quienes había conocido como discípulos y estimado como compañeros, D. Felipe Vergés y Permanyer, hoy digno decano de nuestra facultad de derecho, D. Juan Illas y Vidal, publicista distinguido desde sus primeros años; y nuestro consocio. Tomó éste á su cargo la traducción y adiciones de toda la Partida 3.<sup>a</sup> y los 17 primeros títulos de la 4.<sup>a</sup>; y con numerosas notas y extensísimos apéndices, rivalizó por la bondad de su trabajo con los notabilísimos y recomendables comentarios de sus colaboradores (1).

Tres caracteres distinguen el de Permanyer: sabor científico en la doctrina, sentido práctico en la dilucidación de las cuestiones, claridad y método en la exposición. Las cualidades mas notables de su talento se revelan en este su primer trabajo jurídico, á pesar de su forma no siempre sobrada de alioño y de la escasa razón de algunas de sus ideas. No hay en él alardes de erudición, ni podía ostentarla su autor que no era aun, cuando lo escribía, conocedor profundo de los tratadistas del derecho de Castilla. No extrañó á las obras de los escritores contemporáneos, Escribano, Goyena, Pacheco, Bravo Murillo y otros; no ageno tampoco á las de los juristas anteriores, particularmente las de Antonio Gomez y Molina, éranle poco familiares Palacios Rubios, Covarrubias, Montalvo, Avenida, Acevedo y demás antiguos comentaristas de las diversas leyes de Castilla.

En estas, mejor que en los tratados, esto es, en su expresión, su espíritu, su sistema, prefirió buscar la doctrina que los autores habríanle dado tal vez con menos exactitud y pureza; y hubo de considerar de mayor provecho que las obras de aquellos escritores, generalmente desprovistos de espíritu científico, y á lo mas, con raras excepciones, claros expositores y regulares controversistas, el estudio de los mismos monumentos legales antiguos y modernos. Tampoco

(1) Adiciones á veces sencillas, pero siempre oportunas, á la glosa del licenciado Lopez; nuevas y extensas notas agregadas á las que del latín se vertían; dilatados apéndices á continuación de algunos títulos, hé aquí la forma que á él dió Permanyer con arreglo al trazo que de la obra habian formado los que la concibieron. Entre las notas llaman la atención en la Partida 3.<sup>a</sup> las relativas á los juicios de conciliación y verbales, á las recusaciones, compromisos, efectos de la nulidad de la venta de las cosas litigiosas, fuerza de la confesión hecha en juicio de conciliación, prueba necesaria en las causas criminales, suspensión de los términos judiciales, valor de la prueba testimonial, nulidad de la sentencia dada contra otra anterior, absolución de la instancia y observancia del juicio, definición del dominio y división de las cosas, prescripción de las de las ciudades ó villas, pérdida de la posesión, servidumbre de pastos y otras; y en los 17 primeros títulos de la Partida 4.<sup>a</sup>, las concernientes al origen de las dotes, naturaleza y efectos de las arras, legislación á que están sujetas las dotes cuando marido y mujer son de distinto domicilio, barraganía, legitimación, cualidad de español, leyes de señorías y otras muchas. Entre los apéndices figuran como verdaderos tratados uno sobre organización de los tribunales, extensión de sus facultades y relación de ellos entre sí; cuatro sobre apelaciones, suplicaciones, recursos de nulidad y demás extraordinarios y juicio ejecutivo, y uno sobre el derecho posesorio, además de la extensa nota, ya mencionada, sobre pérdida de la posesión.

hizo frecuentes excursiones históricas, á pesar de que el objeto de la publicación era presentar, á favor del método del Código Alfonsino, el estado actual de la legislación española; y estimó mas adecuado á la índole de la obra exponer el derecho vigente, que investigar el desenvolvimiento histórico de cada institución, caracterizarla en su naturaleza jurídica, descomponerla en las partes constitutivas de su organismo, y relacionarla con el sistema general del derecho privado.

Pero inspirada la obra que comentaba, mejor que en las tradiciones jurídicas nacionales, en el derecho canónico y el romano, hubo de seguir en su trabajo, particularmente sobre los últimos títulos de la partida 3.<sup>a</sup> y los primeros de la 4.<sup>a</sup>, las huellas de Gregorio Lopez. Empujado, de otra parte, por la tendencia de la escuela jurídica catalana, que con amor y perseverancia cultivó el derecho romano; entusiasta por el valor científico y por el vasto organismo de sus instituciones; estimulado por las propias condiciones de la obra y la naturaleza de su comentario á buscar las concordancias con aquel derecho, dió á su doctrina por apoyo la de aquella legislación que los grandes juristas consultos que prepararon el Código civil de la moderna Francia tomaron por base de su trabajo, con el auxilio de Cuyas, Dumoulin y Pothier.

Pero apenas estábamos iniciados, cuando Permanyer escribió su comentario, en los importantes trabajos históricos y exegéticos hechos en Alemania y en Francia. Las teorías de Gluck, Savigny, Puchta, Zimmern, Pelat, Ortolan, Bonjean, Maynz y otros no habian traspuesto aun nuestras fronteras; Savigny solo era conocido por su tratado de la *Posecion*, en su mutilada traducción mal interpretada; el libro de Mackeldey era el único que nos habia iniciado en el método de expositores alemanes; y las modernas teorías sobre aquel derecho no fueron popularizadas hasta la traducción de la obra de Ortolan, dada á luz como otras por iniciativa de uno de los mas entendidos juristas españoles, D. Francisco de Cárdenas, á quien deben acertada dirección y grande impulso los buenos estudios jurídicos en nuestra patria. Permanyer conocía estas obras, y muestras dió en su comentario de haber hecho atento estudio de la del gran jurista alemán, cuyas teorías generalmente admite y á veces combate con sagacidad nada común y profundo criterio; pero aparece mas versado en las de los escritores de los siglos XVII y XVIII, y son sus autores predilectos Juan Voet y el célebre Pothier, recomendable el primero por la exactitud de sus ideas y la lucidez de su exposición, y por la abundancia y solidez, ya que no por la originalidad de su doctrina; y vasto espíritu analítico el segundo, aunque escaso de ideas generales y de profundidad de concepción, á quien se debe la que pudiéramos llamar reconstrucción metódica de las Pandectas.

Tal es el carácter que presenta el comentario de nuestro consocio.

Su espíritu, sin embargo, no se satisfacía con el cultivo científico del derecho positivo, y de ahí el distinto sello literario de otros escritos, que, aunque de menos extensión, publicó mas adelante, entrado ya en el profesorado. En las legislaciones hay algo mas que una regla que obliga á la voluntad; en el organismo de las instituciones jurídicas se siente palpitar, por decirlo así, toda la vida social; y al seguirlas en su acción real, en su desenvolvimiento práctico, se acompaña á la sociedad en la sucesión de sus necesidades, en la agitación de los intereses, en el choque de las ideas, que es lo que forma su actividad y entretiene su historia. Sin ser inclinado Permanyer por la naturaleza de su talento á la meditación filosófica, éralo á la observación de los hechos; y la clara luz de su entendimiento le conducía á comprender rápidamente su naturaleza, á penetrar en el secreto de su generación, y á investigar sus efectos, ya saludables, ya funestos. A relacionar con el derecho los problemas filosóficos ó sociales que eran la preocupación de su época, tuvo tendencia preferente su espíritu cuantas veces, profesor de esta Universidad, hubo de llevar su voz en alguna solemnidad académica; y no sin razón se abandonó á esta tendencia tan conforme con la misión social del profesorado. Viven y se

desenvuelven las instituciones de enseñanza en el seno de la sociedad civil; y las dudas é inquietudes en que se agita, sus frecuentes convulsiones y sus luchas incesantes, sus necesidades siempre nuevas y sus aspiraciones siempre sin término, sus largas horas de fiebre y sus días de reposo, todo influye en aquellas instituciones y las trae y subyuga, no para desviar, sino para extender el destino de la ciencia. La del derecho no es, no puede ser indiferente á los grandes problemas morales, religiosos, políticos ó económicos que conturban y estremecen á las sociedades humanas y que se presentan pavorosos en sus fórmulas ó erizados de peligros en sus soluciones; y porque así lo comprendía nuestro consocio, escogió por asunto de su discurso inaugural en la apertura del año académico de 1852 á 1853 el *Derecho civil ante las nuevas escuelas político-sociales*.

En 1848 el socialismo había pasado del estado de escuela al estado de partido, y los que la víspera de la revolución de Febrero en Francia apenas tenían tribuna para sus doctrinas, dieron carácter al día siguiente á la democracia triunfante: la República se proclamó democrática-social. Deliberaciones que servían de incentivo á las pasiones populares; batallas en que se libraba la suerte de los grandes principios del orden social, pusieron en alarma los intereses conservadores y llamaron en su defensa á todas las inteligencias acostumbradas á discutir las cuestiones que influyen en el presente y en el porvenir de la sociedad. Unos con escritos de polémica como Bastiat y Chevalier, Faucher y Franck, Cherbuliez y Boujeaud; otros con pequeños tratados, como los ilustres miembros de la Academia de Ciencias morales y políticas del Instituto; algunos con refutaciones históricas como Alfredo Sudre, ora presentando las teorías socialistas en su repugnante desnudez y atacándolas en su raíz y su base, ora contraponiéndoles las verdaderas doctrinas morales y las sanas teorías económicas, ya haciéndolas conocer en su generación, su sucesión, sus vicisitudes, sus ensayos desdichados, y sus victorias por fortuna tan efímeras y por desgracia tan desastrosas, contribuyeron á pacificar los espíritus, á calmar la zozobra de los intereses, á refrenar las pasiones en ebullición y á dirigir á la autoridad en su resistencia.

Pero ¡fenómeno singular! Cuando en Francia, iban las doctrinas socialistas de vencida, comenzaba en España su propaganda, y si nose presentaban con el aparato de las deliberaciones del Luxemburgo, introduciéndose como tendencia de cierta escuela política. Esta alianza, pervirtiendo á esa escuela, favorecía aquellas doctrinas; y ante la gravedad del peligro, consideró Permanyer urgente el ponerlo de manifiesto y conjurararlo.

No abarcó, ni era posible, el problema en todas sus partes: el socialismo es justificable ante la religión, ante la moral, ante la economía política y ante el derecho; pero las circunstancias del sitio, la índole de la ocasión y la estrechez del tiempo no le permitieron considerarlo sino bajo el aspecto jurídico, y aun no en su conjunto, sino en su relación con el derecho civil, bajo cuyos dominios caen la familia y la propiedad, atacadas en su legitimidad ó combatidas en su organización para las teorías socialistas.

Son estas dos instituciones las piedras angulares de la sociedad privada. Nacidas con el hombre, se han perpetuado al través de los tiempos y en medio de la variedad de las civilizaciones; sus transformaciones, al llenar la historia, han puesto de relieve sus elementos esenciales y permanentes; y las sociedades, al progresar á su amparo y encontrar reposo á su sombra, han atestiguado, con el testimonio unánime de las generaciones, la necesidad de su existencia como base de su organización. Todo el discurso de Permanyer se dirige á demostrar, con el doble auxilio de la filosofía y de la historia, que las modernas escuelas socialistas repugnan al buen sentido y entrañan el espíritu de utopía; que la autoridad y el derecho, la familia y la propiedad son las únicas y eternas bases de toda sociedad y todo orden en la esfera de lo humano, y, como obra de Dios, imperecederas; que cuando el hombre, asediado por bastardas pasiones, se aventura á combatir las, unas veces á impulsos de su razón rebelde, arrastrado otras por

las exageraciones del individualismo, y seducido algunas por la impiedad del panteísmo, conviene recordar, para su defensa, los santos principios que han dado origen á la familia y la propiedad; y que, si pueden ser necesarias algunas reformas en su estructura para acomodar á las condiciones de nuestros días antiguas instituciones organizadas para un orden de cosas distinto, la mejora no exige la destrucción de sus bases esenciales.

Pero el que así combatía el socialismo en sus relaciones con el derecho, refutaba con no menos vigor y fortuna en otro escrito publicado al cabo de diez años, á las escuelas individualistas en su relación con el derecho penal. Con él contestó Permanyer al leído por el que esto escribe en el acto de tomar posesión de su cátedra en esta Universidad literaria; y no hubo divergencia de opinión en el modo de considerar á aquellas escuelas, porque el criterio científico de ambos era idéntico. No está la verdad en las escuelas que abogan por la anulación de la libertad individual, y aspiran á extender sin límites la esfera de acción del poder; pero tampoco está en las que proclaman la soberanía individual y afectan desconocer que el orden social tiene leyes eternas é inmutables á que el hombre debese meter su albedrío. No está la verdad en las escuelas, que se encaminan, sin quererlo, á destruir la responsabilidad humana y á absorber el individuo en el Estado; pero tampoco está en las que pretenden localizar en la voluntad humana el principio de moralidad, el principio de autoridad y el principio de derecho. No está la verdad en las escuelas que tienden á circunscribir inflexiblemente el horizonte en que puede espaciarse la actividad de los seres inteligentes y libres; pero proclama la ciencia como una verdad racional y con la fuerza de una demostración histórica que la libertad exterior del hombre debe desenvolverse sucesiva y gradualmente, al compás del desarrollo moral y de las condiciones sociales de los individuos y de los pueblos. No está la verdad de la ciencia en aquel individualismo triturador y disolvente, utilitario y materialista, anárquico é impío que niega la razón divina para divinizar la razón humana; que repudia la tradición para hacer de cada individuo el principio y fin de todas las cosas; que quiere ser fuente de autoridad, esencia del derecho, principio único de organización social; pero no rechaza, antes bien proclama la ciencia aquel otro individualismo que se funda en las condiciones de nuestra naturaleza moral y perfectible, pero finita; en el reconocimiento de la dignidad de nuestro ser, libre, pero no independiente de una ley universal, la del orden; en los fueros de la personalidad humana, basados en el principio de la unidad de la especie, pero limitados por el principio de sociabilidad. Y este fué el criterio con que en ambos discursos se refutó el individualismo en sus relaciones con el derecho penal.

El comentario á las Partidas lleva el sello del hombre de foro: en los dos discursos á que acabo de referirme quedó la huella del hombre de doctrina. Allí está el abogado, aquí el profesor. En aquel escrito descuella el espíritu práctico; en los últimos la crítica científica, la especulación, la síntesis. Porque si nativamente no era inclinado á ella nuestro consocio, la flexibilidad de su talento y el poder de asimilación que en alto grado poseía, condujéronle á amarla desde que vivió en frecuente comercio intelectual con personas que se complacían en la abstracción y las generalizaciones. Tal le aconteció desde su entrada en el profesorado; y la cátedra, con los hábitos intelectuales que engendra, le preparó para esta transformación feliz é influyente en su vida literaria.

Martí de Eixalá había hecho á Permanyer escritor jurista: D. Joaquín Rey le hizo profesor. Encargado aquel eminente magistrado y antiguo catedrático de la Universidad de Cervera de realizar en la de esta ciudad las importantes reformas que en instrucción pública acometió en 1845 el ilustre literato y republicano, D. Pedro José Pidal, en amplio desarrollo de la enseñanza y para el lustre y enaltecimiento del profesorado, procuró atraer á él á lo más selecto de la juventud catalana. Amábala Rey, en la elevación de su alma ya través de la severidad de su carácter, cuando no la veía

degradada por el vicio, extéril por la frialdad, marchita por el excepticismo ó turbulenta por la ambición; y cediendo Permanyer á sus consejos, dados en forma que más bien parecían preceptos, entró en la enseñanza pública por la ancha y franca puerta de las oposiciones.

Desde que vistió la toga profesional fué la cátedra la predilecta de sus ocupaciones y el más grato de sus deberes. Jamás en su desempeño se le advirtió falta de fatiga: soldado en el foro, parecía, que en las tareas de la enseñanza encontraba descanso y esparcimiento. Consagrado á ellas con el ardor de quien está ganoso de gloria; con la emulación del que ambiciona hacerse digno compañero de sus antiguos y justamente reputados maestros; con el entusiasmo de quien anhela ver reflejada su inteligencia en la inteligencia de una generación que se educa para la vida científica y literaria, perfeccionó de año en año sus programas; y los apuntes, que aun hoy existen, sobre algunas de sus lecciones, esos apuntes en que en imperfectos lineamientos se diseña la fisonomía científica del profesor, traducción exacta de soliloquios en que una palabra borrada y vuelta á añadir describe la elaboración, el curso de su pensamiento; los resúmenes que conservan de sus explicaciones los alumnos y aun hoy pasan de mano en mano, proclaman á cuánta altura elevó su enseñanza y justifican la envidiable popularidad de que estuvo rodeado su nombre.

Su ingreso en nuestra escuela de Derecho acrecentó la justa reputación de que la misma disfrutaba. Estaba al frente de ella D. Ramon Roy y Rey, respetado por su saber modesto, estimado por su carácter sencillo, justamente considerado por su paternal afecto á compañeros y alumnos, y distinguido por su buen gusto literario, aunque desprovisto de facilidad de locución.

Descollaba entre todos sus compañeros D. Ramon Martí de Eixalá, reconocido jefe de la moderna escuela catalana en materias filosóficas y jurídicas, verdadero tipo de la alianza entre la independencia del pensamiento individual y el respeto debido á las ideas que son el patrimonio atesorado por las edades, entre el espíritu analítico que conduce con seguridad por el camino de la investigación científica y el espíritu sintético que pide á la abstracción la fórmula de lo que el análisis ha descubierto de general y permanente en los fenómenos. Señalado lugar ocupaba al lado de ambos, D. Vicente Rius y Roca, por su extenso conocimiento de los textos romanos y el vasto estudio de sus antiguos tratadistas. Brillaba al par de ellos D. Ramon Anglasesell, por la limpieza de su frase, la galanura de su estilo, la nitidez de sus conceptos, la nobleza de sus maneras y la afabilidad de su trato. Pero distinguíase notablemente en este cuadro, con otros justamente renombrados profesores que aun viven, el nuevo catedrático en quien se admiraban, al par de sus conocimientos jurídicos, la fácil y elegante expresión de sus ideas, la novedad con que acertaba á presentar, para sostener el interés de sus oyentes, las mas comunmente admitidas y vulgares, y la facilidad con que enlazaba como en natural consorcio el método dogmático con el exegético, la amplitud de principios en que desenvolvía el primero con la fuerza de análisis que ponía al servicio del segundo. Lo cual explica la impaciencia con que se aguardaban sus lecciones, la perseverante atención con que eran escuchadas. Ciencia y arte requiere la enseñanza, y nunca brilla en ella quien no posee gran copia de doctrina y es extraño al buen método didáctico. Abundaba la primera en las lecciones de Permanyer, en las que las materias se trataban con extensión y detenimiento y la exposición de los principios alternaba con la dilucidación de las mas abstrusas cuestiones legales; y las cualidades oratorias que le adornaban, y en la cátedra daban amenidad á la aridez de las materias, contribuían al atractivo de su enseñanza, sin faltar nunca sobriedad á la forma, ni respeto á la dignidad del sitio, que así se ofende de la chocarrería que rebaja como del aparato retórico que no siempre encubre, mal su grado, la pobreza de ideas con el oropel del estilo.

Y era árduo el desempeño de su asignatura. Llamábase de Códigos españoles, y no estaba determinada por los re-

glamentos su especialidad; podía ser considerada bajo diversos aspectos, y el profesorado se hallaba discorde acerca de los límites que la circunscribían. No arredró, sin embargo, esta dificultad á nuestro consocio. Intentó con éxito felicísimo dilatar su espacio, sin dejarlo indefinido; y al efecto la convirtió á un tiempo en historia interna de nuestro derecho civil, en ampliación doctrinal de este derecho, y en estudio comparativo de los diversos Códigos en que se encuentra escrito; y pidiéndole á la filosofía criterio, luz á la historia, enlazó con la exposición el juicio de las instituciones civiles de nuestra patria. A manera de trabajo preliminar presentaba la noción general del derecho, y recorría en rápido análisis su naturaleza como ciencia, sus elementos absoluto y relativo, la importancia de los estudios histórico-legales, la influencia del derecho romano en las legislaciones modernas, las condiciones generales que toda legislación debe reunir, la respectiva autoridad de nuestros monumentos legales, y la naturaleza y carácter especial de cada uno, investigando de paso las causas que le habían dado nacimiento, los elementos que á su formación habían concurrido y la influencia que habían ejercido en el desenvolvimiento del derecho nacional; y era esta introducción tan valiosa por su interés científico como recomendable por su utilidad práctica, pues cuando se trata de presentar el estado actual de una legislación diseminada en diversos Códigos y modificada por gran número de leyes especiales, es necesario fijar su respectiva autoridad y, sobre todo, su espíritu para conocer cada institución jurídica en su faz científica, cada disposición legal en su fuerza obligatoria, cada reforma legislativa en su influencia social.

(Se concluirá.)

## UN AVE DE MAL AGÜERO.

### I.

A fines del verano último, accediendo á las reiteradas instancias de una familia con quien me ligaban antiguas y tiernas relaciones, fuí á pasar la temporada de otoño al pueblito de A... en el valle de B... deliciosamente escondido en una de las vertientes de las montañas que inundan á Granada.

La familia en cuya casa me hospedaba, es una de las mas antiguas y acomodadas del país.

Habitaba un viejo é inmenso edificio con tres cuerpos y tres patios diferentes. El primero, destinado á los dueños, nada dejaba que desear, por la propiedad y el lujo, al mas exigente cortesano; el segundo, comprendía los graneros y depósitos, y daba albergue á los criados y colonos; el tercero, le ocupaban las cuerdas y corrales, con salida al campo.

Hacia la derecha del edificio se extendía un jardín con verja exterior, en el cual abundaban fuentes, árboles, pájaros y flores.

Para sombrear bien los sucesos, es necesaria la topografía de los lugares, así como la descripción de las personas que en ellos moran, para poder apreciarlas; pero enemigos de pinturas recargadas y de detalles enojosos é insulsos, procuraremos ser lo mas concisos posible, dando solo á la acción la importancia que reclama.

Y advertimos de paso que es bien sencilla, aunque sentida y triste: carece de peripecias y de interés dramático; es solo el reflejo de un sentimiento; la sombra de un recuerdo sombrío condensado en una lágrima que cae en ofrenda sobre las flores que crecen en redor de una tumba.

Componíase la familia que tan cariñoso hospedaje me prodigaba, de un anciano que podría tener cincuenta y seis años, de su esposa que contaba algunos menos, y de seis hijos, cuatro varones, el mayor de veinte, y dos hembras, la una de diez y la otra de seis.

Era esta última una preciosa niña, mas fresca y lozana que las flores del valle, en medio de las cuales crecía, y que la envidiaran tal vez, si cupiese tan ruin sentimiento en el alma de las flores, toda perfumes, como la de aquella criatura angelical.

En vano trataría de sorprender [la finura de los rasgos, la expresión llena de inocencia y frescura de aquel semblante risueño: solo al alma tierna y al delicado pincel *zeuse* le ha sido dable reproducir, con toda su poética galanura, la belleza de esos contornos móviles, las tintas frescas, la tersura de alas de mariposa de esas carnes, bajo las cuales se ve al espíritu jugando, por decirlo así, como los silfos en el cáliz de las flores.

La cabeza de aquella niña era la mas poética encarnación del primer sueño de una madre. Murillo hubiera sido feliz en poderla copiar para uno de los ángeles que, envueltos entre nubes, revolotean á los pies de sus Concepciones. Sus ojos, sobre todo, eran magníficos; las pupilas,

negras, nadaban dentro de un vaso, color de rosa, lleno de leche, sombreado por largos y sedosos párpados; ojos grandes, brillantes, de atrevido corte, de poderosa expresión; ojos que reflejaban los destellos de una inteligencia muy superior á la que pudiera suponerse en tan corta edad.

Y esa inteligencia era lo más sorprendente, lo más bello de aquel ser sér ideal; un prodigio de penetración y precocidad. Al descubrirla y admirarla, no pude menos de experimentar una sensación pensosa y un amargo presentimiento. La precocidad ha sido siempre para mí un sítoma sombrío: nunca he podido ver sin amargura esos prodigios, esas naturalezas prematuras, cuyo desarrollo en la parte moral no sigue al crecimiento físico.

El fruto del árbol que crece fuera de la estación propia, no suele, por lo común, adquirir sazón: las flores que antes de tiempo brotan, se ven de colores pálidos, y en breve se marchitan: las inteligencias que de una manera rápida se desenvuelven, obran en el cerebro á semejanza del vapor que dentro de un vaso desarrolla su fuerza expansiva; á medida que se dilata, aumenta la presión, y si las paredes no son bastante fuertes para resistir su impulso, las quiebra en mil fragmentos y se pierde en el espacio.

El niño, cuya inteligencia, cuyo corazón han adquirido antes de tiempo superior poder, mayor volumen; que vive del espíritu á expensas de la materia, roto el equilibrio que constituye el medio de la vida, lleva en su frente impreso el sello de la fatalidad. Así que la mayor parte de las criaturas precoces, en la época del desarrollo, muchas veces antes de la pubertad, experimentan bruscas sacudidas: entonces el espíritu aniquila á la materia, ó la materia ahoga al espíritu, que no ha logrado el necesario vigor: entonces sobrevienen, ó la muerte prematura, ó el embotamiento, y no pocas veces el idiotismo.

Las madres tienen ese vago presentimiento; así que es muy frecuente oír en sus labios, entre las frases tiernas y las caricias reiteradas que prodigan á sus hijos estas palabras: «Este no se logra: es imposible que tal prodigio viva; no es para el mundo, y Dios no tardará en llamarlo á su gloria.»

Matilde (así se llamaba la criatura de que nos ocupamos) era una niña, físicamente hablando: una mujer por el talento y el corazón. A veces asustaba, siempre sorprendía aquella penetración prodigiosa.

No hay para qué decir que sus padres, su familia, cuantos la conocían, la adoraban y se hacían lenguas para alabarla.

Pasébase una tarde solitario por el jardín. Matilde, que me dispensaba una afectuosa amistad, vino de pronto á mi encuentro muy agitada.

—¿Qué hay de nuevo? le pregunté, acariciando sus largos y enroscados cabellos.

—¡Oh, amigo mío! Jazmin duerme con un sueño tan tenaz, que, sin saber por qué, me asusta.

Jazmin era un hermoso gato blanco de Angola, al que Matilde quería mucho, y que por su parte le correspondía con un afecto extremado. Dirígime, guiado por la niña, á un pequeño pabellón del jardín, donde tenía sus juguetes, bautizado por ella con el pomposo nombre de gabinete de estudio.

Allí, sobre un cogio de terciopelo corinto, descansaba Jazmin inmóvil. Acerquéme un poco, y comprendí la tenacidad de su sueño.

Matilde puso su manecita sobre el lomo del gato, y la retiró inmediatamente de una manera convulsiva.

—Está helado, murmuró, dirigiéndose á mí al poco rato.

—¿Cómo haremos, dijo, para darle calor?

—¡Oh Matilde, le contesté: te has fijado en la nieve que durante el último invierno cubría las montañas vecinas?

—Sí.

—¿Has cogido entre tus manos vellones de esa nieve para jugar con ella?

—Sí.

—¿Y cómo la encontrabas?

—¡Oh! tan fría como mi pobre Jazmin.

—¿Siempre fría?

—Siempre.

—¿Y no se calentaba al contacto de tu mano?

—No.

—Y al fin, la bola que modelabas tus dedos, ¿en qué se convertía?

—En agua, replicó la niña, siguiendo con creciente ansiedad á través de estas puérriles palabras, el pensamiento que envolvían.

—¿Y esa agua, Matilde?

—Se desliza por entre mis dedos, y al caer en la tierra se perdía.

—¿Sabes dónde está la nieve del último invierno que brillaba en las crestas de las montañas vecinas?

—El sol del verano la arrebató para refrescar su frente.

—Sí; la arrebató para nunca más volver.

—Mirad, mirad, exclamó dando un grito de júbilo, y mostrándome un punto lejano á través de la ventana del pabellón; mirad cómo vuelve á blanquear la cumbre de la montaña esa nieve que creíamos perdida.

—Pero no es ya la del último invierno, sino otra diferente que comienza á formarse, y que á su vez desaparecerá con el nuevo estío.

—¿Es decir que mi pobre Jazmin es como la bola de nieve con que mis manos jugaban?

—Lo mismo, hija mía.

La niña quedó un momento suspensa; fijó sus grandes ojos en el animal muerto, y después los

levantó hacia mí, como pidiéndome la explicación de aquel secreto que por primera vez se presentaba á su contemplación.

—Mira, le dije; Jazmin no volverá á moverse, ni á encorvar el lomo al contacto de tu mano, ni á entreabrir sus ojos brillantes; pero no te aflijas, que yo te buscaré otro más hermoso.

—No, no; este era mi amigo, y ni quiero reemplazarle, ni podré olvidarle nunca.

—Preciso es, le contesté, que nos resignemos con los acontecimientos que no está en nuestras facultades prevenir ni remediar. Los seres todos tienen que ir desapareciendo del mundo, que es lo que se llama muerte, para dar lugar á otros seres, y formar así la dilatada cadena de la vida.

—¿Es decir, preguntó la niña, que yo también he de desaparecer para siempre?

—También, Matilde; pero tarde, muy tarde.

Tú comienzas ahora á crecer, como esas yerbecillas que ves en el jardín, y que han de convertirse en árboles lozanos que darán preciosas flores y sazonados frutos.

—¿Y á dónde van los que mueren?

—¿No recuerdas habérselo oído decir al señor cura al explicar en la iglesia el Catecismo de nuestra santa religión? El cuerpo, que es de tierra, torna á la tierra; el alma, que es un espíritu inmortal, nunca perece. Los que son buenos como tú, hija mía, suben al cielo, donde el Señor les espera para brindarles una felicidad sin medida y sin término, convertidos en ángeles con blancas alas, que surcan los espacios cantando en las arpas celestiales alabanzas del Creador.

—Decídme, amigo mío, y mi padre y mi madre, ¿morirán también?

—La ley es inflexible, pero dentro de mucho tiempo, para esperarte en la gloria.

—¡Oh, padres míos, hermanos míos! exclamó con acento impregnado de amorosísima amargura. ¡Oh! no me abandoneis, llevadme con vosotros cuando llegue el momento de salir de la tierra.

—Vaya, Matilde, no pensemos ahora en esas cosas.

—¿Si vierais cuánto sufro!... Permittedme otra pregunta.

—¿Cuántas quieras, hija mía.

—¿Jazmin tendrá también alas para subir al cielo? ¿Le encontrará allí algún día?

—Al cielo llegan tan sólo los hombres, las mujeres y los niños que son buenos.

—¿Y los demás seres, los animales, los pájaros y las flores?

—Esos se convierten en tierra solamente.

—¿Y por qué?

—Porque no sienten, porque no piensan, porque no hablan como tú y como yo, le contesté á falta de mejor explicación.

La niña se apartó de mí lado bastante preocupada, y fué á sentarse en el fondo del pabellón junto á una ventana.

Salí al jardín, y oculto entre los árboles pude verla inmóvil, entreabierta la boca, la cabeza echada hacia atrás y la vista fija en el cielo, como pidiéndome la explicación de aquel misterio que á su penetración acababa de revelar.

## II.

Pocos días después, en una mañana templada y alegre, tomé la escopeta y llamé á Teyde, mi noble perdiguero, con objeto de dar un paseo por el campo y ver si al paso levantaba alguna pieza.

En la puerta me esperaban los cuatro hijos de mi huésped, quienes me suplicaron, obtenida ya la venía de sus padres, les permitiese acompañarme.

Los dos chicos de mas edad llevaban cada uno su preciosa carabina; el tercero, que tendría catorce años, el morral con las provisiones, y el cuarto las redes y los aparatos para coger pájaros y mariposas.

Ibamos ya á partir, cuando Matilde se asomó á una ventana del piso bajo.

—Buenos días, amigo mío, me dijo; cuidado con hacer daño á los pajaritos, que son también mis amigos, y con traerme algo de vuestra escursión.

—Haré todo lo posible por dejarte complacida.

Pusémonos en marcha.

Abreviaré los detalles y peripecias de esta escursión campestre, y diré tan solo que, al declinar el día, regresamos con cuatro conejos, tres perdices, una variada colección de mariposas, algunos ramilletes de flores silvestres y un magnífico buho que había yo abatido de un tiro sin hacerle gran daño con los perdigones.

Cerca ya de la casa, disparamos las escopetas para anunciar nuestra llegada.

Amalia, la niña de mas edad, fué la única que salió á nuestro encuentro.

—¿Y Matilde? preguntamos todos á la vez.

—Está un poco indisputada.

Dirígmonos apresuradamente á la habitación de la niña.

Al descubrirnos alzó la cabeza del lecho en que estaba reclinada junto á sus padres.

—Vaya, no me mireis así; no tengo nada, y me hubiera levantado á no ser porque mamá me lo ha prohibido: acercaos y veamos lo que traeis.

El semblante de Matilde estaba muy encendido.

Sus hermanos pusieron sobre el lecho las flores y las mariposas.

—¿Y vuestra promesa, amigo mío?

—Cumplida, le contesté colocando el buho en el borde del lecho, y sosteniéndole por los extremos de sus largas alas.

La niña fijó la vista en el pájaro, que á su vez la miró con sus ojos redondos con anillos de

fuego, y entreabriendo el pico exhaló un grito ronco y gutural.

El semblante de Matilde se puso pálido, lanzó un gemido, y cayó sobre el lecho ocultando su cabeza entre las manos.

—¡Quítate de ahí ese pájaro de mal agüero, dijo la madre.

Entonces recordé con estremecimiento la superstición que la mayor parte de la gente del vulgo, y aun de la que no es vulgo, tiene acerca de esta ave nocturna.

El buho es el pájaro de las sombras, el habitante de los cementerios, el mensajero de la desgracia. Cuando viene entre el silencio de la noche á posarse sobre el techo de una casa, es porque la muerte amenaza á alguno de sus moradores.

Cuando el buho llora ó aullan los perros, los habitantes de los campos, en particular, hacen la señal de la cruz y rezan un padre nuestro al Ángel de la Guarda, las madres, sobre todo, se estremecen en medio de su sueño, y abrazan fuertemente á los hijos de sus entrañas, temerosas de que vengan á robárselos.

Matilde volvió á incorporarse, arrancó de su cabeza una cinta blanca y azul que sujetaba sus trenzas, y acercándose al buho con cierta repugnancia, la colocó al rededor de su cuello, cerrándola con un lazo.

Todo esto pasó rápidamente.

La niña se quejaba de fuertes dolores en la garganta.

A la media noche su dolencia había crecido.

Vino el médico, y al examinarla hizo un gesto que heló la sangre en mis venas.

—Doctor, preguntó la madre con ansiedad, ¿qué tiene la niña?

—Casi nada, señora, un fuerte constipado y una ligera afección á la laringe, mas requiere mucho cuidado para evitar complicaciones de mayor gravedad.

Yo le acompañé al salir para pedirle la explicación de aquel gesto y del estado de la enferma.

—Su dolencia, me dijo, es bastante grave y la que vulgarmente se conoce con el nombre de garrotillo. Con Vd. puedo ser franco y le recomiendo las mas esquisitas vigilancias; el amor de los padres es semejante a los casos que la serenidad conveniente, y suelen, por exceso de cariño, no ser buenos enfermeros. Haga Vd. porque tome de cinco en cinco minutos los polvos que contiene cada uno de los paquetillos que he prescrito, hasta que se produzcan vómitos; si logramos este resultado y librar la laringe de los obstáculos que comienzan á obstruirla, entonces tenemos muchas esperanzas; ahora, sobre todo, que la enfermedad está en sus principios.

Constitúme á la cabecera de la enferma; seguí escrupulosamente las prescripciones del médico, y solo después de la quinta pocion hizo la niña un vómito poco abundante.

Al siguiente día se puso mas grave: administréle un grano de hemético; procuré excitarla por todos los medios imaginables para que arrojará, pero siempre sin fruto. La pared que obstruía el conducto respiratorio, iba cada vez adquiriendo mayor desarrollo y consistencia.

No seguiremos paso á paso todos los síntomas, todos los detalles, todas las amarguras de aquella agonía lenta y terrible, fijos en mi memoria con punzantes recuerdos.

Al declinar la tarde del siguiente día, pareció despejarse un poco: preguntó con voz apagada, cual si fuera un eco de la tumba, por todas las personas queridas. Hizo venir junto á su lecho á su familia, sus amigos, sus criados, y hasta sus pájaros y juguetes. Para todos hubo miradas, apretones de mano y sonrisas. Después, haciendo un penoso esfuerzo, murmuró á mi oído, con sus labios pálidos, estas palabras:

—Siento que ya comienzan á brotarme las alas.

En mis párpados se detuvo una lágrima, que no podía retener mi corazón oprimido.

Al entrar la noche creció su postración; ya no era mas que un cadáver con ojos: en ellos se había reconcentrado el último soplo de la vida la lumbre de la inteligencia. De tiempo en tiempo los abría desmesuradamente, derramando en torno miradas extraviadas, ó los fijaba en nosotros con una tenacidad y una penetración tales, que todavía, entre las sombras de la noche y entre el delirio de los sueños, las descubro, y llegan con su fuego hasta la médula de mis huesos.

Después cayó en un letargo, que se me figuró la postrer estación en el *via-crucis* de la tierra.

El médico, á excitación mía, hizo creer á sus padres que la enferma necesitaba reposo, y á fuerza de ruegos pudimos conseguir que la madre se retirara á una habitación inmediata.

Hízolo mas bien que para descansar, para dar salida al torrente de lágrimas que se empujaban en las esclusas de sus ojos.

Era la víspera de la Concepción.

Amalia había levantado un altar en la estancia, y colocado encima una preciosa imagen de la Virgen madre: su rostro resplandecía de júbilo á la voz del ángel que le anunciaba ser la elegida del Eterno para alimentar en su seno al Redentor de las criaturas, alegría que bien pronto había de trocarla en el mayor de los dolores.

En torno de la santa imagen ardían algunos cirios y derramaban su perfume las mas hermosas flores del jardín, que la piadosa niña colocara en ofrenda á los pies de la Virgen por la salud de su hermana.

La pobre madre cayó de rodillas ante el altar, y comprimió con su mano los sollozos que se escapaban de su garganta.

Su esposo, rendido de fatiga, se reclinó en un diván contiguo al lecho de su hija. A cada instante alzaba la cabeza por sobre nuestros hombros para verla.

Pero antes de las doce el cansancio cerró sus ojos.

Matilde abrió los suyos: pareció buscar algún objeto en rededor, y se incorporó un tanto.

Con su manecita hizo señal de que nos apartásemos.

Al punto fué obedecida.

Reclinó el codo en la almohada, y sobre la mano derecha descansó la cabeza, mas pálida que el rayo de luna que se asomaba á los cristales de la ventana.

En aquella posición fijó en su padre la vista.

Entonces se oyó el canto lúgubre y prolongado del buho.

Matilde se sonrió con una expresión desgarradora, y extendió hacia mí su mano crispada.

—¡Soltad ese pájaro! le dije á un criado en voz baja.

La niña comenzó á dar saltos convulsivos, buscando aire que respirar; el conducto por donde penetraba á sus pulmones era cada vez mas estrecho. A cada momento teníamos que humedecer sus labios secos, que absorbían el líquido cual si fuesen de esponja, entreabiertos con ansiedad devoradora. De sus fauces oídas se exhalaban sonidos entrecortados, cavernosos, estridentes.

La agonía había comenzado.

El buho dejó oír de nuevo sus ayes lastimeros.

—¡Matad ese pájaro! exclamé.

—Le hemos soltado, me respondió un criado, y ha venido á posarse sobre un sauce del jardín frente á esa ventana.

El reloj comenzó á dar doce campanadas lentas como dobles funerales.

Al espirar la última nota, la pobre criatura inclinó la cabeza, plegó los brazos y dejó de sufrir.

En el mismo instante se oyó un concierto lúgubre de todos los perros de los contornos, que se iba perdiendo á lo lejos cual si anunciase la muerte acaecida.

La sangre se heló en mis venas; los cabellos se crisparon sobre mi frente; tuve miedo, lo confieso, y sentí el peso de una preocupación de que tantas veces me había burlado.

El cielo compasivo quiso en aquellos momentos endulzar un poco las amarguras de los padres desventurados. El oro dormitaba sobre el diván, oprimido tal vez por una pesadilla. La madre yacía también atargada, reclinada la frente sobre el altar de la Virgen.

A pesar del rumor de los sollozos, de la agitación que reinó en la estancia, nada sintieron: aquel era un letargo providencial.

Tomé el cadáver en mis brazos, depositéle en el pabellón del jardín, y regresé al mismo sitio temblando por la escena desgarradora que iba á presenciarse.

## III.

Los padres de Matilde continuaban durmiendo; mejor dicho, soñando.

De pronto oí dos gritos penetrantes.

—¡Hija mía! exclamó el padre levantándose sobresaltado.

—¡Hija mía! repitió la madre en la habitación contigua.

Lo que pasó después no puede describirse; apenas puede creerse que el corazón humano sea capaz de resistir el peso de tanto dolor.

Aquellos padres infortunados tendieron hacia mí sus ojos, velados por las nieblas del llanto, interrogándome, queriendo dudar aun de la verdad.

Señalé el cielo con la mano.

Acerquéronse el uno al otro sin poder articular una palabra, y se echaron los brazos al cuello para sostener unidos el peso de tanto infortunio.

Los sollozos, los lamentos, los gritos contenidos se escaparon de sus labios.

Sus cinco hijos se acercaron entonces silenciosos.

La madre secó sus lágrimas, devoró sus gemidos, encubrió la amargura de su alma bajo la máscara de una serenidad mas terrible que los transportes del dolor, y fué abrazándolos uno por uno.

Vinieron junto al altar de la Virgen, y doblaron todos las rodillas.

—Cantemos, dijo el padre, las aiabanzas del nuevo ángel que acaba de subir al cielo.

Y con voz lenta y sombría entonó una oración, que fueron los niños repitiendo en coro.

Era la noche del siguiente día.

El pabellón del jardín se había transformado en capilla mortuoria.

Sobre una gran mesa, cubierta por un paño de terciopelo carmesí, se levantaba el pequeño ataúd de raso blanco galoneado de plata, dentro del cual, mas bien dormida que muerta, descansaba la niña. En sus labios vagaba aun la última sonrisa: la muerte no había tenido tiempo de destruir tanta belleza.

Vestida estaba de blanco y azul, ceñía su frente una corona de rosas blancas, bajo la cual se deslizaban los sedosos bucles, y en sus manecitas entrelazadas, sostenía otra rosa.

Alrededor del ataúd brillaban numerosos cirios, y lucían vistosas flores en jarrones de porcelana, y estaban diseminados los juguetes de la niña, sus libros y dibujos.

Los criados y colonos de la casa, vestidos de negro, permanecían en pie y silenciosos, apoyados contra las paredes de la estancia.

Por fuera del pabellón se agrupaban los numerosos amigos de la familia y delante de la



verja del jardín el pueblo en masa para acompañar el cadáver a su última morada.

Había llegado el momento terrible. En la parte exterior del pabellón se dejó oír un confuso rumor.

Abrióse la puerta, y entró el anciano padre, precedido de sus cuatro hijos, la blanca cabeza descubierta.

Acercáronse todos lentamente, y doblaron la rodilla junto al cadáver.

El anciano se levantó el primero, llegó junto a la cabecera del ataúd, y aproximando al rostro de la muerta el suyo, no menos pálido, depositó en su frente el último beso. Después entregó un pañuelo, indicándome, mas bien con la expresión de su fisonomía que con el ademán, que era para cubrir el semblante de su hija antes de depositarla en la tumba.

En seguida se acercó a sus hijos, les fue estrechando la mano, y por último, haciendo un penoso esfuerzo,

—Vamos, exclamó, y acatemos la voluntad de Dios.

Los cuatro hijos colocaron el ataúd sobre sus hombros.

El anciano los besó, y al verlos salir de la estancia se postuló en el umbral de la puerta, exclamando:

—¡Adios, adios para siempre!

La comitiva se puso en marcha. Todas las niñas del pueblo, vestidas de blanco y con ramilletes de flores silvestres en las manos, se colocaron en dos filas, y junto a ellas los hombres con antorchas. Las mujeres venían detrás en grupos numerosos.

Yo no apartaba mi vista del cadáver. De tiempo en tiempo se estremecía a los lados de aquellos cuatro corazones angustiados.

De trecho en trecho los hermanos se paraban bajo el inmenso peso de aquella carga querida; sus semblantes pálidos gotaban sudor copioso.

Las campanas repicaban en señal de regocijo. El pueblo gemía repitiendo las alabanzas de la muerta.

—¡Qué hermosa está! exclamaban; no era el mundo digno de poseerla, y la llamó Dios a su gloria.

Llegamos al cementerio.

Este lugar sombrío era aquí un reducido jardín sembrado de cruces, casi cubiertas por las flores, a la sombra de los sauces y cipreses, a través de cuyo follaje se descubría el cielo.

Negrucos nubarrones le envolvían, y relámpagos cada vez más rápidos desgarraban el horizonte.

El sepulcro era un sencillo monumento de piedra, sobre el cual se alzaba la urna cineraria, de mármol blanco, al pie de una cruz.

Rociamos el cadáver con agua bendita, cubrí su rostro con yeso, antes que el sepulturero le profanase, haciendo aquella operación con sus manos venales y asquerosas; cerramos la caja y pusimosla dentro del sepulcro.

La muchedumbre lanzó un gemido prolongado.

Un trueno sonó en el espacio y una sombra, cruzando en el aire, vino a caer sobre el sepulcro.

¡Oh! lo que vi entonces era increíble, horroroso: el buho con su cinta blanca y azul al cuello, había caído muerto sobre el sepulcro.

¡Tiene la casualidad manifestaciones espantosas, y la fatalidad incomprendibles misterios.

Con mano trémula desaté aquel lazo que la pobre niña había ceñido al ave nocturna y le coloqué alrededor de la cruz que se alzaba sobre la tumba.

El sepulcro se cerró; pero la losa del olvido no ha caído, ni podrá jamás caer sobre mis recuerdos.

Desde entonces los ojos de fuego del ave fatal me siguen por todas partes, y alumbran con un misterioso resplandor las sombras de mis delirios. Su canto fúnebre resuena en mi oído con eco sombrío, con ayes desgarradores como los suspiros de mis penas.

RAFAEL FERNANDEZ NEDA.

DE LA HISTORIA

CON RELACION AL DERECHO.

V.

Objeto de la historia.—El progreso.

Al terminar el siglo más fecundo en hombres de genio que registran los anales humanos, descuella entre todos los enciclopedistas, y eminente cual ninguno, el filantrópico é inmortal marqués de Condorcet, colaborador también de la Enciclopedia, y superior á Voltaire como historiador filósofo, si quiera no haya dejado más que un boceto del magnífico cuadro que se proponía trazar del progreso. El preferente objeto de la historia debe ser, según este sabio ilustre, investigar la serie de progresos realizados por el ingenio del hombre con relación á los intereses generales y al bienestar social, deduciendo de ellos cuál sea el destino de la humanidad, y por qué medios puede perfeccionar hasta lo infinito las facultades físicas é intelectuales de sus individuos, apresurando la hora de su libertad, y emancipándose de la esclavitud de la ignorancia, la miseria y toda clase de tiranías. En el admirable, bellísimo bosquejo que trazó en sus últimos

días de la *Historia* que pensaba escribir, mientras su noble cabeza estaba proscrita; en ese índice maravilloso, proyecto no más de un libro, incompleto borrón de su pensamiento, anota uno á uno los descubrimientos, todos los adelantos, todas las conquistas, todas las emancipaciones, el origen y desarrollo de la ciencia, los sistemas, los principios, los derechos del individuo y de la asociación, examinando las formas de Gobierno que se habían ensayado, y anunciando las que en lo sucesivo necesariamente ha de adoptar la humanidad. En el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, embrión de una obra colosal, que hubiera abrazado todos los ramos del saber humano en agricultura, industria, ciencias, bellas artes, asociación y cuánto se relaciona con el Gobierno, todo lo descompone y analiza, á todo da interés, y bajo el ascendente de una intuición sublime, próximo á morir (1), sin ambición, sin vanidad, henchido de religioso amor hacía sus semejantes, ageno á todo sentimiento de odio, Sócrates del siglo XVIII, mártir voluntario de la fraternidad, lega á la posteridad el esqueleto de un trabajo inmenso, el plan de una historia que había de recopilar y explicar el pasado y el presente, como lección de insuficiencia y torpeza, sirviendo á la vez de fundamento á la libertad y al progreso, y conteniendo los principios constitutivos de una buena organización social y política.

El fin de la sociedad es el bienestar de todos sus miembros: la historia debe contribuir, por consecuencia, á enseñar por qué procedimiento se ha elaborado el progreso, y por qué ley de armonía cada generación lo promueve y aumenta: tales son las reglas consignadas por el sensible Condorcet, á quien afectaban los padecimientos generales, animaba el interés de la justicia universal, y consolaba la seguridad de los altos destinos que están reservados á nuestra especie, cuya perfectibilidad veía demostrada por la observación constante de la naturaleza. Poseído de esa inefable esperanza en el porvenir, desciende Condorcet con mirada de águila al examen de las causas y efectos sociales, y apunta los elementos de un género de historia, verdaderamente social, que, si un día se llevase á ejecución, guiaría á los pueblos con paso firme y seguro por la ancha vía de la libertad al orden y á la felicidad universal. Ninguno antes que el distinguido precursor de los socialistas modernos, Cristo de los utopistas, permitásenos la frase, ha previsto la armonía universal que anunció más tarde Fourier, ya en nuestros días, y con la cual sueñan todos los hombres justos, verdaderamente liberales; ninguno antes que él con tanta fuerza de raciocinio ha señalado el orden eterno que debe regir á la raza humana en un globo portentosamente organizado por la Providencia para producir cuánto puede ansiar la doble naturaleza material é intelectual del hombre.

En la precitada obra, que nunca será bastante elogiada, denunció Condorcet la guerra como el crimen mayor de los tiempos, que un día no lejano, nos aliena esa esperanza, será imposible; concibió la confederación de los pueblos y de las razas para sustituir el derecho de la fuer-

(1) Proscrito Condorcet como girondino, se hallaba refugiado en casa de la señora Vernet, en París; pero temiendo comprometer á su protectora, magnánimo en su delicadeza, resolvió abandonar su asilo. Cedió con dificultad á las instancias de aquella generosa mujer, cuya solitud era tan tierna, que para tranquilizar á su prisionero, ocupando su pensamiento, hizo que su esposa le propusiera emprender algún gran trabajo: feliz inspiración, dice Luis Blanc, á la que debemos *l'Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, que respira una serenidad sublime, y que escribió Condorcet á dos pasos del cadalso. En cuanto cesó la fiebre de la composición, temblando siempre por su protectora, puso en obra su proyecto de huida, huyendo su vigilancia cariñosa con una mentira heroica. Errante y fatigado en seguida, descubierto en una taberna, denunciado y conducido á una prisión, murió en ella de hambre, según Mercier, aun cuando según la opinión de Beaulien parece más cierto que se envenenó. Sobre el particular dice el sabio biógrafo de Condorcet, M. F. Arago, que este veneno, cuya naturaleza se ignora, había sido preparado por un médico célebre, teniendo el mismo origen y datando de la misma época el que Napoleón quiso tomar en Fontainebleau.

El médico á quien se alude es Cabanis, cuando de Condorcet. (Véase *Histoire de la révolution française*, por M. Luis Blanc.)

za por el de la justicia; pensó en la formación de un idioma universal, que la sabiduría de nuestro siglo no rechaza como quimera, y entrevió la mayor parte de los resultados que el genio de los tiempos modernos ha previsto como consecuencias de la asociación. Arrastrado prematuramente en la catástrofe de la Gironda por el torbellino de la revolución, y confundido con otros miserables reaccionarios, él, adelantado más de un siglo á su época, Condorcet, el precursor de los grandes reformadores; arrebatado á la humanidad y á la ciencia por el frenesí de unos días extraordinarios y de sublimes y terribles pasiones, cuando indudablemente hervía en su cabeza la revelación del porvenir social, solo pudo legarnos una advertencia, pero tan significativa y elocuente, que en ella se hallan comprendidas, adivinadas, las concepciones del presente y de las edades futuras.

No se ha escrito todavía la historia que proyectaba Condorcet y legaba á nuestro siglo. ¿Quién sabe si las preocupaciones revolucionarias de esta época de combate contra la reacción permitirán á los grandes hombres, consagrados á la religión del progreso, escribir esa historia universal, cuyo ensayo ha inmortalizado á Cesar Cantú! Quizá el siglo XIX alcance esa gloria, digno es de ella, y justo es decir en su honor, que tiene reunidos los materiales para llevarla á cabo. Condorcet formó el plan; Cantú ha facilitado los datos: Michelet, Blanc, y otros ciento, no ménos ilustres, han imaginado en pequeña escala el método; y si el primero murió al terminar el prólogo; si el segundo abdicó su razón en la duda, sometiendo al mezquino criterio del neo-catolicismo; si los otros solo parcialmente han ensayado el gran género, sacudidos de continuo por las pasiones de partido, acaso, en días más tranquilos, solemnizará el siglo apóstol el primer aniversario centenario de la muerte de aquel justo, dando á luz la historia de la humanidad, de sus padecimientos, martirios, progresos y emancipaciones. Esperemos. Como el Cósmos ha inspirado un himno sublime á Humboldt, la humanidad también inspirará á otro genio igualmente religioso la brillante epopeya de sus destinos.

La revolución francesa apenas tuvo el tiempo necesario para demoler, y no el suficiente para reconstruir. La conspiración permanente de la corte, del clero y de los parciales de la arbitrariedad y del privilegio desnaturalizó su carácter y la obligó á servirse del verdugo, continuando en lugar de romper, la tradición tiránica del odio y de la sangre: la impía guerra de los monarcas absolutos le arrancó el olivo de la mano, la comprometió á empuñar la espada y cerrar el código de la fraternidad, no bien escrito, y la Europa se convirtió en campo de batalla, donde el derecho armado, terrible, vengador, Jehovah, aun no Jesús, hizo pedazos todas las coronas. De esta necesidad imperiosa provinieron las borrascas y las convulsiones que ahogaron en sangre la voz de los regeneradores, confundiendo sus aspiraciones con las traidoras maniobras de los facciosos.

No había tiempo más que para forjar armas y combatir.

No había más sentimiento que el de vencer. Saint-Just contestaba á un parlamentario de los austriacos, que proponía una tregua al victorioso ejército del Rhin: «La República francesa no recibe de sus enemigos ni les envía más que plomo (1).»

Los reformadores pasaron desapercibidos, ahogados por el torrente revolucionario, y es notable, como observa el ilustre historiador Luis Blanc (2), que la mayoría de los que votaron la Constitución de 1793 murieron como Condorcet, ó fueron proscritos por ella. En vano intentó el mismo Robespierre dar instituciones y gobierno á una sociedad que necesitaba la continua embriaguez de las conmociones para aturdir á sus contrarios y llevar el espanto á sus filas. La revolución apartaba á un lado á los que proyectaban regularizarla, y desgraciadamente, para separar á los hombres de su camino los guillotinaba.

La historia en nuestro siglo se resiente del carácter general de esta época transitoria, reproduciendo los sucesos

(1) *Moniteur*, año II, 1793, núm. 43.  
(2) *Histoire de la révolution française*.

de una manera gráfica que determina la índole incierta, tímida, filosófica y crítica, pero ecléctica, de todos los escritores modernos, excesivamente preocupados con las conveniencias de mero interés personal. Progresista nuestra civilización, pero contemporizadora, pusilánime, monopolizadora y amedrentada por supersticiosos terrores, temiendo catástrofes que, sin embargo provoca, marcha con embarazo y se aviene con el privilegio á título de transacción, creyendo avenir lo que es inconciliable, porque, como decía muy bien Laffayette, si cuatro y cuatro no pueden ser diez, tampoco y de manera ninguna pueden ser nueve. Así, la mayor parte de los escritores que hacen historia, como ahora dicen los que habiendo corrompido las costumbres quieren también corromper el lenguaje (1), camina entre dos extremos; busca y favorece un justo medio violento, absurdo y arbitrario, y aunque en honor de la verdad más que de los tiranos se ocupa ya del bienestar de los pueblos, todavía no se extiende á promover más intereses ni á sostener más derechos que los de la aristocracia de la inteligencia y del dinero.

Thiers, Guizot, Mignet, Toreno, Cantú y Lafuente brillan por la elegancia de la forma, por la finura del concepto y la energía del estilo; critican, empero, con lógica interesada los sucesos, y abusando del prestigio popular que un falso resplandor de justicia les atrajera, abaten á la democracia y autorizan la insostenible preponderancia de la clase media.

Adviértese que los modernos historiadores pertenecen ya por el sentimiento á la filosofía, que tiene por objeto restablecer el derecho y destruir la superstición: Cabot, Michelet y Luis Blanc especialmente, porque tienen conciencia de ello; y que todos dan un curso recto á sus reflexiones, observan con tan buen sentido y apuntan conceptos tan importantes, que el espíritu de sus obras ha contribuido poderosamente á desarrollar el entendimiento humano y á imprimirle el carácter de independencia y de análisis, que tales mejoras y adelantos está realizando en las ideas y en los hechos. Pero lo que más distingue á esos escritores y hace concebir la esperanza de que sus obras contribuyan á engendrar el deseo de una organización social más perfecta, es la absoluta libertad en el método, la emancipación de los rancios preceptos escolásticos, la novedad de los conceptos y la audacia del examen. Recórranse todos los escritores contemporáneos del género que nos ocupa, por decotado, y se apreciará esta analogía notable: nada de imitación, ningún servilismo á las antiguas formas ni á los respetos de autoridad: es evidente el progreso.

Lessage ha inventado un procedimiento atrevido, y presentado la historia universal en cuadros sinópticos, de gran trabajo comparativo, de un mérito literario superior, y de inmensa utilidad para el estudio. Su precioso atlas descubre bajo un golpe de vista todo lo más interesante y necesario de la historia antigua y moderna, así en el orden de sucesos como en la esfera de los adelantos y situación moral de los pueblos, con un método de materias y tal precisión de juicio, que facilitan extraordinariamente su conocimiento, representando íntegra la de cada nación como en un mapa se desarrolla á nuestra vista el globo con todos sus accidentes naturales y artificiales.

Weiss (2), como los historiadores ingleses, dignos de mención por el sano criterio con que descomponen los acontecimientos, clasificándolos homogéneamente por sus resultados, los critican y agrupan para demostrar la necesidad de los efectos por la preexistencia de las causas; prueban así que todas las situaciones son fatales consecuencias de las formas intrínsecas, y enseñan por inducción á prevenir la anarquía y el despotismo.

El conde de Toreno ocupa un lugar preeminente entre los historiadores de la edad actual, y es sensible no hallar en su célebre *Historia de la guerra de la independencia* tanta profundidad é intención real como bellezas literarias contiene. Parcial y aristócrata, Toreno escribió

(1) Véase esta nota al final del capítulo.  
(2) *La España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*.

como un hombre de un partido enemigo de la igualdad y del progreso, sin descender jamás a la apreciación de las miserias y vicios sociales, y sin ocuparse de los síntomas de descomposición, de lucha y de conmociones que la desventurada nación española muestra a cada momento.

Fácil, frío, calculador, pero sin filosofía ni conciencia de la inclinación de su época, su historia será considerada siempre como una joya de la literatura nacional, no como un monumento característico del espíritu de progreso.

Nadie ha juzgado en España la historia con tanto acierto como el sábio eclesiástico D. Francisco Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*. Este libro, por más de un concepto precioso, corresponde dignamente a las aspiraciones de nuestro siglo; descubre el velo que el despotismo monárquico y teocrático extendió durante tres centurias sobre el origen de la legislación; sigue paso a paso las conquistas de los derechos populares; muestra los fundamentos de la antigua Constitución política, esencialmente democrática, y condena, con razón, las usurpaciones de la autoridad pública, en menosprecio de la tradición y de las libertades nacionales. La *Teoría de las Cortes* del Sr. Martínez Marina, diputado constituyente del año 1812, es a la vez la historia de esta institución secular, gloriosa, tan antigua como la monarquía y más aun que el catolicismo en España, pues que la importaron los godos, y un curso de derecho constitucional, fundado sobre testimonios auténticos, que acreditan el poder de la soberanía nacional en los principios mismos de la magistratura real. Aun cuando no tuviera otros títulos a la consideración de la posteridad más que el servicio prestado al país, desenterrando de los archivos las actas originales de las Asambleas políticas, cuya memoria había procurado extinguir de todos modos el despotismo de las casas de Austria y Borbon, la gloria del Sr. Marina no sería pequeña.

Dudábase, hasta la publicación de su obra, la extensión y la fuerza de las atribuciones de las Cortes; se ignoraba por muchos que hubiesen existido en España, y se desconocía completamente el método que se observaba para la elección de los procuradores, pues hasta en el nombre fueron severos y amantes de su libertad nuestros padres, mandando expresamente sus representantes con un poder limitado, y reservándose la plenitud de la soberanía. ¡Tanto cuidado, verdadero empeño, habían tenido los Gobiernos que se sucedieron en España desde el funesto advenimiento de la dinastía austriaca en el siglo XVI hasta el año 1808, de borrar cuanto se refería a las Cortes, cómo Asambleas políticas, ocultando que los primitivos Concilios en tiempos de los godos tuvieron ese carácter, siendo costumbre además que sus acuerdos fuesen sancionados por la aclamación del pueblo! Sábase ahora a favor de este libro, que debería estar más generalizado, no concibiéndose por qué no se ocurre a ningún editor hacer una grande y nueva edición de esta joya histórica, que la libertad es tan antigua como indígena en España, y que las ideas liberales, aun las democráticas, han tenido hasta en el reinado del déspota Carlos I, quinto emperador de su nombre en Alemania, representación y prestigio.

Grato, pues, debe sernos, ya que tres siglos de estúpido despotismo monárquico y teocrático han colocado a la España a la retaguardia de la civilización, a cuya vanguardia marchaba cuando la libertad engrandecía a nuestra patria; ya que tan poco hayan contribuido los historiadores contemporáneos a la obra universal del progreso humano; grato debe sernos, repetimos, citar un nombre ilustre y venerando que consagró también su inteligencia a la regeneración de este desgraciado pueblo, y a la demolición del vetusto edificio del monopolio y del privilegio.

Guizot, Thiers, Mignet y Lafuente, son los más ilustres historiadores que se han consagrado a la causa del justo medio y constituido en paladines de los privilegios que ha conquistado la clase media por una serie de asaltos desde el tiempo de las Cruzadas. Todas sus aspiraciones, como políticos, concluyen en la monarquía constitucional, con el censo electoral, las dos Cámaras, y el soñá-

do equilibrio de los poderes; y como economistas, en la abundancia y bienestar de la clase media. El monopolio de los derechos, la explotación del hombre, el agio en la Hacienda, sostenido por el sistema de empréstitos y contratas, la concurrencia anárquica en las transacciones mercantiles, la farsa en las elecciones, la corrupción en el Gobierno, la ignorancia y el fanatismo en el pueblo, la policía inquisitorial como elemento de orden, y el antagonismo entre las clases para evitar la solidaridad de sus intereses: tales son los principios que ensalzan y procuran que resalten en la historia que escribga.

La interesante *Historia de la civilización*, de Guizot, obra digna de estudio y de que se consulte con frecuencia, nos ofrece el vacío inmenso de un pensamiento que abrazase en un mismo interés a toda la humanidad. Aun cuando es verdad que el objeto de este libro del ilustre autor de la *Historia de la revolución inglesa* es marcar los pasos que ha ido dando la civilización a través de los siglos, y consignar la influencia que han ejercido en las revoluciones el espíritu de reforma y los progresos de las ciencias políticas y morales, abstractas y exactas, no se puede desconocer que tan vasto asunto se presta, mejor que otro cualquiera, a consideraciones críticas y trascendentales sobre los vicios de la organización social, sobre los absurdos sistemas basados en la prohibición y en la fuerza, y respecto a la necesidad de introducir en la administración pública más equitativas condiciones.

Tiene nuestra época el derecho de ser exigente y de no contentarse con lo que hace un siglo habría sido superior a los demás trabajos contemporáneos. Hoy no basta apreciar los progresos verificados, es necesario determinar los futuros, como lo ha hecho en su *bosquejo histórico* Condorcet, como lo ha comprendido Peltan. Y esto no se consigue aplaudiendo lo hecho, con relación a lo que antes fuera: es preciso deducir de los acontecimientos reglas de acción para lo sucesivo, impulsar el movimiento, fijarlo y definirlo o imprimirlo. Que si es cierto é incontestable el alto grado de comodidades y garantías a que las actuales generaciones han llegado, no es menos evidente, lógico y religioso, según las inspiraciones de la razón humana, moralmente infalibles, que la civilización presente solo es un punto de descanso, un puente transitorio, el escalón que conduce a mayores, más positivos y más generales perfeccionamientos.

Pues que, ¿sería parcial la omnipotencia de Dios? ¿Sería esta civilización el término, el límite fatal señalado a la predilecta concepción de su sabiduría? ¿Dónde estaría su justicia si hubiera condenado a la humanidad a todos los horrores de una lucha frenética, implacable entre sus necesidades, sus pasiones y los medios de satisfacer las primeras y de calmar las segundas? ¡A la guerra contra el débil, guerra impia, en que el fuerte es el más audaz, y el débil la inmensa muchedumbre por su ignorancia! ¿Puede haber decretado el autor de todo bien, el regulador de toda armonía, que el trabajo, necesidad absoluta de la producción, estímulo de todas las virtudes, primer título de toda riqueza, atracción íntima que sienta el hombre hacia un bienestar que le permita descansar en su vejez, y dejar en la prosperidad a sus hijos; que el trabajo, decimos, sea un castigo, el estigma de la miseria y el inquebrantable círculo del infortunio?

Si hay quien atribuya tal pensamiento a la creación o quien la suponga ciega; quien comprenda la armonía y el orden infinito en los inmensos espacios celestes, donde giran en abismos de luz millones de millones de mundos sin estorbarse unos a otros; quien suponga que del orden y la armonía que se observan en toda la naturaleza ha excluido el autor de tanta maravilla al espíritu que anima a la humanidad, condenándolo a una eterna aspiración en la impotencia, a perpétuo é irremisible antagonismo con la materia que vivifica; si hay quien piense que todo lo que en el mundo es, en suma, perfectible, el mineral, la planta, el animal irracional, la tierra más estéril, que el más rústico agricultor puede fecundizar hasta lo infinito; que todo esto lo es arbitrariamente, y que no hay una ley universal de analogía que influye sobre el hombre con igual poder

y atractivo, ese desgraciado es un ateo, y su opinión no merece siquiera los honores de una refutación seria.

El progreso es la ley eterna, infalible, la necesidad de la naturaleza, la razón de ser del universo, cuya causa activa, sublime é inagotable en su inteligencia, ha dotado al hombre de facultad creadora bastante para modificar las formas de la materia, y combinar nuevos y poderosos motores que sustituyan sus fuerzas, permitiéndole economizarlas en interés de su bienestar y sucesivos perfeccionamientos. Así o entendiendo nuestra época, como lo ha entendido la humanidad en las diversas manifestaciones de su existencia, comprendiéndose por cuantos aman a Dios en sus obras, que la más perfecta de ellas es precisamente la esceptuada por ciertos fanáticos del ejercicio de su razón, que es el principal atributo de su ser. ¿Qué importancia tendría el hombre sin razón? La misma que otro animal cualquiera. ¿Qué significaría la razón en el hombre si no le sirviera de criterio para formar un juicio exacto de las cosas y medir sus acciones con relación a su bondad intrínseca? No debemos detenernos en estas hipótesis, pueriles, más que otra cosa, indignas de la civilización, y de antemano desvanecidas por quienes de siglo en siglo vienen divinizando en algunas personas, papas, reyes y obispos, esa misma razón que consideran en la humanidad incapaz de discernimiento.

Ocurríense estas reflexiones al contemplar la aberración en que incurre quien, como Guizot, protestante, libre pensador, racionalista, aun cuando aprecia con elevado juicio y profundas observaciones filosóficas la historia de la civilización, se ofusca, sin embargo, por cálculo político, hasta el punto de mostrarse satisfecho con lo existente, desconfiando de que el progreso de aquella realice para todos los individuos lo que la fortuna le ha proporcionado a él mismo por el privilegio de una educación superior a la que alcanza el comun de las gentes. La mayor de todas las aberraciones, la mayor quimera que en la imaginación del hombre puede albergarse, es, sin cuestión, la de creerse no solo capaz de gobernarse a sí propio, sino de gobernar a los demás, y vituperar en estos que se consideren aptos para prescindir de tutela. El progreso moral que cada uno descubre en sí; la perfección que ha notado en sus facultades a proporción que las ha ido cultivando, esas son ciertamente las premisas que deben servirle para deducir el progreso y la perfección a que está destinada la generalidad de los hombres por la educación y la igualdad de derechos que ha de establecer la libertad.

F. J. MOYA.

#### EPIGRAFÍA ROMANA EN ESPAÑA.

A causa de hallarse casi agotada la célebre obra epigráfica de Grutero *Inscriptionis antiquae totius Orbis Romani*, obra eruditísima en la que le ayudaron los distinguidos filólogos Martin Smetio, Huberto Goltzio, Janus Donza, Justo Lipsio, Marco Velsero y Scaligero, y de la que se hicieron dos ediciones, una en 1616 y otra en 1707, la ilustradísima Academia real de Ciencias de Berlín, que sin duda es la que va a la cabeza de la civilización de Europa, concibió la elevada idea de hacer una nueva edición corregida y aumentada; con este objeto acudió al no menos ilustrado Gobierno de Prusia, quien, atendida la importancia del plan, facilitó generosa y espléndidamente los fondos necesarios para llevarla a cabo de una manera digna del justo renombre de aquella Academia, y esta, sin perder tiempo, dispuso el nombramiento de cuatro de sus más distinguidos miembros para que recorriesen el extenso territorio que en tiempo del mayor auge del imperio romano estuvo bajo su omnimodo dominio. Dos de los citados académicos se encargaron de las provincias del Asia y del Africa sujetas a Roma, y a los otros dos se les confió el examen de las inscripciones latinas de Europa, como la fracción mas importante de aquel vasto imperio; en su consecuencia, al joven y distinguido filólogo M. Emilio Hübnér le cupo recorrer la parte occidental de Europa, comprendiendo la Italia, las Galias y la Península ibérica.

La misión del ilustrado académico berlinés tenía por principal objeto la corrección de los numerosos errores cometidos con referencia a las lápidas romanas por los escritores que de ellas trataron en estos últimos siglos, examinando por sí mismo las inscripciones originales que no habían perecido; y además la copia fiel de las infinitas que desde Grutero y Schotto se habían nuevamente descubierto, muchísimas de las cuales ni noticia se tenía de su existencia. En efecto, M. Hübnér residió un dilatado período en nuestro país, durante el año 1860 y siguientes, marchándose, según nos comunicó, completamente satisfecho del buen resultado de su expedición.

Es un principio inconcuso el que, por el número y cualidad de las monedas puede colegirse la riqueza, el comercio y el estado de progreso ó decadencia de las bellas artes en un país civilizado en todas épocas, pero sobre todo en la antigüedad; y por las inscripciones se deduce asimismo el grado de cultura de una nación en los antiguos tiempos; y ciertamente, si exceptuamos la Italia y su capital Roma, ninguna otra provincia ó región del antiguo mundo conocido puede competir con la España en riqueza numismática, tanto colonial como imperial, y lo mismo en lapidaria ó epigrafía romana.

El mismo Sr. Hübnér nos había confesado durante su residencia en Tarragona, que era tanto lo que esperaba conseguir en España, que la obra, que debía consistir en doce tomos en folio, se había calculado necesario para las inscripciones de España uno de ellos exclusivamente; conceptuando además, que las de Tarragona solamente, formarían una duodécima parte de todas las de la península hispánica reunidas y en efecto, como veremos en seguida, la Academia de Berlín no se engañó en sus cálculos.

Para demostrar la importancia de la epigrafía española, basta decir, que honoríficamente se ha destinado para ella el segundo tomo, con preferencia a las otras naciones, el cual se ha impreso ya en Berlín a últimos del año pasado, y de él tenemos un ejemplar a la vista que forma un volumen en folio mayor, de unas ochocientas páginas de letra metida y bastante diminuta, sin márgenes apenas; y si exceptuamos algunos errores notables, omisiones, y algunas calificaciones que no estamos de acuerdo con nuestro querido amigo, puede envanecerse el Sr. Hübnér de haber llenado cumplidamente los deseos y el ilustrado objeto que se propuso la real Academia de Berlín, y el *Corpus inscriptionum latinarum* será un monumento que honrará eternamente la memoria de aquel ilustradísimo cuerpo científico, y la de su distinguido miembro, que tan bien supo interpretar sus intentos.

Por lo que concierne a este segundo volumen intitulado *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, el Sr. Hübnér admite la división de la España en tres grandes provincias, la Lusitania, la Bética y la Tarraconense, comprendiendo esta última lo que primitivamente fué la España Citerior.

Las lápidas que se conocían a últimos del siglo pasado, según se deduce de la obra de Masdeu, quien había recogido noticia de todas las existentes, apenas llegaban a 2.200; pero el Sr. Hübnér ha reunido el considerable número de 5.132, motivo por el cual hemos dicho, que el éxito ha sobrepasado a sus esperanzas. De estas 5.132 lápidas, 4.799 son comunes, y 333 son miliarias, destinadas a las vías públicas romanas.

El número de inscripciones de cada una de aquellas tres provincias ó divisiones de España está en relación directa con la importancia respectiva de cada una de ellas, según el estado demostrativo que acompañamos:

	Comunes.	Miliars.	Total.
Lusitania.....	1008	57	1065
Bética.....	1478	49	1528
Tarraconense.	2313	227	2539
	4799	333	5132

En este número no van comprendidas las marcas de los alfareros que forma una epigrafía especial, de las que solamente en nuestro Museo arqueológico se cuentan casi setecientas inscripciones. Según digimos, este considerable nú-

mero de lápidas se encuentra diseminado por toda la superficie de España desde las ciudades más populosas hasta en los villorrios y hasta en los descampados, habitados en otros tiempos, lo cual es una confirmación de lo que dicen los escritores antiguos, entre ellos Cicerón y Vejecio, que la población española era considerable durante los primeros tiempos de la dominación romana, y que se hallaban pobladas hasta las comarcas que hoy son eriales. Estrabón y el Revenate llaman a la España la *nación de las mil ciudades*, tan grande era el número de poblaciones, cuya mayor parte desaparecieron ya durante la ominosa conquista romana, y cuyas ruinas se encuentran con sobrada frecuencia en territorios hoy yermos y descampados.

Como una curiosidad, ponemos a continuación una nota de las diez ciudades de España que poseen mayor número de lápidas romanas, por orden de numeración:

Itálica.....	53
Hispalis (Sevilla).....	90
Cartago Nova (Cartagena).....	112
Córdoba.....	130
Emerita (Mérida).....	143
Saguntum.....	148
Olisipo (Lisboa).....	150
Gades (Cádiz).....	198
Barcino.....	202
Tarraco.....	380

Que arrojan la considerable suma de 1607, esto es, la tercera parte aproximadamente de la totalidad de las lápidas de toda la Península; y si las inscripciones son realmente un testimonio de la importancia relativa de las poblaciones en la antigüedad, la ciudad de Tarragona es la que entre todas se lleva la preferencia, pues duplica y aun triplica el número entre las capitales de las otras dos fracciones de España; debemos advertir que estas 380 lápidas son las descubiertas desde tres siglos a esta parte, calcúlese las que se habrán perdido, mutilado, ó destrozado, y cuántas existirán todavía ocultas, enterradas, ó formando los cimientos y aun las paredes de los edificios de la ciudad, en el supuesto que suelen aparecer todos los días al demoler los antiguos edificios para reconstruirlos; y una prueba de esta verdad es que, desde la venida del Sr. Hübner, hemos recogido ya más de treinta, las cuales deben añadirse á las mencionadas en el *Corpus inscriptionum*, ascendiendo entonces á 410.

Hé aquí, pues, que las lápidas de Tarragona que conocemos, ó tenemos noticia al presente, forman casi la duodécima parte de todas las de España y Portugal reunidas, y esto debe darnos una idea de la grandezza de esta ciudad y de su esplendidez durante la época romana, y no sin motivo Pomponio Mela llama á Tarragona *opulentissima*, y Estrabón la hace tan poblada de varones ilustres como la misma Cartago, y abastecida como ella de las cosas necesarias á la vida.

La colección lapidaria de Tarragona, por su número, variedad é importancia, es la única de España que puede por sí sola dividirse en clases ó categorías según uso establecido. En efecto, hay lápidas geográficas y topográficas; las hay dedicadas á divinidades; á emperadores y emperatrices; á magistrados del orden senatorial; á magistrados del orden equestre militar; á militares exclusivamente; á magistrados de orden inferior; á flamines y flaminicas; á magistrados y sacerdotes municipales; á flamines augustales y á otras personas de la clase sacerdotal. Asimismo las hay consagradas á artistas y comerciantes, y por último, las hay también monumentales y funerarias, que son las más considerables.

Sin duda tiene Tarragona tantas lápidas ó referencias geográficas como la península ibérica reunida, pues hemos encontrado 163 referencias á provincias, regiones, pueblos y ciudades diferentes algunas absolutamente desconocidas; y lápida hay que menciona cinco ó seis regiones diversas.

A treinta y cuatro ascienden las lápidas cuyas inscripciones están dedicadas á deidades del paganismo, siendo notable que entre estas abundan, sobre todo, las de los Lares, Génius y dios Tutela, divinidades análogas, y que según el número de ellas que se encontraron entre las ruinas de un gran edificio, descubierta al abrir hace cuatro ó cinco

años la calle del Gobernador Gonzalez, nos indujo á presumir que fué un templo dedicado á estas divinidades populares. Llamaremos la atención sobre la inscripción consagrada á Isis, deidad egipcia, que es la octava con referencia á España, cuyo culto habían conservado los españoles á despecho de los romanos que lo tenían prohibido en su imperio, por que es muy sabido que en el año 534 de Roma, el Senado, recordando las leyes de Numa, ordenó su proscripción, y no atreviéndose ningún ciudadano á dar principio á la demolición del espléndido templo que los extranjeros habían erigido á esta deidad de Roma, el mismo primer cónsul Lucio Paulo Emilio, según Valerio Máximo, quitándose la toga y cogiendo un pico comenzó el derribo.

Las inscripciones dedicadas á emperadores llegan á treinta, y hacen referencia á veintiocho, á saber: Augusto, Tiberio, Claudio I, Vespasiano, Tito, Trajano, A. Liriano, á quien según una de estas inscripciones se le erigió una estatua dorada; Antonino Pio, Faustina su esposa, Marco Aurelio, Faustina hija, Lucio Aelio ó Aurelio Vero, Cómodo, Pértinax, Septimio Severo, Carracalla, Probo, Caro, Carino, Diocleciano, Maximino, Constantino Máximo, Constancio y Crispo sus hijos, Leon I y Antemio, siendo digno de observar que al presente se conservan en Tarragona las inscripciones de Augusto, fundador del imperio, y de Antemio, antepenúltimo emperador y el último que gobernó á España, cuya lápida se erigió el año anterior á la destrucción de esta ciudad por Eurico, primer rey godo que reunió bajo su cetro toda la Península ibérica.

En las expresadas 410 lápidas romanas de Tarragona van inscritos los nombres de 600 personas, de las cuales 428 son varones y 172 mujeres, siendo de observar que las iniciales de sus nombres y las de sus cognombres, separadamente comienzan por todas las letras del alfabeto latino. También lo es que en los cognombres ó sean apellidos de estas 600 personas hay 444 que son diferentes; y apellido hemos visto, repetido en dos, cuatro, seis y hasta ocho lápidas distintas, así como hay lápida que contiene el nombre y apellido de muchas y diversas personas. También es notable que entre estos abundan mucho los de etimología helénica; algunos piensan que tal vez pudieran ser descendientes de los antiguos focenses aposentados y domiciliados en Tarragona desde la época de la colonización griega en estas costas orientales de España, si bien otros creen que sin duda serán los descendientes de los que en gran número emigraron de Grecia el siglo anterior á Jesucristo; nosotros opinamos que bien podría ser una y otra cosa; pero lo cierto es, que ninguna otra ciudad de este litoral, incluidas Emporias y Sagunto, esencialmente griegas, no se ha encontrado en sus lápidas reunidas ni la vigésima parte de los nombres helénicos que se leen en las de Tarragona.

Finalmente, terminaremos esta rápida reseña epigráfica, diciendo, que la ciencia arqueológica, con relación á la parte epigráfica, debe estar muy agradecida á la ilustrada Academia de Ciencias de Berlín, que promovió la idea de reunir en un cuerpo todas las inscripciones romanas del orbe, y al no menos ilustrado Gobierno de Prusia, que apoyando la hizo frente á los inmensos gastos de esta colosal empresa, lo que habla mucho en pró de la civilización de aquel venturoso país: y en justa alabanza de nuestro buen amigo, el filólogo M. Emilio Hübner, solamente diremos que aquella Academia, al elegirle para el examen y recolección de las lápidas de esta parte del antiguo mundo, no se engañó en lo más mínimo en el venturoso concepto que de él se había formado, como da un solemne testimonio el tomo II del *Corpus inscriptionum* que contiene las lápidas de España, único que hemos podido examinar, por cuyo feliz resultado le enviamos nuestro cordial parabien.

Tarragona 14 de Julio de 1870.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANAHUJA.

ESTADÍSTICA MÉDICA COMPARADA DE LOS GRANDES EJÉRCITOS DE EUROPA.

Habiendo tenido ocasión el Consejo de Sanidad del vecino imperio de comparar los datos de la estadística médica de los

ejércitos en Francia, en Rusia, en Inglaterra y en Rusia, ha podido formar un cuadro comparativo de la situación sanitaria y de la mortalidad entre las tropas de estos cuatro grandes países.

Este estudio de alto interés comprende las cifras y las proporciones análogas de los ejércitos inglés, prusiano y francés en el año 1863, á los cuales se agregan los resultados obtenidos en el ejército ruso en 1861.

Las diferencias de organización interior que existen entre estos ejércitos no influirán en el valor de los hechos principales que constituyen esta comparación; y por librarse de la crítica sobre este particular es por lo que el Consejo de Sanidad ha encerrado sus investigaciones en el estrecho círculo del número de enfermos y de la cifra de las pérdidas sufridas.

Las condiciones de clima, si se trata exclusivamente de las tropas que sirven en el interior, no ofrecen diferencias sensibles, excepto en lo que se refiere á la Rusia.

En cuanto á las condiciones de reclutamiento y de composición, es evidente que deben tener, mas que ninguna otra circunstancia, una influencia marcada sobre los resultados. Es preciso, sobre todo, notar que la duración del servicio, muy corta en Prusia, muy larga en Inglaterra, modifica completamente de un país á otro las condiciones de edad del soldado, y por consecuencia tambien las probabilidades de vida y de salud.

Hechas estas reservas, si examinamos en primer lugar cuál es en cada uno de los tres ejércitos (no comprendiendo el ruso por falta de documentos) la cifra ordinaria de los enfermos, encontraremos las proporciones siguientes:

En Inglaterra, donde no existe mas que una sola categoría de enfermos (hospitales reglamentarios) esta categoría ha suministrado en 1863 la proporción de 49 enfermos por día por cada 1.000 hombres de efectivo.

En Francia, la cifra ordinaria de los enfermos en el año 1863, se descompone así: 19 en los hospitales, 7 en las enfermerías reglamentarias, 11 en las cuadras ó salas de convalecientes: total 37 por 1.000 hombres de efectivo.

Hay, pues, una diferencia de 12 enfermos en favor del ejército de Francia, comparativamente con las tropas de Inglaterra. Haciendo la comparación con Prusia, esta diferencia es de 5 enfermos.

En cuanto á la cifra de las defunciones, la proporción ha sido en el mismo año (1863) de 0,70 en Prusia, de 8,86 en el Reino-Unido, y de 9,22 en Francia por cada 1.000 hombres de efectivo. El ejército ruso dá, en 1861, una proporción de 15,50 defunciones.

Parecerá á primera vista que estas cifras ofrecen resultados para Francia; pero conviene observar que todo ejército sufre pérdidas de dos clases: primeramente por defunciones, y en segundo lugar, por enviar á sus hogares á los soldados á quienes la enfermedad hace inútiles para el servicio. Es aquella una objeción opuesta muchas veces á los cálculos sobre la mortalidad militar, en la época en que estos cálculos no tenían en cuenta estos dos órdenes de hechos.

Sin admitir, en efecto, que todos los militares licenciados estén heridos de enfermedad mortal, es evidente que la mayor ó menor facilidad que se encuentre para desembarazar el efectivo de estos hombres enfermos, debe contribuir á disminuir ó elevar la cifra de la mortalidad.

Lo que probaría esto, sin género de duda si fuera necesario, sería precisamente la considerable cifra de las defunciones del ejército ruso, en el cual los hombres enfermos ó delicados, en lugar de ser enviados siempre á sus casas, son la mayor parte de las veces trasladados á los cuerpos de policía, á la fuerza local y á las compañías de inválidos cuyo efectivo es bastante elevado.

Conviene, pues, para darse cuenta bien de los hechos, poner al lado de la cifra de las defunciones la proporción de los militares licenciados en los tres ejércitos de que principalmente se trata.

Estas proporciones en el año 1863 son. En Francia, 7,0 por 1.000 hombres de efectivo.

En Prusia, 15,0 idem.

En Inglaterra, 32,6 idem.

La cifra del ejército francés, aunque mucho menor que las otras dos, es to-

davía tan elevada por las procedencias de Argelia y de Italia y por las licencias de regreso concedidas por enfermedad anterior al ingreso en las filas.

Pero á pesar de esta contra, el total de las pérdidas que la enfermedad hace subir al efectivo por defunciones y por licencias, queda inferior al de los otros dos ejércitos, como lo demuestran las cifras siguientes:

En Francia.		
Defunciones.....	9,22	} Por 1.000 hombres de efectivo.
Licencias.....	7	
Total.....	16,22	
En Prusia.		
Defunciones.....	6,70	} Idem.
Licencias.....	15	
Total.....	21,70	
En Inglaterra.		
Defunciones.....	8,86	} Idem.
Licencias.....	32,60	
Total.....	41,46	

Las pérdidas del ejército francés en el interior son, pues, inferiores en una cuarta parte próximamente á las del ejército prusiano, y en tres quintos á las del del ejército Reino-Unido.

No puede formarse el mismo total en el ejército ruso, por faltar la cifra de los licenciados, en los documentos oficiales que á él se refieren.

Independientemente de estos resultados tan favorables á Francia, resulta de este estudio un hecho de orden general que pone en evidencia la solicitud con que los Gobiernos civilizados se ocupan hoy día de mejorar las condiciones de existencia del soldado. Los progresos obtenidos desde hace veinte años en esta vía están demostrados aquí claramente por cifras indiscutibles.

Si nos elevamos, con efecto, al año 1846, época á la cual se refiere para nosotros el primer documento auténtico, vemos que la proporción de la mortalidad (19 por 1.000) entonces registrada, ha sufrido una disminución de mas de la mitad.

En Inglaterra este mismo año 1846 es el último término de un periodo decenal durante el cual la mortalidad media habia sido de 15,40. La disminución es tambien de cerca de la mitad.

En Prusia, esta proporción en 1846 era de 10,70, y á pesar de los años excepcionalmente malos desde esa época, se encuentra una disminución progresiva que reduce la cifra media próximamente á un 6,4 en los cuatro últimos años.

Finalmente en Rusia, la proporción de las defunciones en 1846, era de 37,60; y aquí es donde se encuentra mas marcada la mejora; teniendo en cuenta la circunstancia de que aquí tambien era donde habia mas que hacer.

En presencia de estos esfuerzos y de estos resultados, la prensa francesa se felicita de ver á Francia ocupar el primer lugar en esta noble lucha que tiene por objeto el bienestar y la salud del soldado.

(El Consultor del Censo.)

AUSENCIA.

Es de vicio la mujer, Pero no se ha de probar Si se puede ó no quebrar, Que todo podría ser. (CERVANTES.)

Blanca era morena. Yo he gustado siempre mucho de las morenas y mucho tambien de las blancas. Como ésta poseia la difícil circunstancia de reunir ambas cualidades, me casé con ella. Me casé locamente enamorado, cosa en verdad muy peligrosa.

Estoy muy lejos de censurar que sea el amor el iman que impela al hombre al matrimonio, pero es indudable que el enamorado, y muy enamorado, lleva en los ojos una venda, y no creo que es muy prudente entrar con los ojos vendados por ninguna puerta.

Y mucho menos la del matrimonio. El caminar á ciegas, aun por entre rosas, es muy peligroso; porque es fácil tropezar y fácil tambien caer. Y una caída es siempre temible, aun sobre flores.

Lo propio acontece en el matrimonio, porque no hay rosa sin espinas.

Sea como quiera, es lo cierto que me casé con Blanca, y que por fortuna, no solo habia concentrado en ella todas las facultades efectiva

de mi corazón, sino que ella á su vez me había entregado todo el rico tesoro de amor de su alma pura.

Blanca era muy buena y muy bella.

Tenia los ojos grandes como su bondad, la tez pura como sus ilusiones, la boca pequeña como sus defectos.

Su immaculado espíritu flotaba en una atmósfera saturada de emanaciones celestiales; astro de esplendoroso brillo; jamás la mas leve nebulosa había empañado la clara luz de sus virtudes.

Era amable sin ser libre y virtuosa sin ser gazona.

Tenia poco talento para sábia, pero bastante para mujer.

No era inocente, pero sí pura, lo que vale mucho mas: la inocente puede pecar por ignorancia, la pura solo por voluntad.

Adoraba la poesía, pero no hacia versos; gustaba de la equitación, de la caza y de las artes; pero con la delicadeza de una señorita, no con la afición de un mari-macho.

Era una mujer completa.

La conocí y me prendí de su belleza.

Al admirar la flor quise conocer su perfume y de la admiración del cuerpo pasé á la del alma.

Me enamoré como un loco.

Mas para las mujeres no basta amar, es fuerza saber amar; reglamentar, embellecer este cariño; porque presentado á veces en toda su desnudez puede hacerse desagradable.

Para enamorarla, pues, traté de gustarla.

No sé cómo ni por qué, pero lo conseguí.

Entonces cifré todo mi afán en que comprendiese mi amor.

Gustándola ya, poseyendo ella clara inteligencia y exquisita sensibilidad, estaba seguro de que, si veía y conocía mi amor, tal como era, me amaría.

Porque era tan grande y tan profundo que podía satisfacer el alma mas ansiosa de amar.

Era tan balsámica la hermosa flor que en mi corazón brotaba, que percibí su exquisito aroma; era tan inmenso el fuego que en él ardía, que llegó hasta ella el calor.

Blanca me amó.

## II.

El día que me convení del cariño de Blanca pensé volverme loco.

Y, según un amigo mio, así sucedió, pues que me casé.

Me casé apenas transcurrido un mes de relaciones, y no antes porque me fué materialmente imposible.

Procedí con tal precipitación en mi enlace, que cuando, después de casado, se desvaneció algún tanto el vértigo de felicidad que me embargaba, temblé.

Tenia harto conocimiento del mundo y la sociedad, para no saber perfectamente cuál suele ser el *después* de esas bodas al ferro-carril.

Las primeras estaciones aparecen agradabilísimas, la vía se ofrece desembarazada y segura; pero es luego harto factible un percance, porque en un amor, como en un tren, es muy fácil descarrilar por sobrada precipitación.

No procedí con cautela á su tiempo y quise enmendarme fuera de sazón: ambas veces obré torpemente.

Al casarme nada temí porque nada pensé; ya casado, todo lo temí porque lo pensé todo.

Mi imaginación exaltada, lo escéntrico de mi carácter, explican estas y otras cavilidades, estas y otras rarezas que podrán observarse en el curso de mi narración.

Blanca no me daba el menor motivo de queja; siempre amante, cariñosa siempre, hizo de mi casa un paraíso.

Yo era feliz, tan feliz, que el exceso de felicidad me inquietó: el hombre en la tierra no está acostumbrado á una ventura completa, y además no podía convencerme de que tan rápido é imprevisto enlace tuviese toda la solidez y toda la verdad apetecibles.

Proseguí amando á mi mujer como había amado á mi novia; mas aun, porque á la frenética pasión del amante se había añadido el firme cariño del esposo.

Blanca, al contrario de lo que frecuentemente sucede, había descubierto nuevas y mejores cualidades, sin perder por eso las que ya antes le conocía.

No obstante yo, aunque infundada, sentía esa inquietud roedora que, como bola de nieve, va agrandándose y concluye por ocupar toda nuestra atención.

Pesé á mi desconfianza, nada, absolutamente nada hallaba que la pudiera alimentar.

Mi celosa perturbación me llevó entonces á un extremo al que, por desgracia, suelen llegar algunos: sospeché que la mas refinada astucia y la mas hábil ficción constituían la base de la conducta de mi mujer.

Mi carácter se resentió de este cambio de ideas y Blanca empezó á extrañar mi conducta.

Creada ya la sospecha de mi parte, halló bien presto alimento en mil cosas que, examinadas serena é imparcialmente, ni tienen importancia ni causan impresion alguna, pero de formidables efectos en mi excepcional situación.

Este estado llegó á tal extremo, que mi esposa, que proseguía queriéndome entrañablemente, se convenció de que algo y algo grande me aquejaba.

Entonces me provocó á una explicación franca y completa.

No pude resistir á la triple influencia que su belleza, su bondad y su amor ejercían en mí, y la hice una confesión absoluta.

Blanca se rió primero, me reprendió después y lloró por último.

No había visto aun empañados por las lágrimas los ojos de mi mujer, y conocí que eran muy preciosas porque eran muy escasas.

La pedí perdón y lo imploré de rodillas.

Blanca, siempre buena, siempre enamorada, me lo otorgó en sus brazos.

Comprendiendo con su notable percepción mis temores, se propuso observar una conducta tan franca, tan extremadamente franca conmigo, que, permitiéndose, hasta cierto punto, exterioridades que antes se vedaba, me convenció hasta la evidencia de su fidelidad y de su cariño.

Conocí que Blanca no podía faltarme.

Conocí que todo el amor, mas aun, que todos los amores que en el transcurso de su vida hubiera podido sentir, los había sintetizado en mí, y que agotado, por lo tanto, para los demás el manantial de su cariño, no podía temer que otro que no fuese yo apagara en él su sed.

Volví á ser feliz.

## III.

Así transcurrió algun tiempo.

El lago de nuestro amor conyugal mostraba apacible el terso y puro cristal de sus aguas.

De pronto cayó en ellas una piedra, las alteró, y extendiéndose en círculos concéntricos, agitó hasta su fondo.

La piedra fué el hecho siguiente:

Yo tenía antes de casarme un amigo, dotado de imaginación loca y arrebatada, excesiva sensibilidad y vehemencia extraordinaria.

Mi amigo se enamoró.

Hallóse un día con una preciosa criatura de quince aabiles, derasgados y hermosísimos ojos, de candidez é inocencia virginales: dotes tan poco comunes trastornaron todo su sér.

Mi amigo la amó como solo se ama una vez en la vida, con un amor frenético, abrasador, delirante, como aman tan solo las almas soñadoras.

La niña no le correspondía, porque era aun mas niña de alma que de cuerpo, pero su amante no veía ni quería ver nada, sino que alentaba por ella una pasión irresistible y necesitaba ser correspondido. Ella, aunque sin intencion dañina, no le ocultaba su desvío, y los mas horribles tormentos laceraban el corazón de mi desdichado amigo; su desesperación llegó á tal extremo, que temí seriamente por su salud y hasta por su existencia, y tomé á mi cargo alcanzar el bálsamo que habia de cicatrizar sus heridas. Me dirigí á ella y la obligué á mirar, y al mirar vió el profundísimo cariño que mi amigo la consagraba y que en su enagenación no la habia manifestado de una manera eficaz, olvidando el principio arriba sentado de que no basta amar, es necesario saber amar.

Trabajé con tanto empeño, tomé con tal interés este asunto, que ví con júbilo al fin conseguido mi objeto. Ella le aceptó primero como amante y empezó á considerarle como amado después.

Mi amigo fué entonces dichoso, tan dichoso como debió ser Adán al hallar junto á sí bellísima y amante á su esposa Eva, como no volvió á serlo jamás.

Por entonces me abstraí de todo mis amores primero y mi boda después.

Pero pasado algun tiempo, pasada tambien la casi tormenta que, según he indicado, amargó el cielo sereno y radiante de mi paz doméstica, recordé á mi amigo y sus felices y amorosas relaciones.

Hé aquí lo que supe:

Su amada se habia ausentado por tiempo indefinido, enamorada y triste en extremo por aquella separación.

Mi amigo no se habia ido, arrostrándolo todo, en pos de ella; no se habia entregado á una vida de disipación y aturdimiento, no se habia sumido en una desesperación sombría, no se habia saltado la tapa de los sesos: nada de eso. La habia olvidado.

Y llegaba á lo mas á un mes la ausencia.

Al saber su inconstancia me estremecí.

Aunque Blanca me adoraba, aunque era arraigado é invariable su amor hacia mí, no me habia atrevido jamás á juzgarlo superior al de mi amigo, y no obstante, éste, que habia observado la conducta mas intachable, mas fiel y mas apasionada con su novia, que no la habia dado sino grandes y costosas pruebas de cariño, que habia sufrido por ella los mas acerbos dolores y realizado los mas duros sacrificios, habia olvidado á su amada en solo un mes de separación.

¿Podría sucederle lo propio á Blanca?

Esta idea, débil retoño al principio, fué creciendo y tomando cuerpo hasta transformarse en un árbol robusto y elevado, cuyas flores estaban emponzoñadas y cuyas hojas eran espinas.

En vano fué que tratase de alejar de mí esta idea; no logré sino hacerle echar mas sólidas raíces en mi cerebro calenturiento.

Para borrar de una vez y de un modo completo las oscuras dudas que la mano de los celos dibujaba tenaz en mi mente; para satisfacerme de una vez, determiné forjar un crisol que me diera á conocer con verdad los quilates del amor de Blanca.

Este crisol habia de ser el que la casualidad deparó á migo.

La ausencia.

## IV.

Dudé á dónde iria, y mas aun, cómo me iria.

Hacíamse violento y sobre todo difícil, abandonar de un modo tan espontáneo é incalificable á mi mujer.

Pero era preciso, es decir, crefalo yo preciso.

¿Y cómo justificar mi partida á los ojos de Blanca cuando no existia razon alguna que la motivara?

Esta idea me preocupó mucho tiempo.

Al fin adopté una resolución.

Mi partida seria una fuga.

Era este el mejor modo de evitar explicaciones imposibles.

Pero como era forzoso tranquilizar de algun modo á mi esposa, determiné escribirla y hacer que llegase á sus manos mi carta cuando me hallase ya lejos de ella.

Una noche, aprovechando los momentos en que no estaba Blanca, reuní sigilosamente mi equipaje prevenido con anticipación y entregué á un criado que favoreció mi proyecto, jurándome el secreto, la carta que ya de antemano tenia escrita, encargándole anunciarla á mi mujer que aquella noche tenia un compromiso de amistad y no la pasaria en casa.

La carta debia serle entregada á la mañana siguiente.

Dispuesto ya todo, mi criado se adelantó á llevar mi equipaje y prevenirme los billetes para el tren.

Después salí precipitadamente.

Este primer paso fué terrible.

Sin poderme contener retrocedí, subí á saltos las escaleras y me precipité en el cuarto de Blanca encerrándome por dentro.

Entonces un observador hubiera presenciado una escena desgarradora.

Apenado, afligido, ahogado por el llanto, con mano temblorosa y febril fui asiendo mil objetos y besándolos con delirantes trasportes; luego entré en la alcoba, me apoyé en el que iba á quedar idéntico viudo y dejé correr amarguísimas mis lágrimas.

Aquello era demasiado y vacilé.

Quizá para fortalecer mi resistencia á marchar me dirigí á un precioso álbum colocado en un velador, buscando en él el retrato de mi hermosísima esposa, pues bien sabia que tan solo á su imagen hubiérame sido imposible resistir.

Abrí el álbum.

El primer retrato que á mi vista se presentó fue el de mi amigo.

Sobrevino la reaccion.

Cerré violentamente el álbum, abrí con mano convulsiva la puerta y volví á salir sin mirar atrás y de una manera enérgica y fuerte, ó mas bien, desesperada.

Era de noche y á mas me rebocé hasta los ojos en la capa para ocultar mi rostro descompuesto.

A corta distancia de casa dirigí involuntariamente una mirada á la acera opuesta.

Lancé un grito ahogado y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Mi mujer, elegantemente vestida de negro, se habia detenido á dar una limosna y algunas dulces palabras de consuelo á una pobre anciana, y se encaminaba con aspecto risueño á nuestra comun morada.

Por un momento pensé otra vez abandonar mi descabellado proyecto, volver á mi casa y confesar á los pies de Blanca mi pecado, recibiendo en sus brazos la absolución.

Pero el fantasma sombrío del recelo se alzó de nuevo ante mí, y exhalando un amargo suspiro de dolor, continué mi camino.

Es necesario comprender lo que yo amaba á Blanca para comprender á la vez lo que desgarraría mi pecho el abandonarla.

Pero ese mismo amor que, al marchar, me hacia sentir un dolor agudísimo, me obligaba á marchar.

Porque esta ausencia experimental habia constituido en mí una idea fija y dominante; la pasión que siempre viva sentía por mi esposa, exigía, á mi entender, una seguridad absoluta de correspondencia, y esto solo podia conocerlo por el medio que empleaba.

De no hacerlo así no podría jamás albergarse en mi hogar la dicha.

Hé aquí ahora la carta por la que supo mi mujer la ausencia de su marido.

»Tu amor es para mí, Blanca adorada, el aire de mi alma; si no puede el cuerpo existir sin aspirar este elemento, tampoco puede existir mi alma sin aspirar tu amor; el vacío me ahogaría, me mataria tu desamor. Yo vivo para amarte y te amo para vivir. Jamás he temido la muerte y me espanta ahora, porque vivir es poderte amar y morir es dejar de verte. La felicidad que tu cariño me ha hecho gozar es tal, que me asusta, me asusta porque no la comprendo; valgo muy poco; pero aunque valiera mucho mas, seria indigno de tamaña ventura. La embriaguez de tu cariño hace que me veas á tu altura, y si un día la embriaguez se desvanece algun tanto y me miras á sangre fria, me hallarás muy bajo; hé aquí lo que quiero evitar; y para evitarlo, solo hallo un medio, la ausencia; en ella podrás apreciar con exactitud la valía del hombre que amas, porque su alejamiento te lo permitirá. Si tu amor sale triunfante de la prueba, al reunirnos de nuevo, nada tendremos que envidiar á los placeres del Eden; si tu pasión amengua, no te culparé por ello; pero esta separación será para tí un desahogo, y para mí un medio de impedir tu infelicidad. Por mí no temas; harto me conoces para comprender que ni asomo de hastío, ni ansia de libertad, son las causas que de tí me alejan: las cadenas que nos unen son para mí de hierro en lo fuertes, de flores en lo dulces; ya ves que son indestructibles, su fortaleza me impedirá romperlas, su dulzura el desearlo. Créeme y quíereme; á eso, ante todo, aspira tu esposo y amante,

Alfredo.

Como se vé, en mi carta la disfrazaba la verdad.

No me atreví á manifestársela patente.

Juzgué mi escrito muy razonable, muy fundado; pero es fuerza convenir en que no tenia razon de sér.

No podia tranquilizar á mi mujer, ni justificarme.

Por lo demás, lo que por mí pasó en el trascurso de tiempo empleado de mi casa á la estación, y hasta que el tren partió y perdí de vista la ciudad, es inexplicable.

Un dolor sordo y tenaz en el corazón, el fúego de un volcan en la cabeza.

Tuve fiebre.

Calenturiento, sombrío, demudado, transido de pena, me replegué en un ángulo del coche y me concentré mientras mis ojos solo veían una imagen, y mis lábios solo balbuceaban un nombre:

Blanca.

## V.

Fuí á Alemania.

Allí permanecí tres meses.

Mi plan era, durante el año que habia de estar ausente, ir cuatro veces á saber de mi mujer sin que esta tuviera de ello noticia.

Los tres meses primeros fueron insufribles; nada ni nadie lograbán calmar mi agitación.

Nada bastaba á distraerme.

Nadie conseguía despreocuparme.

Por fin transcurrió el tiempo indicado, y regresé.

Así como habia viajado disfrazado y con nombre supuesto, así tambien entré en mi patria.

Mi objeto era, que nadie, inclusa mi esposa, supieran de mí.

Un amigo de mi completa confianza, el mismo cuya historia de amores he referido y que tanto influyó en mi resolución, estaba encargado de recibirme secretamente y participarme cuanto acerca de Blanca supiera.

Mi amigo me refirió que á mi mujer se la vió en paseo al siguiente día de mi marcha, y que contestó á los que por mí le preguntaron que negocios de interés sumo me habian llamado á América y obligado á partir precipitadamente.

En vista de su tranquilidad y aspecto ordinario, nadie sospechó la verdad.

A los pocos dias se dijo que Blanca de X estaba enferma: en efecto, el día anterior habia sufrido unacaida del caballo que la dejó bastante mal parada.

La enfermedad la habia tenido dos meses postrada; á la sazón decian que entraba en la convalecencia.

Esta relacion no hizo sino aumentar mi angustia.

Estaba enferma, es cierto, mas su dolencia no era debida al dolor causado por mi alejamiento, sino á un accidente casual, y no solo casual, sino sufrido en una partida de placer; á mas, todo el mundo la habia visto en paseo apenas realizado mi viaje.

Sentí el corazón taladrado como por un puñal.

No habia duda, su amor era farsa, era mentira; ella la mas infame de las mujeres, y yo el mas desgraciado de los hombres.

Mi exaltada imaginación no necesitaba sino un hecho para que desbordasen sus celosas quimeras, y el hecho habia ocurrido.

No quise saber mas, y partí de nuevo.

Entonces me dirigí á Italia y en Italia á Nápoles. Allí, á pesar de lo hermoso, de lo poético y de lo atractivo del país, realicé un género de vida igual al de Alemania.

Durante el día solia permanecer metido en mi cuarto, entregado á la lectura; pero mas que todo á mis pensamientos, que iban socavando de tal suerte mi existencia, que el estado físico se resentía ya notablemente del estado moral.

Estuve abocado á la demencia.

Las noches de luna placíame en extremo pasear por la parte mas solitaria de la playa y observar melancólicamente el bellísimo riuelo del astro de la noche en las tranquilas aguas del golfo.

Una noche, noche suave, tranquila y apacible, verdadera noche italiana, impregnada de misterio, de poesía y de voluptuosidad, vagaba errante, según costumbre, por las orillas del mar. Embebido en mis reflexiones y seducido instintivamente por lo agradable de la noche, anduve mas que de costumbre hasta llegar á un punto en que la costa no era de arenas, sino de rocas.

La mar avanzaba reposada hasta ellas, y se estrellaba con cierta suavidad, alzando espuma de blancura deslumbradora.

Un grupo de peñascos, que avanzaba algun tanto sobre las aguas, formaba como un caprichoso dosel, á cuya parte inferior habia llegado distraidamente.

La bravía y salvaje hermosura del paisaje me atrajo, y me senté en el punto indicado.

Solo veía á mis lados rocas, á mi frente el mar.

El ambiente respiraba una melancolía que simpatizaba con el estado de mi alma.

A poco de hallarme sumido en un éxtasis de tristeza, me pareció escuchar algun ruido en la parte que formaba la techumbre de aquel agreste dosel.

Peró si yo, desde la parte superior no podia ser visto, aunque no era muy alta, tampoco en cambio podia ver.

Presté atención, y antes de que pudiera hacerme exacto cargo del rumor, cruzó instantáneamente un objeto ante mis ojos y sentí á mis pies el choque de un cuerpo en el agua.

Lancé un grito; lo que se había caído ó arrojado era una mujer.

Sin vacilar un punto me desembaracé rápidamente de la ropa que mas me pudiera estorbar y me precipité en las aguas.

Con mano vigorosa así á la desdichada que aun flotaba sobre las olas, la traje á mí y la saqué á tierra.

Todo esto pasó en menos tiempo del empleado en referirlo.

Al volverme para auxiliarla me detuve estupefacto.

La náufraga estaba tranquilamente sentada en el suelo y lanzando sonoras carcajadas.

VI.

—Perdonad, caballero, dijo aquella extraña criatura levantándose y con acento sumamente agradable y simpático: os agradezco de corazón vuestro heroico comportamiento, inútil por otra parte; pero escusadme mi hilaridad al saber que lo que habeis juzgado una catástrofe es simplemente un recreo.

—¿Cómo! pude entonces responder. ¿Tan solo un capricho os ha inducido á arrojaros al golfo?

—Únicamente un capricho; figuraos que tengo una afición decidida á la natación y caprichosa como una niña he de complacer mi deseo de un modo clandestino para evitar que llegue á oídos de quien me lo prohibiera.

—Quizá vuestros padres, replicó, hallarán, no sin razón, peligroso ese ejercicio.

—No, no tengo padres; es mi marido el que se opondría.

—¡Ah! exclamé de un modo indefinible; ¡sois casada!

Una nueva desconocida se había unido á la primera corroborando sus asertos; esta última había descendido del pequeño promontorio antes descrito.

Yo me acerqué mas á ambas y pude examinar detenidamente á la heroína de mi aventura.

Era un tipo italiano con toda su belleza; de regular estatura, mas bien baja que alta, de tez morena y aterciopelada, esa tez especial de las andaluzas y las italianas, y de ojos oscuros, rasgados y magníficos, que llenaban, por decirlo así, toda la parte superior de su rostro; sus cabellos empapados de agua caían negríssimos y abundantes sobre una garganta y un seno modelados deliciosamente, una bata de baño de lana, larga y flotante, dejaba adivinar unas formas en extremo bellas, mientras que por su borde asomaba desnudo un pié de niño.

La otra incógnita era agraciada, viva y animada; mas sus atractivos palidecían al lado de su compañera.

—Os vuelvo á repetir que me perdoneis, siguió esta última, viendo que permanecía confuso á causa de lo exótico de la situación, aunque creo que este error no ha de ser muy perjudicial, pues me ha proporcionado el gusto de conoceros, y digo gusto, porque á decir verdad, me gustáis... y... decidme, continuó la encantadora italiana sin dejarme expresar el efecto que sus últimas palabras me habían producido; ¿quién sois? ¿cómo os llamáis? ¿dónde vivís?

—Señora, repuse, aturcido por el singular carácter de aquella mujer, soy español, me llamo Alfredo de X, y vivo ahora en *L'Albergo dei Principi*.

—Pues bien, Don Alfredo, ¿queréis acompañarme hasta mi casa?

He subrayado el *Don*, porque la hermosa incógnita lo marcó, como dándome á entender que conocía este usual tratamiento español.

Por lo demás, nuestro diálogo se había entablado en el armonioso idioma del país.

Al oír la invitación que tan lisonjera se me hacía me apresuré á responder.

—¿Que sí quiero? aunque no fuera para mí sumamente grato este honor ¿es posible resistir vuestras órdenes?

La dama me miró sonriendo; después, haciendo con la mano un ademán para que esperase, ligera como una corza traspuso el grupo de peñas seguidas de su graciosa amiga, volviendo á aparecer á poco elegantemente vestida de gris y llevando sobre los hombros un precioso albornoz listado de negro y rojo.

El traje de la compañera mostraba asimismo el mejor gusto.

—Sois harto discreto, dijo la incógnita asiendo á mi brazo y haciéndome estremecer al contacto del suyo mórvido y suave, hé aquí un atractivo mas; á pesar de haber preguntado del modo mas impertinente, cuanto me ha parecido, aun no sabeis quién soy; yo os lo diré, añadió con gracia encantadora; me llamo Rosina, soy romana, casada, como os he dicho, y mi marido está en América.

—¡Ah! exclamé herido violentamente por un tropel de pensamientos, ¡también vuestro marido está en América!

Era mucha coincidencia.

Esto mismo me interesó mas y mas.

Caminábamos lentamente en dirección á la ciudad; la otra jóven, que era viuda y tenía Julieta por nombre, nos precedía cogiendo mariscos, y jugueteando como una niña.

Podíamos, pues, hablar libremente.

Nuestro diálogo fue, de mi parte, tal como naturalmente debiera ser; ¿qué hablará el hombre mas preocupado á una hermosísima mujer de 20 años con la que se halle, por medio de una original aventura, en una playa napolitana y alumbrada por la luna?

Por parte de Rosina la conversacion fué tan ambigua, tan escéntrica, tan especial como ella.

Llegamos hasta su casa sin haber podido acertar á comprender de qué modo me consideraba.

Me ofreció su morada instándome de la manera mas cortés y amable para que aceptara su invitacion.

Al siguiente día la visité.

Su casa estaba alhajada con un gusto y una delicadeza esquisitos.

Rosina, envuelta descuidadamente en una lindísima bata de finísima lana blanca, adornada con lazos color de fuego, estaba tan bella, tan hechicera, que me aturdió.

Me trató con el agrado y la franqueza mayores; parecia que le era un antiguo conocido, mas sin rayar en la coquetería, su conducta era tan incierta conmigo que me empeñaba ya.

Me consideraba como amigo, pero con un afecto tal, que me admiraba, y cuando alentado por él procuraba hallar en ella otro sentimiento y manifestárselo á mi vez, me sorprendía con una sencilla protesta de amigable cariño.

Seguíala visitando y empeñándome de cada día mas.

Al propio tiempo este asunto me entretenía absorbiendo casi toda mi atención.

Pero no había olvidado á Blanca.

La amaba.

VII.

El que juzgue incompatibles estos dos sentimientos se equivoca.

Alguna experiencia, alguna meditada observacion del corazón del hombre, le convencerán de su error.

Es posible, muy posible que yo estuviese locamente enamorado de mi mujer é interesado en extremo á la par por la hechicera Rosina.

Nuestro trato había intimado rápidamente.

Concedíame una confianza extraordinaria y siempre de un modo dulce, jovial y animado: sin ser tanto como un amante, era mas que un amigo.

Yo la dije varias, repetidas veces, que la amaba con toda mi alma.

Rosina respondía del modo mas natural, que ella á mí no.

Me irritaba, me enfurecía por su negativa y reprendía dulcemente mi irascibilidad.

Le aseguraba desesperado que su creldad me hería de muerte y estrechaba cariñosamente mi mano con la suya mórvida y aterciopelada.

Quería, violento y disgustado, marcharme y me detenía.

Así pasaron dos meses.

Yo vivía casi por completo en su casa; tan solo durmiendo en la fonda, pues la mayor parte de los días comía y cenaba con ella.

Julieta solía amenizar y hacer mas sabrosa nuestra plática.

Rosina vivía sola.

No era apenas personalmente conocida en Nápoles y yo menos; además parecia prescindir por completo de la opinion que merecía entre los que sabían mi continua estancia en su casa.

A todas luces era mi querida.

Y sin embargo no había alcanzado el mas insignificante favor.

Sin ser su aspecto rígido ni su trato severo no me había atrevido nunca á ella á pesar de la frecuencia con que nos hallábamos solos.

Comprendía perfectamente que Rosina era de aquellas mujeres que no conceden nada sino de un modo completamente espontáneo.

Por lo demás, pasábamos el tiempo de la manera mas deliciosa imaginable.

Apasionada por las artes, como buena italiana, me daba con ellas motivos variados de placer.

Pintaba á la aguada, tocaba admirablemente el piano, y con su voz fresca, melodiosa y escensivamente simpática, interpretaba, hasta enloquecerme, la bellísima música de Rossini, Bellini y Donizetti.

Yo pintaba también y tocaba regularmente el piano; á mas la leía poesías, lectura de que gustaba en extremo.

La parte posterior de su casa daba al muelle, y tenía, por lo tanto, el mar próximo; á todo lo largo de la fachada se extendía una preciosa galería de cristales, y allí, recostados en mullidos cojines y saboreando exquisito café, pasábamos tardes inolvidables é irreproducibles.

Lo exótico, lo poético y lo gráfisimo de esta vida, unido á los encantos siempre nuevos y crecientes de Rosina; la tenaz é invencible, aunque suave resistencia de esta á dar otro carácter á nuestras relaciones, habían llegado á un punto que la hermosa romana era ya una necesidad para mí.

En los momentos en que me hallaba solo juzgaba un sueño lo que me acontecía.

Y en la extraña conducta de Rosina no había misterio alguno, su carácter especialísimo era la norma de sus acciones.

Yo no me atreveré á decir que estaba enamorado de ella; pero sí que me era necesaria, como he asegurado anteriormente.

A pesar de las variadas y confusas ideas que bullían en mi cerebro, Rosina flotaba sobre ellas como una vision dulce y risueña.

Yo sabía, sabía con certeza, que la gustaba mucho.

Mas aun, que me quería.

Pero sabía también otra cosa.

Que no me amaba.

VIII.

Pasaron los tres meses.

Tuve fuerza suficiente para dejar á Nápoles y volver á verificar la convenida visita inquisitorial acerca de mi mujer.

Rosina se mostró apesarada por mi ausencia, es la verdad, mas ni aun en este caso pude desconfiar de un modo positivo á qué clase pertenecía el sentimiento de aquella mujer.

La dejé y la dejé con pena.

No obstante, bien se vé que amaba á Blanca puesto que dejaba á Rosina.

Al despedirme la prometí volver, sin saber al prometerlo lo que me decia.

En efecto, si, como debía desear, mi mujer me quería, si hallaba una explicacion satisfactoria de su conducta, ¿cómo volver á Nápoles, cuando mi viaje tenia por objeto mi amor á Blanca?

Mi mente, ya excitada de por sí, se hallaba entonces en continua ebullicion por el mundo de pensamientos que sin cesar ardian en ella.

Regresé, y como la vez anterior y por el mismo conducto, adquirí noticias.

Mi esposa, aunque melancólica y pálida, proseguía asistiendo á paseos, teatros y saraos.

Esto, sobre aparecer poco claro, estaba muy lejos de poderme satisfacer. ¿Si estaba triste por qué asistía á diversiones?

Lo que á mas de esto se decia, si alguna luz pudiera dar acerca de su conducta, era luz que me quemaba.

Entre varios, tres galanes asediaban pertinaces á Blanca y entre los tres, el conde del Lago se distinguía por su teson, pues estaba, segun se decia, hasta tal punto empeñado, que era difícil hacer mas que lo que el conde hacia para obtener el amor de una mujer.

No se afirmaba que la mia le hiciese caso.

Procuré convencerme de que debía darle mas tiempo de prueba, pues esta era la definitiva, y aguardar hasta conocer el último éxito de las gestiones del conde.

El año también es cierto que aun no había trascurrido.

Mas lo que ya ansiaba era volver á Nápoles.

En justicia, hacia bien en no presentarme todavía; dada la situación en que voluntariamente me había colocado, debía llevarla hasta el extremo propuesto, ya que ahora se presentaba oportuna razon de poner á prueba la fidelidad de Blanca.

Para todo esto empleé mas de un mes.

No combine con Rosina en escribirnos, ni aunque se lo prometí se convenció de que volveria.

Porque yo no estaba seguro de poderlo cumplir, aunque por fin lo llevé á efecto.

La inquietud y la pena que la conducta de Blanca me causaban hacían que deseara distraccion y descanso, y nada como la bella italiana podía proporcionármelos; además, lejos de ella, apreciaba en mas, y mas anhelaba los deliciosos días deslizados en su compañía.

Regresé.

A los dos meses de haber salido de Nápoles penetraba de nuevo en su recinto.

Directa é inmediatamente me encaminé á casa de Rosina.

El criado que me abrió, de su mas íntima confianza, lanzó una exclamacion de alegría, y se dirigió corriendo al interior de la habitacion.

Yo le seguí.

Al llegar á la puerta del camarín de Rosina, donde jamás había penetrado, me detuve.

Del incógnito aposento salía una voz trémula y balbuciente que gritaba:

—¡Que entre! ¡Que entre!

Yo adelanté hacia la puerta que abría al propio tiempo el criado.

Este cedió el paso y desapareció.

Me hallé en un precioso gabinete forrado de blanco y rosa, y en cuyo fondo había un blanco y lujoso lecho.

Cubierta apenas con una bata, también blanca, pálida, hermosísima, anhelante, reclinada en él estaba Rosina.

Al verme prorumpió en una exclamacion de inefable júbilo, sus rasgados ojos adquirieron una expresion tiernísima é irresistibile, y sin dudar, sin vacilar un punto, se arrojó trémula en mis brazos, gritando con toda su alma:

—¡Te amo!!

IX.

Es difícil embriagarse mas deliciosamente que me embriagué aquella mujer.

Con su amor ardiente é impetuoso, amor de romana, me rodeó de una atmósfera que yo aspiraba con fruicion y avidez.

Llegué á olvidarlo todo por ella.

Por lo demás, lo que en Rosina se había verificado era un cambio nada fenomenal.

La ausencia la había convencido, aun á su pesar tal vez, que era amor lo que por mí sentía; esta pasion fué creciendo y exacerbándose con el tiempo y la creencia en mi indefinida separacion.

Locamente enamorada y desesperada ya, ocho días que yacía enferma en su lecho, cuando yo llegué.

Desde aquel instante fué dichosa y abrió su corazón á la felicidad como un capullo á los rayos fecundantes del sol.

Ya tracé el dulce cuadro de nuestra existencia cuando no era el amante de Rosina; siéndolo, aumentóse de un modo delicioso.

La luna de miel con Rosina brillaba en el horizonte con luz, si no tan perenne, mas viva que la luna de miel con Blanca.

Por lo demás, Rosina no estaba casada; su marido y la estancia de éste en América, eran una invencion que la daba cierta independencia, pero hija tan solo de su extraño carácter.

En fuerza de amor y deleite, Rosina me enloqueció.

Peró un día la razon tuvo un momento lúcido y recordé á Blanca.

Era forzoso partir.

¿Y cómo?

Pretesté á Rosina una urgente necesidad que me llamaba á España.

Una lucha penosa y tristísima fué la consecuencia de esta resolucion.

Al cabo, poseido del mas vivo dolor y lleno el corazón de amargura, partí.

Rosina, no tan solo quedó apesarada y afligida de un modo extremo, sino que también muy recelosa. Cerré á todo los ojos y realicé mi marcha, merced á un supremo esfuerzo.

Llegué cuando espiraba el año de ausencia. Las noticias que inmediatamente me apresuré á adquirir acerca de mi mujer, y que, cual siempre, me proporcionó mi amigo, fueron harto ambiguas.

Parecia hallarse su salud debilitada, y á pesar de ello su presencia contribuía á embellecer todas las fiestas; por otra parte, el conde del Lago, que á tal punto llevara su empeño, había cortado repentinamente todo género de manifestaciones, sin que por esto creyera nadie extinguido un amor que, á su pesar, se retrataba en su fisonomía.

Todos estos datos, que en nada levantaban el velo que durante mi ausencia había envuelto la conducta de Blanca, acabaron de fortalecer el propósito que mi carácter caviloso, y estravagante me había sugerido.

Si mi partida había sido una fuga mi regreso sería una sorpresa.

X.

Llegó la noche del segundo día de mi arribo. A mas de las doce y protegido por la oscuridad y el aislamiento entraba furtivamente en mi propia morada por el postigo del jardín.

Cuando partí llevé conmigo á prevención la llave.

Como práctico en la casa me dirigí, aunque á oscuras, hasta el cuarto de mi mujer, no sin que me sorprendiera no hallar nióir á ningún criado.

Autorizado por mis derechos y sobre todo impelido por mis recelos, apliqué mi ojo á la entornada puerta.

El ingreso natural de la estancia no era por el que yo asomaba, colocado en un ángulo, sino en una puerta mayor, y que se hallaba casi á mi frente.

La puerta de escape que me servía de acceho daba á un pequeño retrete que comunicaba con mi despacho.

Favorecedora de mi propósito la luz dejaba en las sombras el ángulo que me protegía.

Adelanté la cabeza y miré.

Blanca, lujosa y elegantísimamente vestida de teatro, estaba recostada en un sillón, y dejándome tan solo ver el precioso perfil de su cabeza apoyada en la mano en actitud de triste meditación.

Así permaneció algun tiempo.

Después su pecho se alzó para exhalar un hondo quejido, é inclinando la cabeza como doblada al peso del dolor la vi verter, aunque silenciosas, amargas y desesperadas lágrimas.

Su dolorosa expansion seguía, y yo saboreaba con cruel fruicion aquellas lágrimas, benéfico rocío que venía á refrescar la flor de mi ventura, marchitada por el hálito sofocante de la duda.

Compadecido á la par que satisfecho, iba ya á precipitarme á sus piés para ascender á sus brazos, cuando detuvo el mio un enérgico movimiento de mi esposa.

Realizando, al parecer, un esfuerzo supremo aproximóse al espejo, y de una manera como violenta y nerviosa fué borrando cuidadosamente y ayudada por todos sus enseres de tocador hasta la menor huella de su pasado llanto, soltó el rico caudal de sus cabellos y volvió á arreglárselos del modo que saben hacerlo las mujeres elegantes para que á la mañana siguiente adquiriera fácilmente de nuevo la forma de su tocado.

Esta incomprensible reaccion atajó el rápido vuelo en que se habían lanzado mis dulces ilusiones, y sentí á mi vez una reaccion desagradable.

En el ínterin, Blanca se despojó de su rico traje, ocupó su lecho, y dando vuelta á una llave, debilitó, hasta casi extinguirla, la luz de la hermosa lámpara de gas que iluminaba el aposento.

Por algun tiempo solo alteró el completo silencio que me circunla la agitada respiracion de mi esposa, que fuése paulatinamente calmando hasta demostrar en su igualdad y dulzura el dominio del sueño.

Todo yacía tranquilo.

Dominado por no sé qué vaga ansiedad, continuaba en acceho.

Un relé de una habitacion próxima dejó escuchar un solo golpe, que deduje expresaba la una y media, y á poco percibí, aunque lejanos, unos pasos cautelosos que se aproximaban á la estancia.

Desliceme suavemente hasta envolverme, ocultándome en las cortinas del lecho.

Los pasos sonaron junto á la puerta, esta se abrió produciendo un leve ruido, y mas que con los ojos con los oidos adiviné en la vaga sombra que adelantó, la existencia de un hombre en el cuarto de mi mujer.

Sentí agolparse mi sangre á la cabeza, y herido mi corazón como de un golpe terrible.

Todo el dolor que permanecía en incubacion en mi alma se desenvolvió violento amenazando al estallar hacer estallar mi cerebro.

Mi deshonra era cierta, el hombre que avanzaba atrevido para hollar mi nupcial ídolo contaba á no dudar con la impunidad, y asaltaba la fortaleza de mi honra porque la guarnicion me era traidora.

Todo el sufrimiento que mis dudas habían sostenido flotando sobre mí se desplomó de golpe anonadándome con su irresistible peso.

Al propio tiempo, y por uno de esos fenómenos del espíritu humano, sentí la satisfacción de una extraña y absurda vanidad.

Mi idea había triunfado, y mi experimento había producido, aunque amargos, sus frutos.

Este orgullo, que mezclado á mi cruel pesar dominaba en mi corazón, pudiera ser tan solo comparable al que sentiría una madre al ver hermosa y rica á un niño adornado el cadáver de su hijo más querido.

Mientras en un rapidísimo espacio estas ideas y estos sentimientos se agruparon instantáneos en mi espíritu, el ladrón de mi mayor tesoro avanzaba hasta tropezar con el lecho.

Entonces y al escuchar un grito ahogado, iluminé por medio del mechero de gas repentinamente la escena saliendo loco de furor de mi escondite.

Mi primera exclamación fué de júbilo, de júbilo inefable.

El conde del Lago tenía una de sus manos apoyada contra la boca de mi mujer, y ésta mostraba las inequívocas muestras de una mujer honrada infamemente sorprendida.

Tres gritos sonaron á un tiempo.

Su diversa índole comprensible para cualquiera está embebida en una expresión común.

La sorpresa.

XI.

La claridad fué completa. La lámpara cuya luz desvaneció las tinieblas del aposento, desvaneció de paso las tinieblas de mi alma.

Con los ojos vi la situación, con la inteligencia la comprendí.

La consecuencia de esta doble percepción fué la dulce tranquilidad que en medio de lo violento de la situación inundó mi espíritu.

Era feliz.

Blanca al verme se arrojó en mis brazos y yo dirigí una mirada de amor á ella y otra de reto al conde.

Este quedó con el rabioso aspecto del lobo cogido en el lazo.

Al cabo se rehizo, y aunque pálido y tembloroso rompió el silencio diciéndome.

—Estoy á las órdenes de Vd.

—Al momento, repliqué... no me detengas, Blanca mía, nuestro decoro exige que castigues á ese miserable.

—Siéntense Vds., repuso tan solo mi esposa con aire digno y frío á la par; siéntense ustedes, replicó con acento firme é imperativo al notar nuestro común ademán de desobediencia... sobrado tiempo resta para batirse.

Dominados por la expresión de Blanca nos sentamos, no sin haber cruzado antes una mirada de inteligencia que significaba que tan solo se aplazaba nuestro duelo.

—En un hombre, señor conde, empezó con voz serena y profunda mi mujer, es todo escusable, hasta lo que usted ha hecho, tanto mas escusable en este caso cuanto que la infidelidad ó descuido de los criados y los negocios que alejaron á mi marido han sido su causa principal.

Sentí enojarse el rostro, mas Blanca prosiguió como si nada hubiera notado.

—La casualidad, ó mejor dicho la Providencia han querido no pudiera alcanzar usted el laurel con el que ya creía coronarse y para cuyo logro había usted empleado medios, y esto lo acompañó de una fina sonrisa, que no habían muy alto en pró de su talento y su nobleza... pero, aunque vencido, tal vez alguien que pueda haberle visto entrar le juzgue vencedor, y el que usted alimentara esta creencia sería sobre villano ridículo; no obstante, esta derrota debe á usted serle muy grata si cumpliendo como caballero me promete usted sostener ilesa, no mi honra, que no há menester sosten, sino mi fama, porque en tal caso, en lugar de atraerse como hubiera sucedido realizados sus proyectos, la prevención de la sociedad, el odio de mi esposa y el desprecio de mi parte, puede usted noblemente granjearse de la sociedad el aprecio, de mi esposo el olvido y de mí el perdón.

Blanca calló; yo la miraba con mudo entusiasmo y el conde hacia supremos esfuerzos para no aparecer humillado.

Por fin se levantó.

—Tiene Vd. razón, señora, dijo: me ha vencido usted de la única manera que era posible y mas que yo no esperaba; he sido un miserable y mas que un miserable un necio; tengo sobrado orgullo para proseguir siéndolo, nadie por fortuna me ha visto entrar, como nadie podrá achacar á cobardía mi conducta, mas yo la juro que en adelante y junto á mí, nadie hablará de usted sin inclinarse ante la excelsa majestad de sus virtudes.

Y haciendo una inclinación salió.

—Ahora, exclamó Blanca, haz tú lo propio.

—¿Cómo?

—Si tal, mi marido está en América y no es propio ni regular que su regreso al cabo de un año se verifique de un modo misterioso y clandestino.

Y encerrando en un beso de fuego todo su amor y su alegría me despidió de mi propio cuarto.

Cuando salí á la calle respiré de un modo desconocido para mí.

Vivía en otra atmósfera.

XII.

Al siguiente día verifiqué mi entrada oficial. En cuanto me fué posible me encerré con mi mujer.

Aunque tranquilizado acerca de mis celosas sospechas, anhelaba una completa explicación de su conducta durante mi extrañamiento.

Sentía, mas que otro alguno la pudiera sentir,

esa comezon de saber que domina al que regresa de una larga ausencia.

A mis primeras preguntas Blanca tomó un aire grave y severo, si en ella podia existir la seyeridad, y me habló así:

—Alfredo, ayudado de la experiencia, de la observación, y mas que todo, de mi cariño, he podido llegar á comprender el fondo de tu extraño carácter: tu imaginación poblada de quimeras te hace vivir en un mundo ideal, en donde no es extraño que ellas mismas te atormenten; á fuerza de vagar por los espacios imaginarios, acabas por no sentir apenas el pie en el terreno real; error siempre, y sobre error falta y aun delito, cuando se tiene mujer, y mujer que tanto te ama. La carta que á guisa de explicación de tu fuga recibí, no me dejó bastante luz para alumbrar la oscuridad en que me dejaste sumida; pero me hizo entrever una idea extravagante, nunca justificable, pero ni aun excusable cuando existen obligaciones mas sagradas que tus románticas excentricidades; para probar el amor de una mujer no es lo mas acertado dejarla entregada por completo á sí misma, porque no está dotada de bastante fortaleza para resistirle todo, y á todo, á todo se expone una mujer cuyo marido la abandona de tal suerte: en el mar de la existencia necesita para resistir el embate de las olas una tabla, á la que asida, pueda contrarrestar su furor: si esa tabla, que es el hombre, la deja á merced de la tormenta, ¿será de extrañar que naufrague?

Tan solo sabiendo nadar, y nadar muy bien, podrá tal vez sostenerse á flote, y no dudes, Alfredo, que en la tierra como en el agua existen pocas mujeres que sepan nadar. Pero hay mas, tal relegación hierre el amor propio de la mujer, y son de temer, Alfredo, los extremos á que puede conducir su amor propio herido. En medio de todo, y por fortuna, mi cariño y mi virtud son árboles sobrado poderosos y arraigados para que pueda troncharlos el huracán; conservé y le hubiera siempre conservado encendido en mi hogar el sagrado fuego del amor conyugal.

Ahora bien: la sociedad no ve ni puede ver mas que la capa de los objetos, y es fuerza que esta capa aparezca limpia y entera, pues de no ser así la sociedad atribuye la suciedad y la rotura de la capa al fondo, al interior. Tu estrabótico capricho, si para mí incomprendible, no lo era para los demás, y tratar de explicarlo ó dejarlo entrever hubiera sido hacer caer sobre nosotros el doble y horrible peso del ridículo y la afrenta: para evitar tamaño peligro ó la maledicencia cuanto menos, vine forzada á emprender una lucha como solo una mujer, y mujer enamorada, puede sustentar: llorar de noche y reír de día, sufrir en la soledad y gozar en público, llevar un cielo en el rostro y un infierno en el corazón.

Pretesté tu viaje á América, único medio de hacer algo comprensible tan repentina y prolongada ausencia; mas como esto no debía ser motivo justo para que me entregara á la desesperación, ahogué mi pena, y merced á un esfuerzo supremo proseguí mi vida acostumbrada.

Sin embargo, los primeros dias toda mi energía no me bastaba, y viéndome pronta á sucumbir, motivé yo misma una caída del caballo, á riesgo de matarme, para hallar un pretexto natural que me tuviese algun tiempo retraida y sola; en este tiempo sufrí con cierta avidez, como queriendo condensar todos los dolores que pudieran torturarme, y presentarme despues al mundo con nuevas fuerzas y mayor sangre fria para lanzarme, como me lancé de nuevo, al terrible combate que, gracias á tí, me he visto forzada á sostener un año entero. Los peligros que de otro género podia correr no me ocupaban, pues tenia la conciencia de mi valor, mas no conté con la alevosía, y á pique estuve de ser su víctima cuando tu repentina aparición fué á la vez mi salvación y tu castigo; ahora, por fin, te poseo de nuevo, y, estoy segura, arrepentido, convencido y enamorado; pero has cometido un delito, delito que el tribunal de que soy presidente debe castigar con una pena severa y ejemplar, y por eso yo te impongo la de cadena perpetua.

Y Blanca la formó con sus torneados brazos, mientras que yo, arrepentido, convencido y enamorado como nunca, sufría de rodillas mi sentencia.

XIII.

La lección fué harto provechosa.

A sangre fria pude reflexionar las consecuencias que hubiera podido traer mi inmotivado alejamiento, si la Providencia, como Blanca con razón decía, no me hubiera deparado el poder salvar mi honor al borde mismo de su tumba.

Entonces comprendí que es la mujer propia un espejo que si se deja á merced de la inclemencia podrá por suerte no romperse; pero muy difícil será que no se empañe; que es una hermosa planta que si la abandona el jardinero, podrá por suerte no marchitarse, pero muy difícil será que no se aje.

Por eso yo desde entonces cuidé con esmero mi claro espejo y cultivé con extrema solicitud mi hermosa planta, para que no se empañara jamás el brillo de aquel ni sufriera ésta el menor deterioro.

Así conseguí mirarme siempre con placer y orgullo en el espejo y cobijarme placentero en la sombra de la planta.

¿Y Rosina? ¿Qué era de aquella linda perla hallada por mí en su concha y en la que el amor fué palanca bastante poderosa para hacerla salir amante y cual nunca bella?

No me atreveré á decir que la había olvidado por completo, mas su recuerdo era parecido al

que experimenta el bebedor, á la par de cansado restablecido en sus excesos, al recordar el ardiente licor, que á la par de embriagarle, le perjudica.

Pero la brillantez de la luz que me alumbraba era tal que no permitía brillar á ninguna otra. Rosina fué una víctima de mi error, como Blanca estuvo á riesgo de serlo, porque es difícil que el mal no deje tras sí rastro, y en el mundo ciertas cavilidades son un mal.

Consagré un suspiro de piedad y gratitud á el ardoroso y vehemente amor de la bella italiana, y mas todavía un recuerdo de admiración á el amor que la había por algun tiempo consagrado, porque en mi situación actual no comprendía cómo hubiera podido atraerme el perfume ni la belleza de otra flor que no creciera en el delicioso y puro vergel de mi hogar doméstico.

Una vez tan solo volví á orear mi rostro el embriagador aroma de la flor romana; á los tres meses de reunido con Blanca recibí la siguiente carta de Rosina:

«Te he amado lo bastante, Alfredo, para no olvidarte jamás; no temas, sin embargo, que mi amor sea la sierpe de tu terrenal paraíso.

Lo que puede hacer una mujer cuando ama, solo ella misma lo comprende; así es que á tí tal vez te admire que haya podido averiguar de un modo completo la causa de tu venida como la de tu marcha; me abandonaste á mi dolor, dejándome en los labios tan solo las amargas heces del dulce licor que me hiciste saborear: otra te tacharía de infame; yo tan solo de cobarde.

¡Alfredo! ¡Alfredo! Quisiste poner á prueba el corazón de tu esposa, y el tuyo cedió al primer embate; tu flaqueza ha estado á punto de ser castigada: mas afortunado en todo, en esto tambien lo has sido; te deseo siempre la misma suerte, y aunque harto comprendo que no será la imagen de Rosina la que turbe tus ensueños de placer, quiero darte, como á última prueba de cariño, un buen consejo, hijo de una amarga enseñanza: el corazón humano es un hermoso, pero frágil vaso de cristal, que necesita una base fuerte y segura en el amor; por eso al perder tú por dos veces esta base, la primera el tuyo se quebró al chocar conmigo, y la segunda fué el mio el que se ha hecho pedazos; no olvides, pues, que un abandono inmotivado ó una ausencia injusta pueden ser el férreo martillo que haga cruel menudos trozos el cristal del corazón, destruyendo de paso el placer y la ventura.—Rosina.»

1866.

LUIS ALFONSO.

LA TEMPESTAD.

Un éclair á sillonné un ppage noir et á été sui vi d' un bruit sourd et lointain. (ALPHONSE KARR.)

A MI QUERIDA TIA LA SEÑORA DOÑA GREGORIA ALONSO DE RABAGO.

I.

Resuena el ronco trueno; su voz ruda se escucha En el inmenso espacio horrísona bramar; El viento con sus nubes sostiene recia lucha Entrambos conspirando mil rayos á enjendrar.

II.

Relámpago brillante la atmósfera ilumina, Inmensa catarata descarga por do quier, Refléjase potente la indignación divina, Al orbe amenazando, colérica encender.

III.

Señor, tu voz se escucha enérgica y airada, Los labios enmudecen helados de pavor; La raza descreída que hicieras de la nada No te respeta pio, te acata vengador.

IV.

¿Cuál es la oculta mano que así desata el vien (to)? ¿Cuál el oculto móvil de aquesta destrucción? ¿De qué voz poderosa el trueno es el acento? ¿Que sér agitar puede la sábia creación?

V.

Incrédulo, levanta los ojos y responde, Tu lógica mezcquina despliega, ¡oh impiedad! Dí, ¿para qué revienta, explica cómo y dónde, su centro de acción tiene la ronca tempestad?

VI.

¿Y quién, Señor, al hombre le presta esa (energía) Con que tus sacras leyes se lanza á combatir? ¿Quién arma y quién sustenta su osada mano impla, Que en sangre de su hermano la tierra ha de (teñir)?

VII.

Arcanos insondables encuentra en su camino, No sabe quién le impulsa, ignora á dónde va, Se pierde y se confunde, que el libro del destino Ante sus turbios ojos cerrado siempre está.

VIII.

Señor, en las tinieblas de la ignorancia hu- (mana) Errante y solitaria discurro por dó quier, Oscuro ante mis ojos preséntase el mañana, Amargas decepciones devoro del ayer.

IX.

¿De qué mi Dios, me sirve la vista de esas (flores) Los ecos de las fuentes, del aura el suspirar, El canto de los suaves, arpados ruiseñores, El sol que con sus rayos me viene á despertar?

X.

Mas ¡ah! ¡Perdon, Dios mio! Perdona si tu ira Provoca de mi canto la osada entonacion; Perdona si los ecos que brotan de mi lira, No elevan á tu trono humilde mi oracion.

XI.

De tierra soy, de tierra el sér que me engen- (drara) Mis culpas terrenales no agoten tu piedad, Que siempre te venero del sol á la luz clara, O al resplandor del rayo en dura tempestad.

XII.

Señor, es tu sonrisa la alegre primavera Que al campo dota en frutos de embalsamado (olor) Son tus sagrados ojos la vívida lumbrera Que ostenta en el espacio su mágico fulgor.

XIII.

El canto de las aves que el alma nos hechiza Es de tu augusta boca un eco de bondad, El cándido rocío que el prado fertiliza Son perlas que derrama tu fuente de piedad.

XVI.

El aura perfumada que juega entre las flores Tu aliento es, que difunde al orbe la salud, Tu imagen á mi mente augusta se presenta, Que borra de las almas el luto y la inquietud.

XV.

Mas ¡ay! en la bonanza ó en la feroz tor- (menta) Dios mio, en los pesares ó henchida de placer, Tu imagen á mi mente augusta se presenta Y admiro tu grandeza, acato tu poder.

XVI.

Mas calle esa voz ronca con que mi pecho (espantas) Tu acento á mí no llegue con ruda vibracion, Que cese la tormenta, Señor, pido á tus plantas, Deshecho en tierno llanto, mi triste corazón.

LA BARONESA DE WILSON.

Habana 1869.

DICHA EN EL SUELO.

Tranquilo el lago está; sus cristalinas aguas apenas mecen la brillante estrella que pálida sobre ellas se retrata.

Desde la verde orilla cándido un niño por cojer se afana su resplandor purísimo: la mano una vez y otra alarga,

y una vez y otra vez desconsolado ¡ay! la mano aparta, porque en vez de lucero, encuentra solo unas gotitas de agua.

De la vida en el valle, valle sombrío,—¡ay valle de lágrimas! divina oasis, se descubre un lago llamado la Esperanza:

la Esperanza nos brinda amores y placer, dicha sin tasa, y amor, placer y dicha desaparecen, al pretender tocarlas.

PABLO BOSCH.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde. Floridablanca, 3.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *flores blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrúfulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>o</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tífidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfíese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

**TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN**  
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1<sup>a</sup> CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS  
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes débiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C<sup>o</sup>.

## IRRIGADOR

Invencion del Docteur ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 & 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del *ARTE HERNIARIO*; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son el interior de cauchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

### NO MAS CANAS

MELANOGENA  
TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE siné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fabrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59.  
Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo.  
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

## VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Docteur SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

**CURACION DE LAS ENFERMEDADES**

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN  
PURGATIF LE ROY  
SELON L'ORDONNANCE  
DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial  
Des individus recommandant nos produits  
tous sophistiqués, on est

Signoret  
DOCTEUR-MÉDECIN  
ET PHARMACIEN

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor *Giraudeau de Saint-Gervais*, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaidas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: — *Hérpes*, abscesos, gois, marasmo, catarrros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna degenerada, reumatismo, hipocondrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrúfulas, escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor *Giraudeau de Saint-Gervais*, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — *Desconfíese de la falsificación*, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma *Giraudeau de Saint-Gervais*.

## PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr. CORVISART

médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eruetos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ<sup>r</sup>, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1<sup>a</sup> classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las *palpitaciones* y opresiones nerviosas, del asma, de los catarrros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, esputos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>o</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C<sup>o</sup>; Sara y C<sup>o</sup>; — en Méjico, E. van Wingaert y C<sup>o</sup>; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Starup y C<sup>o</sup>; Braun y C<sup>o</sup>; — en Cerlagena, J. Velen; — en Montevideo, Ventura Garaichocha; Lascazes; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>o</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calve y C<sup>o</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

## GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las *Grageas de Gélis y Conté*, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la *clorosis (colores pálidos)*; las *perdidas blancas*; las *debilidades de temperamento*, en ambos sexos; para facilitar la *menstruacion*, sobre todo a las *jovenes*, etc.

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer-ra, Valparaiso (Chile).



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los medicos antiguos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia...

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas...

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite a la Península por los vapores-correos...

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . . 30 »

EL TARTUFO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

por

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural...

TENEDURÍA DE LIBROS.

por D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la practica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptacion por el comercio en España y América.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

KEPENTISIA

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas. — Conservacion de la dentadura y las encías.



CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé...

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, a las una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destination (Puerto-Rico, Habana, Habana a Cádiz) and fare classes (Primera, Segunda, Tercera).

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, a Puerto-Rico, 170 pesetas; a la Habana, 200 cada litera.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes a las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz...

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destinations (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz) and fare classes (1°, 2°, 3°).

OBRA DE TEXTO

por SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE. — Novena edicion, aplicada a las contabilidades mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SANTO DOMINGO, SAN SALVADOR, NICARAGUA, HONDURAS, NUEVA GRANADA, PERÚ, BOLIVIA, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes...

La correspondencia se dirigirá a D. Victor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas...

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.